

COLECCIÓN FEBRERO S y ABRILES

Alexis Rosas

La noche de los generales

LA VERDAD SOBRE EL GOLPE DEL 11-A





La noche de los generales

COLECCIÓN FEBREROS y ABRILES

© Alexis Rosas

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Hecho el Depósito de Ley:
DC2022000423
ISBN 978-980-14-4999-7


ELPERRO
yLARANA

Alexis Rosas

La noche de los generales

La verdad sobre el golpe del 11-A

COLECCIÓN FEBREROS y ABRILES

13

COLECCIÓN FEBREROS y ABRILES

Los febreros y abrils tienen significados más que históricos. Son fechas y hechos que nos hablan, entre otras cosas, de la valentía del pueblo, de la aparición pública del hombre que devolvió los sueños y la esperanza a un país que clamaba por un verdadero y profundo cambio. Han pasado treinta años desde ese momento histórico, de ese 4 de febrero de 1992, cuando pudimos conocer el rostro de ese hombre que había iniciado, años atrás, las circunstancias que determinarían aquel “Por ahora”.

Los eventos que determinaron las acciones del 4F tienen sus antecedentes en el 27 de febrero de 1989. El pueblo —como tantas veces se lo escuché a decir al comandante Chávez— “se les adelantó”, salió a la calle a protestar contra las medidas neoliberales del segundo Gobierno de Carlos Andrés Pérez.

Toda revolución tiene su contrarrevolución. Es por ello que la frase: “Todo once tiene su trece” debemos recordarla, porque siempre tendremos que volver a ella. Hace veinte años vivimos el golpe de Estado contra el comandante Chávez y el pueblo venezolano, auspiciado por sectores empresariales e imperiales.

Nada ha cambiado desde entonces.

Estos febreros y abrils nos recuerdan cuál es nuestro destino revolucionario, nuestra ética como militantes de un camino que dejó sembrado nuestro comandante Hugo Chávez.

Nuestra historia, aunque reciente, ha producido un abundante y prolífico material para su lectura y estudio.

Esta colección es una muestra del trabajo de historiadores, cronistas y escritores para que viejas y nuevas generaciones asistan a la memoria de las luchas del pueblo.

NICOLÁS MADURO MOROS

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

DEDICATORIA

*A mi madre, Nieves, la mujer más hermosa que Dios puso en la
Tierra (In memoriam)
A mi padre, Sabás Rosas
A mis hijos, Dalia, Violeta, Alexis Roberto y Estefanía
A Beatriz, compañera de siempre
A mis hermanos Bladimir, Solanyi, Eugenia, Soraida, Carlos,
Lenin Alexis, Crucita y Arnaldo*

A MANERA DE REFLEXIÓN

He tenido sentimientos encontrados en el curso de esta investigación. Por un lado, el volver a sentir el dolor agudo ante la muerte planificada de venezolanos inocentes, la mayoría muy jóvenes, del chavismo y de la oposición, cada uno luchando por lo que consideraba justo para su país, al punto de que me ha provocado parodiar a Neruda al pensar en lo corta que es la vida y en lo larga que es la muerte. Por el otro, he sentido ganas de llorar de indignación al ver cómo han quedado impunes los crímenes y cómo los oficiales que se comprometieron en este desastre han logrado escapar del acoso de la justicia, lo cual me hace ver que el proceso revolucionario no ha podido darle un golpe mortal a este flagelo que transforma en fuertes a los delincuentes y hace débiles a los pueblos honestos: la impunidad. Pero también me he emocionado con la valentía de José Vicente Rangel y su decisión de luchar decididamente hasta la muerte “como Allende”, con la llamada de despedida a su mujer de toda la vida, Ana, y con la entereza de Chávez al evitar un enfrentamiento que hubiera sido, parodiando a Torrijas, una espada clavada en el corazón de Venezuela. ¿Qué decir de

la actuación de militares como García Carneiro, García Montoya, Maniglia y Baduel?

Me ha gustado descubrir que Lucas Rincón no se equivocó cuando anunció la renuncia que no fue del Presidente; la solidaridad de los ministros y de los dirigentes del proceso en los momentos más álgidos de esos días; la actuación de los dos pueblos, que son uno solo al fin y al cabo, el del gobierno y el de la oposición. Este último, en una marcha espectacular llevada al patíbulo por policías, militares y dirigentes políticos inescrupulosos, y el del gobierno saliendo a las calles en defensa de la institucionalidad conculcada por los golpistas. Los dos sectores, diría mejor, luchando por sus derechos constitucionales. Pues, cuando el pueblo chavista salió a defender al presidente detenido por los militares, el otro sector, el de la oposición, no salió a hacerle frente porque se dio cuenta de que la institucionalidad había sido herida y de que corríamos el riesgo de caer en una dictadura lambrosiana al estilo de Augusto Pinochet.

En los días de lectura de los informes, expedientes y libros para documentarme sobre lo ocurrido, hora a hora, y llevárselo a ustedes en este humilde texto, así como en las entrevistas sostenidas con algunos de los protagonistas, he aprendido a querer más a este país, en el cual, por muy enfrentados que estemos, siempre aborreceremos a quienes nos agreden, vengan de donde vengan, del gobierno o de la oposición, del cielo o del infierno. Espero que usted, al voltear esta página, comience a sentir lo mismo.

PRIMER DÍA. LA MASACRE

Desde que sale del Parque del Este, en Caracas, la marcha lleva la muerte pisándole los talones, paso a paso, pero los miles de ciudadanos que gritan consignas contra el gobierno lo ignoran.

Ignoran que no son más que conejillos de indias, la carne de cañón que, en nombre de la Democracia, será blanco de un diabólico plan orquestado desde hace meses para tumbar al gobierno.

Sí lo saben unos cuantos dirigentes que han escogido este 11 de abril de 2002 como el Día D para la ejecución del plan.

Lo saben siete inescrupulosos personajes que, armados con rifles de mira telescópica, esperan para actuar con artera precisión.

Lo sabe también, cómo no, el jefe de la legación diplomática norteamericana porque la CIA tiene un informe sobre lo que va a ocurrir antes de que ocurra, antes de que los hechos se desaten, se descontrolen y la sangre inocente se vierta en las calles de la ciudad.

Pero, sobre todo, lo saben algunos militares que se han venido preparando a la espera del momento preciso para dar el zarpazo alevoso a la constitucionalidad y, por eso, ayer

nomás uno de ellos, el general Néstor González González, se ha declarado en abierta desobediencia, denunciando la supuesta injerencia de la guerrilla colombiana en el país bajo la protección del gobierno de Hugo Chávez.

Pero la verdad es que solapadamente un grupo de generales y almirantes busca que el presidente suspenda su viaje a la reunión de la Cumbre del Grupo de Río en Costa Rica, porque necesitan tenerlo en suelo venezolano como parte del complot que hoy ha comenzado a ser ejecutado.

Como lo diría exultante el contralmirante Carlos Molina Tamayo, al día siguiente, cuando se creía triunfador, “nosotros decidimos que Néstor, el general Néstor González González, saliera a la luz pública porque Chávez se iba a Costa Rica, y teníamos que tener a Chávez en Venezuela; entonces, ese pronunciamiento del general González González hace que Chávez se quede en Venezuela y ahí es cuando nosotros activamos el plan definitivo, que no le dábamos más de 24 horas y así fue...”

Ese mismo día diez de abril en que el general González González se declaró en rebeldía, en el Ministerio de la Defensa estaban reunidos el titular del despacho, José Vicente Rangel; el inspector general de la FAN, general Lucas Rincón; el comandante del Comando Unificado de la FAN, general Manuel Rosendo; el comandante general del Ejército, Efraín Vásquez Velasco; el comandante de la Armada, vicealmirante Jorge Sierraalta Zavarce; el comandante de la Aviación, general Régulo Anselmi; el comandante de la Guardia Nacional, general Francisco Belisario Landis; el jefe del estado mayor conjunto, vicealmirante Bernabé Carrero Cubero, y el comandante de la Guarnición de Caracas, general Jorge García Carneiro.

Hablan sobre la marcha de la oposición del día siguiente y las consecuencias que la misma podría traer consigo, pues ya se dice que los organizadores la dirigirán a Miraflores, y en ese momento aparece en pantalla el general González González haciendo el anuncio.

Algunos de los presentes se miran y en sus rostros hay expectativa ante lo que pueda suceder mañana. Pero tres de ellos esconden las miradas por temor a delatarse, montados como están en el insólito complot.

*

La marcha sale alegre, gritando consignas en defensa de los gerentes petroleros despedidos por el presidente en su programa dominical y en poco tiempo se transforma en multitud animosa e impresionante de cientos de miles de personas que, democráticamente, protestan por lo que consideran una violación de la Constitución Nacional y exigen el reintegro de los despedidos a sus trabajos y la destitución de la directiva de PDVSA nombrada por el gobierno.

Los días precedentes, las emisoras, las televisoras y los diarios aliados de la oposición han emprendido una feroz campaña que ha hecho mella en la sociedad civil, la cual, penetrada hasta los cimientos por la manipulación mediática, ha decidido lanzarse por la calle del medio en defensa de sus derechos, que creen conculcados por el proceso revolucionario que lidera Chávez.

Previamente, la CTV y Fedecámaras han realizado un paro de 24 horas que ayer ha sido extendido otras 24, y se ha lanzado por todos los rincones del país la intolerante consigna de “¡ni un paso atrás!” como lema de la guerra que esa

tarde transformará al centro de Caracas en un campo de batalla donde sucumbirán, cuándo no, los más débiles.

Por supuesto, todo eso ha acelerado la adrenalina de la oposición que ve el momento apropiado para caerle encima a un gobierno al que consideran disminuido en el apoyo popular, estupidez a la cual han contribuido ciertas encuestadoras llevadas de las manos de empresarios que toda la vida han subestimado a los sectores más desposeídos de la población.

La marcha es canción y alegría, animosidad y lucha, porque el venezolano, que no se deja arredrar fácilmente, es eso en cualquier circunstancia: un luchador constante y tenaz.

Es, también, derroche de belleza, porque, parodiando al viejo Marx, hay que reconocerle a la derecha la majestuosidad de sus mujeres, y si algo hay en la marcha son voluptuosas féminas de sonrisa al ristre y hermosas miradas que coquetean con la rabia, con cintillos recogiendo sus cabellos, pantalones ajustados y franelas con frases alusivas a la protesta.

Con ellas marchan damas de cierta edad, algunas en sillas de ruedas; hombres de todas las edades, incluyendo ancianos, y niños, inocentes niños, todos ellos calzados con zapatos de goma para aguantar el kilometraje a recorrer. Pues, a pesar de que se ha establecido que el trayecto sólo llegará desde el Parque del Este a Chuao, donde se realizará una concentración, en muchas mentes subyace la idea de que el objetivo será otro: el Palacio de Miraflores donde se encuentra el odiado enemigo a vencer.

La marcha va “protegida” por la Policía Metropolitana, según la declaración de su comandante, el comisario Henry

Vivas, y la dirigen los presidentes de la CTV y Fedecámaras, Carlos Ortega y Pedro Carmona Estanga, insólitamente avenidos en un matrimonio morganático que llevará al país a partir de ese día por el camino sin regreso de la irracionalidad más abyecta.

También la encabezan dirigentes políticos, como los secretarios generales de los principales partidos de oposición; el gobernador de Miranda, Enrique Mendoza; el alcalde metropolitano, Alfredo Peña, y los alcaldes de Chacao y Baruta, Leopoldo López y Henrique Capriles Radonsky, entre otros funcionarios gubernamentales del país, y militares como el general Guaicaipuro Lameda y el almirante Carlos Molina Tamayo.

Parecen unidos en el objetivo común, pero falta poco tiempo para que se demuestre que cada uno busca un sendero diferente, cada cual con un interés personal, y en eso cuenta mucho esa impresionante marejada humana, a la que, más que seres humanos, ven como votos decisivos en elecciones venideras.

A medida que pasan las horas, la manifestación se hace más grande, y ruge como mil leones, porque se le une gente llegada de todas partes de Caracas y de la provincia.

Juegan al todo o nada, sin darse cuenta de la peligrosidad de los absolutismos, y por eso pocos sospechan lo que va a suceder, así que, cuando el presidente de la CTV ordena cambiar el rumbo hacia Miraflores, todos obedecen sin chistar, sin preguntarse qué les espera más allá.

Nadie razona acerca de la magnitud del paso que están dando; nadie pone objeciones, porque las masas, cuando se transforman en multitudes, actúan irreflexivamente, con lo que se arriesgan a ser pasto de lobos hambrientos. Y en esta

ocasión, los lobos están disfrazados de ovejitas dentro de la marcha misma.

Además, los organizadores han tenido la maquiavélica idea de colocar delante de la manifestación a unas monjas que el tiempo se encargará de identificar como mujeres entrenadas para guiar a la multitud a su inexorable destino, porque, con ellas al frente, nadie sospechará que se les conduce a una trampa.

Van cantando “se va, se va, se va” y “va a caer, va a caer, este gobierno va a caer”, en clara alusión al presidente Chávez a quien ahora piensan pedirle la renuncia los más conservadores, y a quien tratarán de derrocar los más radicales.

Quieren cobrar la afrenta como sea, y no regresarán sin su codiciada presa, pero la inmensa multitud se olvida de que muchos de esos políticos que ahora le hacen guiños y a quienes acompañan mansamente fueron los culpables de la grave situación económica que encontró Chávez al ganar las elecciones de 1998.

*

En el Ministerio de la Defensa, Rangel observa el momento en que Carlos Ortega ordena avanzar sobre Miraflores y se da cuenta de la gravedad de la situación. Entonces pide comunicación con Marcel Granier, vicepresidente de Radio Caracas TV. Rangel ha sido interlocutor varias veces entre el presidente y los dueños de medios; por eso mantiene un permanente contacto con ellos.

—¿Estás viendo esa locura, Marcel? Van hacia Miraflores. Allá hay una multitud apoyando al presidente y un contronazo entre los dos bandos será demasiado peligroso.

—Déjame ver qué puedo hacer para que cambien el rumbo de la marcha —promete Granier.

El ministro llama entonces a Alberto Federico Ravell, de Globovisión, quien también se compromete a actuar.

Pero ya es demasiado tarde. Todo parece estar dicho y lo que va a suceder, sucederá.

*

En las adyacencias de Miraflores, como bien ha alertado el ministro, los chavistas están concentrados para defender el gobierno nacional. No es una concentración improvisada, ni se ha producido hoy con motivo de la marcha: es una vigilia que lleva varios días. Los chavistas de Caracas y las comisiones de diferentes partes del país, ante la huelga nacional decretada por la CTV y Fedecámaras y la arremetida de los empleados petroleros, han decidido hacer frente con decisión a los opositores y por eso llevan varios días frente al palacio.

Este jueves 11 de abril, en la concentración, al compás de las canciones de Alí Primera, dirigentes políticos del MVR, como los diputados Juan Barreto, Nicolás Maduro, Cilia Flores, y Darío Vivas, entre otros, y los ministros de Educación, Aristóbulo Istúriz; de Salud, María de Lourdes Urbaneja, y del Ambiente, María Elisa Osorio, instan a sus partidarios a resistir, a impedir el acceso de los enemigos del presidente a la sede del poder nacional.

Por supuesto, al conocer a través de la radio y la televisión el cambio de ruta de la marcha, las autoridades han ordenado un colchón de seguridad, a fin de impedir el choque de trenes que nada bueno presagia, y desde su despacho,

reunido con algunos oficiales, el presidente sigue el curso de los acontecimientos.

Chávez ignora que ese operativo de seguridad está en manos enemigas, pues uno de sus coordinadores es el general Luis Camacho Kairuz, quien, entre sombras, ya lo ha traicionado.

El primer anillo de seguridad lo monta la Guardia Nacional; un segundo anillo deberá montarlo la Policía Metropolitana tan pronto la marcha llegue al centro de Caracas.

Los manifestantes caminan sin prisa pero sin pausa.

Cientos de miles de personas salen de todas partes y hasta la autopista Francisco Fajardo le queda pequeña cuando la gente se mete en ella en su firme paso hacia Miraflores.

En el cielo abierto y claro aparece de pronto un helicóptero de la Disip, cuyos funcionarios toman imágenes de la impresionante manifestación; en ese aparato va el vicepresidente Diosdado Cabello, quien se da cuenta de la magnitud de la marcha y de lo que podría suceder si se encuentra con las personas concentradas al frente del palacio

Desde abajo, la gente lanza improperios hacia el helicóptero. Para ese entonces, la manifestación es un gigantesco monstruo de mil cabezas amenazante, y esa sola imagen es premonitoria de que estamos a punto de presenciar hechos inéditos en el país.

Ese día Diosdado Cabello desaparecerá. Mantendrá algunos contactos con el Presidente en los cuales le informará que han sido traicionados por oficiales que suponían leales. Le habla de Manuel Rosendo, pero Chávez no le creerá.

Como vicepresidente, Cabello es consciente de que si algo ocurre, tendrá la responsabilidad de ocupar la

presidencia. Su esposa lo respalda cuando decide desaparecer de la escena. Ella le dice: “Estamos bien, no nos llames porque te pueden contactar telefónicamente”, y sólo volverá a aparecer cuando, en una declaración a CNN, dirá que en el país se ha consumado un golpe de Estado.

*

La marcha sigue su inexorable destino. Aquellos que pueden detener la tragedia, nada hacen; al contrario, avivan la llama en medio del polvorín. El interés es ése, precisamente: que todo el mundo se desboque, como el primer paso para la acción militar que buscará el derrocamiento del gobierno.

En Fuerte Tiuna, al sur de la ciudad, el grupo de militares sediciosos sigue por televisión los acontecimientos, esperando el momento oportuno para actuar. Pero el general Jorge García Carneiro, comandante de la III división de infantería del Ejército y de la Guarnición de Caracas, se les adelanta y, previendo lo que va a suceder, coloca varios tanques Dragón 300 en la entrada de la Alcabala N° 3 del fuerte. Allí, arenga a sus soldados a impedir la salida de otras unidades militares. García Carneiro viene de ser jefe de la Casa Militar, donde mantuvo un contacto estrecho con el Presidente Chávez, a quien admira.

En la sede de los partidos MVR y PPT, que apoyan al presidente, los rostros son de preocupación porque muy pocos tienen dudas de que la marcha será lanzada como un *tsunami* humano contra los efectivos militares que obstaculizan el camino a Miraflores; y esa ola gigantesca, si se decide, podrá pasar por encima de ellos. No habrá forma de detenerla, a menos que el país se derrame en sangre.

De eso, de derramar la sangre, se encargarán los siete hombres estratégicamente ubicados en los techos de algunos edificios desde donde, por igual, dispararán inmisericordemente su carga de muerte sobre los indefensos partidarios del gobierno y de la oposición para sembrar el terror e incitar a la masa a cobrar venganza.

En esos momentos, efectivos de la Policía Militar encabezados por el comandante de Logística del Ejército, general Martínez Vidal, se dirigen a la salida de Caracas, a fin de tomar el peaje de Paracotos con la intención de controlar el acceso y la salida entre Caracas y Maracay, ciudad ésta donde los golpistas saben que la oficialidad está con Chávez.

Y lo saben porque las semanas precedentes el Comandante del Ejército ha estado visitando las guarniciones en un balance de recursos para lograr sus objetivos, y en Maracay, el 8 de abril, se ha encontrado con el liderazgo del General Raúl Isaías Baduel, a quien apoyan sus subalternos, por lo que ha salido con las manos vacías.

En la Asamblea Nacional, entretanto, hay nerviosismo. Su presidente, William Lara, propone declararse en sesión permanente; otros diputados rechazan la idea. Están justo en el ojo del huracán, el centro de la ciudad, apenas a tres cuadras de Miraflores. Y al final, estratégicamente, deciden salir del palacio legislativo.

Pero todavía es temprano, pues los manifestantes deberán cubrir un largo tramo de diez kilómetros para llegar a su objetivo. Eso abre la posibilidad de que los grupos que apoyan al gobierno lleven más gente a los alrededores de Miraflores para protegerlo. Estos sólo cuentan con palos y piedras; palos y piedras contra armas largas manipuladas

por hombres entrenados en el arte ominoso de matar a mansalva.

Otros dirigentes gubernamentales deberán ubicarse en hoteles de la ciudad, a fin de estar a la expectativa por si los acontecimientos desbordan al gobierno. El diputado Tirso Silva Magallanes los lleva a El Paraíso y El Junquito. En caso necesario, ellos serán los encargados de movilizar a la gente de las barriadas. Ignoran que lo que ocurrirá será tan brutal que desbordará cualquier previsión.

Durante la mañana, los ministros se han ido reuniendo en la vicepresidencia de la República, donde conversan con el titular de esa cartera, Diosdado Cabello, quien ha regresado del viaje en helicóptero. Nadie sabe nada, sin embargo, porque dentro de su despacho el presidente Chávez ha optado por reunirse con el Ministro de la Defensa y el alto mando militar, encabezado por el general en jefe Lucas Rincón, quien lo ha mantenido informado de los acontecimientos.

Tres días antes, el ocho de abril, esos ministros y el alto mando han tenido una reunión en la que se les ha puesto sobre aviso acerca del peligro de un intento de golpe, y se les ha explicado los pormenores del Plan Ávila que, según la Constitución, la Ley Orgánica de Administración Pública y la Ley Orgánica de la FAN, entre otras, el gobierno puede poner en práctica en caso de emergencia extrema.

Pero ni el presidente ni los ministros ni los oficiales leales han sido capaces de darse cuenta de que en el mismísimo alto mando están los organizadores del golpe, de manera que cuando éste se ponga en marcha todos serán cogidos de sorpresa.

El Plan Ávila es una derivación del Plan Rector Nacional llamado Soberanía, y no es más que el conjunto de operaciones que ejecutan las unidades de la FAN acantonadas en la Guarnición Militar de Caracas, con jurisdicción en el Distrito Capital y los estados Miranda y Vargas, para hacer frente a situaciones en las cuales se ponga en peligro la paz ciudadana.

Mediante el Plan Ávila se garantiza el normal funcionamiento del transporte colectivo y el abastecimiento de alimentos, medicinas y combustible a la población, a la vez que sirve para apoyar a la Dirección Nacional de Protección Civil en caso de situaciones extremas causadas por inundaciones, incendios, terremotos, o epidemias, como sucedió en la tragedia de Vargas en diciembre de 1999.

Para la ejecución del plan, los componentes de la FAN se organizan en grupos de tareas conjuntas con áreas, sectores y subsectores asignados por cada Unidad.

La acción se divide en cuatro fases: una preliminar, que consiste en una alerta temprana, en organizar las unidades, chequear los equipos y vehículos y realizar una revisión pasiva de los puntos críticos.

La primera fase es el apoyo de la Guardia Nacional a los cuerpos de seguridad del estado.

La segunda, el patrullaje militar y la ocupación de los puntos críticos.

Y, finalmente, la tercera, el retiro de las tropas una vez que ha sido restituido el orden.

En fin, se trata de un plan disuasivo que cumple el objetivo de protección de la ciudadanía pero la respuesta será enérgica en caso de una alteración del orden público para evitar que los militares cumplan con su deber.

En el caso de los acontecimientos de este día el gobierno teme que los organizadores de la marcha lancen la manifestación contra el Palacio de Miraflores para provocar una masacre que ocasione la salida del presidente Chávez del gobierno; por eso se han montado carpas para atender a los heridos en previsión de que las pasiones se desaten, como es fácil prever. Los puestos de auxilio, con médicos y paramédicos, son ubicados en las cercanías del Palacio Blanco, frente a Miraflores.

A estas alturas los cálculos conservadores estiman en medio millón las personas que van en la marcha y, por supuesto, semejante masa humana lanzada contra el colchón de seguridad establecido en la avenida Urdaneta para proteger el palacio, ocasionaría la muerte de miles de personas de ambos bandos.

En cualquier circunstancia, el presidente se vería obligado a renunciar con las manos manchadas de sangre, en medio de una guerra civil que, dada la forma como los ánimos se han ido caldeando en los meses precedentes, se produciría de inmediato.

Por las mentes de muchos pasa en ese momento la interminable guerra civil que se desató en Colombia desde el mismo momento en que fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán, en 1948. El libro de Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*, refleja que en los primeros momentos, después del crimen, se produjeron miles de muertes en el vecino país.

Venezuela, por la misma irascibilidad que existe entre los partidarios del gobierno y de la oposición y por la intolerancia de ambos grupos, que ya ha ocasionado muchos enfrentamientos, es un polvorín a punto de estallar, y la marcha que avanza hacia Miraflores puede ser la chispa que prenda

la mecha. En el gobierno, nadie quiere eso, y en el grueso de la oposición tampoco. Pero algunas mentes maquiavélicas tienen preparado un plan para salir de Chávez, a quien algunos rechazan no sólo por su ideología izquierdista sino por motivos raciales.

Por supuesto, en ese plan juegan papel de primer orden los francotiradores y tiradores encubiertos que se han ubicado estratégicamente en las azoteas de los edificios aledaños al palacio, en especial en los hoteles Ausonia y Edén, en la avenida Baralt. Serán ellos los que cometerán los primeros *crímenes necesarios* para poner en marcha toda la maquinaria golpista que esa misma tarde se movilizará con estudiada precisión.

Según la denuncia que hará después el alcalde del municipio Libertador, Freddy Bernal, los grupos de la muerte son dirigidos por el secretario de seguridad ciudadana de la Alcaldía Metropolitana, comisario Iván Simonovis. Simonovis, preso y enjuiciado, dirá tres años más tarde que, al contrario, trató en todo momento de que la manifestación no fuera a Miraflores.

Como sea, la investigación de la Asamblea Nacional determinará después que en la zona donde actuaron los francotiradores, el cordón de seguridad le correspondía a la Policía Metropolitana. Pero la investigación policial dejará abierta la posibilidad de que algunos miembros del partido de gobierno, al disparar repeliendo la agresión, causaran también la muerte de varias personas.

En las cercanías de la Plaza Venezuela la tensión se siente en la sede de Patria Para Todos, el partido que más ministros tiene en el gobierno. Encabezados por el secretario general, José Albornoz; el secretario de organización,

Rafael Uzcátegui; el secretario de política, Rodolfo Sanz; el secretario electoral, Gustavo Hernández; el secretario sindical, Orlando Castillo, y el secretario de finanzas, Alfredo Laya, entre otros, la Dirección Nacional del partido analiza los acontecimientos.

Ya se han girado instrucciones a la militancia para que se traslade a Miraflores a acompañar a la base del Movimiento Quinta República, el principal partido del país, en la defensa de la revolución.

En la reunión, acuerdan trasladarse a la embajada de Estados Unidos a fin de pedirle al embajador Charles Shapiro su intervención para impedir una tragedia. Pues éste, a esas alturas, parece más bien un líder de la oposición, debido a la estrecha relación que tienen los dirigentes opositores con el gobierno de Bush. Ilusamente, los pepetistas creen que si Shapiro les pide que no vayan a Miraflores, le harán caso.

Shapiro tiene poco tiempo en Venezuela. Es un ave de mal agüero, uno de esos tipos de quien uno debe cuidarse porque donde quiera que están ocurre algo. Uno debe pensarlo dos veces antes de invitarlo a su casa. Basta decir que era agregado militar en Chile cuando ocurrió el golpe de estado planificado por el gobierno de Estados Unidos contra Allende, y luego estuvo en El Salvador y en Honduras en los momentos en que la derecha y la policía atacaron a ciudadanos indefensos. No es que sea pavo; a él le gusta ser así.

Por eso, la entrevista del PPT con el embajador está condenada al fracaso antes de comenzar. Shapiro se limita a mirarlos con aire de perdonavidas y les dice que no puede intervenir; más bien los insta a estar pendientes del curso de los acontecimientos, pues se van a producir muchos hechos novedosos. Albornoz dice haber salido de allí con el

convencimiento de la participación del gobierno norteamericano en el golpe.

La marcha llega al centro de Caracas a las dos y media de la tarde, y la primera intención de los organizadores es entrar a Miraflores por la Plaza O'leary y El Calvario, en las cercanías de la iglesia de Pagüita, para tomar la Puerta N° 1 del Palacio, pero son rechazados por los chavistas ubicados en la avenida Urdaneta. En una grabación que se dará a conocer después, se ve al general Guaicaipuro Lameda planificando la toma de esta prevención junto a algunos dirigentes opositores.

A partir de este momento, los sucesos van de menor a mayor.

Los manifestantes insisten y vuelven a ser rechazados. Entonces el diputado Juan Barreto, que ha estado arengando a sus compañeros desde la tarima ubicada al frente del palacio, se les acerca a parlamentar, pero los ánimos están muy caldeados y la Guardia Nacional debe lanzar algunas bombas lacrimógenas para obligar a los manifestantes a retroceder, como en efecto retroceden.

El general Eugenio Gutiérrez, comandante del Regional 5, ha sido encargado por el comandante general de la GN, general Francisco Belisairo Landis, de adoptar un dispositivo de seguridad a fin de evitar la confrontación entre los partidarios del gobierno y de la oposición. En ese sentido, reúne 1.500 hombres que, ubicados en 4 sectores, han formado el primer anillo de seguridad en torno al palacio.

Del operativo se encargan, como queda dicho, el viceministerio de seguridad ciudadana y el comandante de la Policía Metropolitana, junto con el estado mayor del Regional 5. Dentro del palacio, mil hombres de la Casa Militar y el

Regimiento de Guardia de Honor están encargados de la vigilancia y de preservar las vidas de quienes allí trabajan, especialmente la del Presidente de la República.

El general Gutiérrez diría después, en el curso de las investigaciones sobre los sucesos:

Los primeros en llegar a la zona donde estaban los guardias nacionales, en los alrededores del Puente Nueva República, fueron unos oficiales en la honrosa situación de retiro, con un numeroso grupo de manifestantes quienes les acompañaban en la marcha... Los integrantes de la Guardia Nacional presentes en el lugar dialogaron con ellos informándoles de los riesgos existentes por el posible enfrentamiento entre los grupos antagónicos y de los daños y riesgos que se podían producir en las personas y propiedades, pero ellos lamentablemente desatendieron las indicaciones... A partir de ese momento, la marcha pasó de pacífica a violenta, ya que los oficiales retirados que encabezaban a los manifestantes incitaron a los integrantes de la marcha a avanzar a como diera lugar y agredieron a los efectivos... Esa situación obligó a activar las medidas de orden público a fin de evitar el enfrentamiento de ambas masas, lo que hubiese traído consecuencias incalculables...

Otra situación conflictiva se produjo cuando el punto de control establecido por la Policía Metropolitana que se encontraba frente a la estación del Metro de El Silencio, desaparece de manera sorpresiva, lo que fue aprovechado por los manifestantes del sector de la oposición, quienes tumban dos paredes del liceo Fermín Toro y arremeten violentamente contra los puntos de bloqueo de la Guardia Nacional que se encontraban en ese sector y en la Plaza Bicentaria recibiendo las unidades de orden público del Comando Regional N° 5 agresiones con objetos contundentes, como piedras, botellas y bombas lacrimógenas inclusive.

Ante estas circunstancias, se implementaron las medidas de control de orden público para evitar que avanzara el sector proveniente de Chuao, quienes buscaban a toda costa enfrentarse con las personas ubicadas en las adyacencias del Palacio de Miraflores”.

En ese momento se producen los primeros disparos. Van dirigidos a la marcha de la oposición y a la concentración oficialista al mismo tiempo.

En los alrededores de Miraflores cae herido un chavista, que es llevado de urgencia por sus compañeros al puesto de auxilio del Palacio Blanco; frente al colchón de seguridad, comienzan a caer los manifestantes de la oposición, la mayoría con tiros en la cabeza, hechos desde arriba, pues la trayectoria balística demostró que iban en orden descendente.

Un funcionario de la Disip es impactado y se le ve caer al suelo. Parece muerto, pero no lo está. Nadie sabe que es uno de los escoltas de Diosdado Cabello, que apenas salía de la vicepresidencia cuando uno de los francotiradores hace blanco en su cabeza. Se llama Tony Velásquez y, a pesar del daño ocasionado por la bala, con el tiempo logrará recuperarse en Cuba. Pero en ese momento es la más viva imagen de la muerte.

Y a partir de ese momento, el centro de la ciudad se transforma en un campo de batalla, en el cual unos corren desesperadamente de un lado a otro, desorientados, otros disparan y otros más caen heridos o muertos.

Las escenas son dantescas, y, por supuesto, los manifestantes de la oposición lanzan improperios contra el gobierno nacional. Chávez, dentro de Miraflores, será el blanco de la ira de buena parte del país.

Como será denunciado después, el contralmirante Héctor Ramírez Pérez, antes de que se produzca el primer disparo, ensayaba con algunos periodistas la declaración que saldría más tarde en la cual anunciaba que ya iban seis muertos. Y en la madrugada siguiente, ante los oficiales alzados, diría que el plan se estaba preparando desde hacía

meses y que la sociedad civil se había comprometido “a poner los muertos”.

En el Ministerio del Interior y Justicia, se produce, a las cuatro de la tarde, un encontronazo entre el ministro Ramón Rodríguez Chacín y el viceministro Camacho Kairuz.

Éste entra al despacho en momentos en que Rodríguez Chacín ve la cadena nacional en la que el presidente está hablando de los sucesos. El general le dice que ha recibido informes de que la situación es muy crítica en el centro de la ciudad.

—También me han dicho que el general García Carneiro ha apostado tanques a las puertas de Fuerte Tiuna. En el operativo de seguridad nadie ha hablado de tanques, ministro...

—¡Esta gente quiere dar un golpe de estado! —le dice el ministro, molesto—. ¡A la revolución hay que defenderla, general!

Se levanta del asiento y se sube el suéter, dejando ver una pistola metida en su cinturón.

—Esta pistola, general, es para eso; para defender la revolución. Si algo sucede, no voy a esperar a que me detengan, voy a salir a la calle a defenderme porque debemos ser patria o muerte con el proceso, ¿usted no está armado?

—No, ministro; a pesar de ser militar activo y estar uniformado no estoy armado.

—Pues no se preocupe, que yo le conseguiré un arma... Pero Camacho Kairuz no la espera.

Se da la vuelta sin pronunciar palabra y sale de la oficina del ministro a unirse a los sediciosos, y a las primeras de cambio, junto con los generales Martínez Vidal y Rafael Damiani Bustillos se comunica con los componentes militares

para informar que un grupo de oficiales tiene el control de las FAN, de acuerdo a un plan preestablecido e insta a los comandantes de la Aviación, la Marina y la GN y a los generales Eugenio Gutiérrez y Jorge García Carneiro, los comandantes más importantes de la ciudad, a abstenerse de mover sus tropas porque están “plotados”, es decir, bajo observación.

Les dice que, en caso de que desobedezcan esta orden, ellos, los sediciosos, tienen capacidad para dominarlos, por lo que les exige mantenerse al margen, para evitar “un baño de sangre entre hermanos”.

Dentro del Palacio de Miraflores, Chávez, que ha observado lo que sucede, le ha ordenado a la viceministra de Información Teresita Maniglia la convocatoria de una cadena nacional de radio y televisión, la cual ha comenzado a las 3:45 de la tarde, casi una hora después de iniciarse la matanza.

Pero la cadena es sabotada desde Mecedores, donde se corta el audio de Venezolana de Televisión, el canal del estado. La licenciada Maniglia, no obstante, es una mujer de mucha experiencia en los medios radiales y audiovisuales y llama a la Radio Nacional donde pide que la pongan con el operador de la estación. Utilizando su celular, empalma el audio de Radio Nacional con la imagen de VTV y logra que la cadena siga su curso, aunque se ve la falta de sincronización entre el movimiento de los labios de Chávez y sus palabras.

La cadena es muy larga, se prolonga casi dos horas, y al final el presidente se equivoca dos veces al decir que el día de hoy es miércoles nueve de abril; sus asesores lo corrigen informándole que en realidad es jueves 11 de abril y, desencajado, Chávez subsana el error. Luego, olvida el nombre de un grupo empresarial con el que se reunió en días pasados,

notándose en su ánimo han hecho impacto los sucesos ocurridos esa tarde.

En el transcurso de la cadena, los canales privados de televisión parten la pantalla, de manera que a medida que el presidente habla, se observan las imágenes de los muertos y heridos, y de la gente, desesperada, corriendo a todos lados, tratando de auxiliar a quienes caían al suelo bajo el impacto de las balas. Chávez, alertado sobre eso, ordena sacarlos del aire, como en efecto sucede, pero las televisoras siguen transmitiendo por la señal del cable, a través del satélite.

A esas alturas, unos cuarenta funcionarios de la Policía Metropolitana, con guantes de látex y portando armas que no son las de reglamento, disparan desde diferentes puntos hacia arriba y hacia los lados; desde Puente Llaguno, un grupo de chavistas repele le agresión de los uniformados. Acostado en el techo de la Ballena —unidad blindada anti-motines—, se observa a un funcionario respondiéndoles con un fusil, mientras a los lados de la unidad otros disparan casi sin ver ni apuntar.

Posteriormente se dirá que los pistoleros ubicados en el puente ocasionaron la mayoría de las muertes, pero un estudio pormenorizado de los videos que se tomaron en el momento determinará después que la marcha no llegó hasta ese lugar. El mismo comisario Henry Vivas, comandante de la Policía Metropolitana, confirmará ante la comisión investigadora de la Asamblea Nacional este aserto. “... *Y fue mejor que no llegara por bien de todos los venezolanos, por bien de todos nosotros los que estamos aquí fue mejor que no llegara a Llaguno, ¿verdad? Vamos, yo doy gracias a Dios que esa marcha no llegó a Llaguno...*”

Después de la cadena, el presidente Chávez llama desesperadamente por la Red Tiburón al general Manuel Rosendo, jefe del Comando Unificado de la Fuerza Armada Nacional, CUFAN, para que active el Plan Ávila, pero no lo encuentra por ninguna parte porque el oficial se niega a contestar. Y es que Rosendo ya ha empezado a retroceder en su apoyo al presidente y ha girado ciento ochenta grados hacia el sector golpista.

Pero no lo dirá todavía. Estratégicamente, aguardará el momento oportuno para manifestarse. Por lo pronto, no aparece, y por eso en su llamado inútil a Rosendo, quien le contesta a Chávez es García Carneiro.

—Aquí, Tiburón seis, mi comandante —dice García Carneiro, metiéndose en la línea.

—General, ¿cuántas tropas tiene disponibles en este momento?

—Todas las que integran la fuerza de tarea del Conjunto Ávila, señor presidente.

—¿Qué posición ocupan los tanques?

—Están a la orden suya.

—Muy bien, quédese con las tropas, no las mueva, pero sí envíeme una columna de tanques para la seguridad del palacio.

El general García Carneiro contará después en la Fiscalía General y en la Asamblea Nacional:

“El señor presidente de la República me ordena la aplicación del Plan Ávila y se le envían dos escuadrones de Tanques Dragones 300, con la visión de disuadir, tomar y proteger el Palacio de Miraflores. La precipitación agresiva de los hechos en el centro de la ciudad y las novedades ocurridas en el Fuerte Tiuna, me permitieron inferir que existía

una vinculación de ambos eventos y que estaba accionado un golpe de estado con participación militar”.

El general dice haber enviado los tanques a las 5:45 de la tarde a la orden del general Wilfredo Silva, por las rutas menos expuestas a los disturbios, es decir, por la Alcabala N° 3 de Coche hacia los túneles de El Valle, El Paraíso, Los Flores de Catia y la avenida Sucre, hasta el Palacio de Miraflores.

Los golpistas ordenan poner barricadas para que los tanques no puedan pasar, pero cuando reaccionan es demasiado tarde; por eso, la columna de dragones 300 llega a su destino.

“Esto indica —dirá García Carineiro— que no fueron dirigidos a enfrentar la marcha que para ese momento estaba dispersa; sólo se introdujeron en el patio del regimiento de la Guardia de Honor para tomar el dispositivo de seguridad que representa a ese punto crítico de acuerdo al Plan Avila”.

García Carneiro dice que la movilización de los tanques no trajo ningún tipo de problemas a la comunidad, en especial a los manifestantes.

“...No conocemos —dice— ni un muerto, ni un herido, ni un golpeado, ni siquiera un rayón de un carro, por el traslado de los tanques desde Fuerte Tiuna a Miraflores y viceversa”.

Pero los tanques son devueltos a Fuerte Tiuna siguiendo órdenes de Vásquez Velasco, porque el comandante de la Unidad de Tanques está involucrado en el plan. De todas maneras, para ese momento ya el mal está hecho, porque las calles del centro de Caracas están teñidas de sangre inocente.

Las horas pasan en medio de una pesada atmósfera de incertidumbre a consecuencia de los crímenes de esa tarde.

Entre las víctimas, un reportero gráfico de bien ganado aprecio entre sus colegas, Jorge Tortoza, de 47 años, yace en el asfalto con un tiro en la cabeza. Así, de tiros en la cabeza, hechos con infame precisión, mueren muchos. Después se sabrá que Tortoza ha sido asesinado con un revólver Smitg & Wesson calibre 38 y no por un francotirador, pues el asesino estaba a su altura. La cámara con la cual ha captado sus últimas impresiones desaparecerá en manos inescrupulosas, y a pesar de que se identificará a un sujeto como el supuesto asesino, por una foto tomada por un colega, el crimen permanecerá impune.

Los dirigentes de la marcha, en especial Enrique Mendoza, Carlos Ortega, Guaicaipuro Lameda y Carlos Molina Tamayo, después de los primeros disparos, la han abandonado cuando la muerte ha hecho acto de presencia. Aparecerán más tarde en los canales de televisión contando cómo hicieron frente a las balas asesinas del gobierno, Enrique Mendoza con una curita Johnson's en el rostro como signo inequívoco del duro combate contra los satánicos círculos bolivarianos.

El gobierno no ha podido poner en práctica el Plan Ávila, debido a que algunos oficiales que deben ejecutarlo están de parte de los golpistas, entre ellos el general Manuel Rosendo, quien, aún así, habrá de permanecer al lado del presidente hasta avanzada la madrugada.

Rosendo alegrará después que cuando el presidente lo llamó no atendió porque sacar los tanques a la calle hubiera traído como consecuencia la muerte de muchas personas. No dice, sin embargo, que, al contrario, la presencia de la Fuerza Armada habría sido un factor disuasivo para los manifestantes, e incluso para los francotiradores.

La posterior presencia de este general en las tensas negociaciones de esa noche con los golpistas, a instancias del presidente Chávez, es un indicio de que éste no tendrá la malicia suficiente para ver la traición que ya se asoma en los ojos del oficial.

*

En las casas, los venezolanos siguen por la radio y la televisión los acontecimientos. Las televisoras privadas, de parte de la oposición, pasan una y otra vez las imágenes de la masacre: los muertos, los heridos, el traslado de éstos a los hospitales y a los centros de atención instalados frente al Palacio Blanco, pero no dicen que entre los chavistas se ha producido la misma tragedia, pues el comandante del Regimiento de Honor ha contabilizado la trágica estadística de 39 personas abaleadas, algunas de ellas fallecidas. Mucha gente empieza a creer entonces en la culpabilidad del gobierno.

Cuando las armas han comenzado su canto de muerte, y algunas personas alejadas de la tarima han sido alcanzadas, los demás se han lanzado al suelo, atemorizados, y han comenzado a gritar desesperados a los ministros: “¡Nos están matando, nos están matando, ministros, hagan algo!”. Ana Elisa Osorio recuerda con precisión los gritos. “Estábamos en la tarima cuando vimos pasar los primeros heridos en camillas. La gente gritaba que la estaban matando. Levanté la mirada y vi fogonazos que salían del hotel Edén; al principio, pensé que eran cohetes lanzados al aire, pero después me di cuenta de lo que pasaba.”

Los ministros nada pueden hacer; están tan indefensos como los demás. En realidad, *todos* están indefensos: los

que han llegado en la marcha de la oposición y los que están concentrados en Miraflores porque a nadie se le ha ocurrido pensar en la posibilidad de que alguna mente, por muy perversa que fuera, pudiera llegar al extremo de planificar una salvajada como ésa.

Entonces, los ministros debaten sobre lo que deben hacer, y se preguntan por qué no ha sido activado el Plan Ávila conforme lo anunciaron tres días antes los integrantes del alto mando militar. Ignoran que algunos de éstos ya se han volteado y, poco a poco, han comenzado a mover todo el aparataje militar en procura de la caída del gobierno constitucional.

Por lo pronto, el diputado Juan Barreto no es partidario de entrar a Miraflores. “No vamos a dejar a la gente sola aquí”, exclama y los demás están de acuerdo. Pero lo que iba a ocurrir ya ha sucedido y es poco lo que pueden hacer en esas circunstancias.

Sí han evitado, no obstante, que la oposición tome el palacio como han planificado algunos dirigentes políticos y los oficiales Guaicaipuro Lameda y Carlos Molina Tamayo. Gracias a Dios, porque si la toma se hubiese dado, a los defensores del palacio, los militares de la Guardia de Honor, no les hubiera quedado más remedio que hacer uso de las armas para defender la vida del presidente.

Pero los ministros y el diputado Barreto ignoran que la segunda etapa del plan ya se está poniendo en práctica.

En Fuerte Tiuna, el comandante del Ejército, general Efraín Vásquez Velasco; el presidente de Cavim, general Rommel Fuenmayor; el general Enrique Medina Gómez, agregado militar en Washington, quien “coincidentalmente” se encuentra en el país esa tarde; el contralmirante

Héctor Ramírez Pérez; el general de la aviación Pedro Pereira Olivares; el general Carlos Alfonzo Martínez, inspector general de la Guardia Nacional; y el general Néstor González González se encuentran reunidos con otros oficiales para dar el zarpazo final al Estado de Derecho.

Tienen varios quintacolumnas metidos en el propio seno del gobierno, como los ya mencionados generales Manuel Rosendo y Camacho Kairuz, a quienes en el curso de las próximas horas se les unirá el ministro Francisco Usón, que, en medio de aquel drama, tendrá los riñones de pedirle al presidente que lo excuse porque en las actuales circunstancias no puede seguir a su lado, optando por irse a Fuerte Tiuna “de donde nunca debí salir”.

Después, cuando los hechos se revierten, pretenderá volver a su mismo cargo como si nada hubiese pasado. Se lo impedirá una joven periodista, militar asimilada, Lisbeth Berríos, quien le gritará: “Tenga dignidad, general, ¡salga de aquí ahora mismo!”; y posteriormente, los otros ministros, quienes se negarán a entrar al Consejo de Ministros, “a menos que ese traidor salga del salón”.

Pero ahora, cuando el sol se oculta en el firmamento teniendo de oscuro ese aciago día, el corazón de los venezolanos está sumido en la incertidumbre; las lágrimas riegan con tristeza las casas porque el país está de luto, y ya se habla de la posibilidad de que el presidente renuncie, aunque a esa hora tal hipótesis no ha sido planteada oficialmente.

*

El canal del estado ha sido silenciado avanzada la tarde. Primero, un grupo de veinte soldados y un capitán lo han

tomado por instrucciones del presidente para resguardar sus instalaciones, pero poco después el oficial recibe por radio la información de que un grupo de militares golpistas se dirige hacia allá y tiene más poder de fuego que ellos. Los militares se excusan ante Jesús Romero Anselmi, el presidente de la televisora, y salen con rapidez para evitar un enfrentamiento en el cual llevarán las de perder, sin duda.

No han terminado de cruzar la esquina cuando llegan los golpistas, que toman el canal. Después se presentan la policía del Estado Miranda y la Policía Metropolitana a cumplir la orden del gobernador Mendoza: “Esa basura hay que cerrarla”.

Teresa Maniglia ha intentado infructuosamente sacar las declaraciones del Presidente Chávez por la Radio Nacional para desmentir rumores insistentes de que ha abandonado el palacio, pues la emisora ha sido entregada por su director a los insurrectos. Intentos similares con YVKE Mundial también se estrellan en el muro infranqueable de la indiferencia. Medio mundo parece estar involucrado en la conspiración. Están solos y rodeados por el ataque incesantemente de los medios de comunicación privados.

El país queda entonces a expensas del poder de estos medios que a medida que pasan las horas van transformando la mentira mil veces dicha en verdad y no es aventurado jurar que para ese momento una mayoría de los ciudadanos cree a pie juntillas que la masacre la ha ocasionado el gobierno.

A eso ha contribuido la imagen de los pistoleros de Puente Llaguno que disparan reptidas veces hacia un objetivo que la cámara de Venevisión no ha captado, pero que algunos periodistas del canal ya han identificado, violentando la verdad, como la marcha de la oposición.

La imagen por sí sola causa indignación porque tiene una carga de violencia pocas veces vista en el país. Aderezadas con los venenosos comentarios periodísticos, las tomas calan hondo en la conciencia de los venezolanos que no dudan en condenar de buenas a primeras a los pistoleros.

En Miraflores, Chávez está reunido con militares aliados quienes le informan sobre los acontecimientos que poco a poco se van agravando, conforme algunos oficiales van tomando posiciones a favor del golpe de estado.

El único civil que participa en las reuniones es José Vicente Rangel. Los militares entran y salen con pasos apresurados y nerviosos y con rostros descompuestos que reflejan la preocupación por los acontecimientos inusitados. Todo el mundo ha sido cogido fuera de base: el presidente, los partidos que lo apoyan, los militares leales..., el país entero..., ante la magnitud de los acontecimientos.

Los ministros, en uno de los salones, esperan, pero el presidente no los convoca a su despacho, porque, viniendo del Ejército, siempre ha confiado más en los militares que en los civiles. Apenas después de concluida la cadena los ministros logran hablar con él por vez primera ese día. Chávez pregunta por Diosdado, que no aparece por ninguna parte desde las primeras horas de la tarde.

—Localicen a Diosdado —dice.

Uno de los ministros llama al vicepresidente por su celular y se lo pasa al presidente. Chávez escucha lo que le dice el vicepresidente desde el otro lado de la línea. Asiente. “Entiendo, entiendo”, dice, y cuelga. Diosdado le ha dicho: “Yo no puedo estar con usted, presidente, porque si a usted le pasa algo yo tengo que asumir la presidencia”.

Cuando cae la noche, entonces, Venezuela es un país sacudido por la tragedia. Se anuncia que en la marcha ha habido 18 muertos y decenas de heridos y en el curso de los próximos días los acontecimientos se precipitarán en un torbellino de pasiones desenfrenadas y morirán muchos más. La sangrienta cifra se contabilizará en un total de sesenta fallecidos.

Con la noche, ante las noticias que llegan de Fuerte Tiuna, el presidente hace llamar a su despacho al ministro de Infraestructura, el general Ismael Eliécer Hurtado Soucre, quien a partir de ese momento jugará un importante papel como negociador con los rebeldes.

Cuando el general hace acto de presencia, el presidente le pide que esté a su lado pues el alto mando militar se dirige a Miraflores donde sostendrán una reunión de urgencia para analizar la situación.

—Por cierto, he tratado de comunicarme con el general Rosendo y no lo he conseguido —agrega Chávez.

—Tengo algunos teléfonos suyos. Déjeme ver si puedo conseguirlo —dice Hurtado Soucre; se retira a llamar y al poco rato regresa—. El general Rosendo está por llegar a palacio con el alto mando, presidente.

En efecto, poco después llegan los miembros del alto mando, encabezados por el general Lucas Rincón; y con ellos, el general Rosendo.

En la declaración rendida en la Fiscalía General de la República, el ministro recordará lo ocurrido en palacio esa noche.

“Allí —dirá—, cada uno de los miembros del alto mando manifestó e hizo un pequeño (resumen) sobre la situación y de allí se desprendió inicialmente que había algunos

generales que mantenían una desobediencia, y entre ellos me puedo acordar de Alfonso Martínez, de la Guardia, que había tomado la comandancia...; no aparecía el comandante del Ejército por lo cual ellos presumían que también estaba en esa situación de desobediencia. El comandante de la Armada habló sobre Ramírez Pérez y se habló sobre Medina Gómez, que había llegado al país. El presidente preguntó: ‘¿Qué hará Medina Gómez aquí? Él está de agregado militar en Washington’. Nombró al general Ruíz Guzmán, que en ese momento era el Inspector General del Ejército, que también estaba en esa situación y al general Fuenmayor...”

El golpe ha tomado tan de sorpresa al gobierno que en la reunión se habla de tan sólo cinco o seis generales en “actitud indisciplinada”. El presidente pide a los oficiales reunidos que le aporten soluciones al problema y Hurtado Soucre, quien conoce a los que han sido mencionados, solicita que se le permita hablar con ellos para hacerlos desistir.

—Han sido oficiales que han estado a mi mando, señor presidente; tengo por ellos respeto y afecto y creo poder convencerlos.

Chávez lo autoriza a trasladarse a Fuerte Tiuna y Hurtado Soucre, ignorando lo que ha venido haciendo en las horas precedentes el general Rosendo, pide que éste lo acompañe.

“Yo quise —declara— que me acompañara el general Rosendo, un oficial que de una u otra forma tenía control de mando sobre las Fuerzas Armadas y el presidente así lo aceptó, y así fue como nos dirigimos los dos a Fuerte Tiuna. Debo confesar que al llegar a la Alcabala número 3 me di cuenta de que estaban reunidos varios oficiales... Les confieso que iba en la concepción de que eran cuatro ó cinco

generales con los que tenía que hablar, pero empecé a ver un mayor número en la Alcabala número 3...”

En esa alcabala, Hurtado Soucre y Rosendo hablan con los generales José Félix Ruíz Guzmán, segundo en el mando del Ejército, y Medina Gómez, a quienes ve decididos en su enfrentamiento con el gobierno, aunque Hurtado admite que a él en particular lo trataron con respeto. De allí deciden ir a la Comandancia del Ejército, donde Hurtado se da cuenta de la magnitud del problema, al hablar con el general Efraín Vásquez Velasco, comandante del componente.

“No eran cuatro ó cinco generales —recuerda—. Casi todo el cuerpo de generales estaba allí y pude observar a Poggioli Pérez (ex Director de Inteligencia Militar), que ya había sido dado de baja; allí vi a Fuenmayor, de Cavim, a Castro, y a un grupo de generales como Hugo Peña, generales todos del ejército y ahí conversamos porque, bueno, estaban dando su opinión muy particular, estaban dando su opinión sobre las cosas, su visión, pero debo decir que vi allí que había una cohesión de lo que querían”.

En ese momento, la intención de los oficiales es desconocer la autoridad del alto mando militar y por primera vez se plantea la renuncia del presidente. En palabras de Hurtado Soucre: “Allí intercambiamos opinión y vi, por supuesto, una determinación del grupo de generales del ejército de que el presidente debería renunciar. Allí en el ejército había una cohesión en el sentido de que debía renunciar e irse del país...”

Los sediciosos le informan al general Hurtado Soucre que no están solos sino acompañados por oficiales de otras fuerzas que se encuentran reunidos en el antiguo ministerio de la Defensa, donde ahora se encuentra la inspección general de la FAN. En el ministerio, los dos generales

comisionados por Chávez se entrevistan con el contralmirante Ramírez Pérez, el general Salas Machado, de la Fuerza Aérea, y el general Navarro, contralor general de la FAN, junto a numerosos coroneles; también, para su sorpresa, en el lugar está el actor de cine y televisión Orlando Urdaneta.

Urdaneta, en su programa de televisión, se ha convertido en un aliado de la oposición y a la hora del golpe ha decidido acompañar a su primo, el contralmirante Daniel Comisso Urdaneta.

Pero este grupo no tiene la misma cohesión que el de la Comandancia del Ejército, pues, mientras allá están de acuerdo con que el presidente debe renunciar e irse del país, el grupo de Ramírez Pérez cree que Chávez debe ser juzgado en Venezuela por las muertes ocurridas ese día en el centro de Caracas.

La forma altisonante en que hablan, le hace ver a Hurtado que la situación está adquiriendo ribetes peligrosos. “Me pareció peligroso porque allí había posiciones contrarias entre los miembros de las Fuerzas Armadas, cada quien con su peso específico y su arrastre de liderazgo... que puede llevar más adelante a la confrontación entre ellos mismos, si son personas que tienen armas.”

El general sale de la reunión convencido de que la situación es extremadamente grave, y, junto a Rosendo, que no ha hablado mucho, se dirige a la Comandancia de la Guardia Nacional, en El Paraíso, a enterarse *in situ* de la situación de este componente.

La comandancia ya ha sido tomada por su inspector general, Carlos Alfonso Martínez, quien le ha negado el acceso al comandante, el general Francisco Belisario Landis, cuñado del general Lucas Rincón.

A los emisarios del presidente les costará lo suyo llegar allí, porque los túneles de El Paraíso y otras vías han sido tomados por los militares alzados. Cuando llegan, hablan con Martínez, tratando de convencerlo, pero éste, acompañado de otros oficiales, mantiene la misma posición de los oficiales rebeldes de Fuerte Tiuna, en el sentido de que el presidente debe renunciar para ser enjuiciado en el país.

De vuelta en Miraflores, el general Hurtado Soucre le hace ver al presidente la magnitud del problema. Entonces, en una reunión en la cual está el ministro Rangel, Chávez comienza a analizar la posibilidad de renunciar, pero no lo hará a menos que los sediciosos acepten sus condiciones, una de ellas irse al exterior con su familia, previo el respeto a lo establecido en la Constitución Nacional.

Mientras en Miraflores se discuten las opciones, los oficiales rebeldes han hecho una asamblea y los que son partidarios de juzgar al mandatario han convencido a los que estaban de acuerdo con que se fuera al exterior; ahora, unidos, mantienen la inflexible posición de que debe ser enjuiciado en el país.

Durante las conversaciones con los oficiales, cada uno de ellos le ha ido dando su número de teléfono al general Hurtado, por si en algún momento el presidente quiere comunicarse con ellos en torno a los planteamientos hechos. Cuando Hurtado llama a Vásquez Velasco, Ramírez Pérez y Fuenmayor, los líderes del movimiento, se encuentra con la noticia de que éstos, al unísono, ya no aceptan que el presidente salga del país.

Al serle participada esta posición, el presidente se niega a renunciar.

Comienza entonces un proceso de negociación tenso y lento, que crisa los nervios de los protagonistas, mientras

el país, ajeno a lo que sucede dentro de las cuatro paredes del despacho presidencial, está atontado por el dolor que sigue al crimen injustificable.

En vista de que el presidente se niega a renunciar, los golpistas, con al general Rommel Fuenmayor como su vocero, envían una comisión a parlamentar con él.

*

Para ese momento ya se han hecho sentir las proclamas guerreristas de algunos oficiales desconociendo al gobierno. El primero de ellos, el contralmirante Héctor Ramírez Pérez, jefe del estado mayor de la Armada.

Está acompañado de los generales Daniel Lino Comisso Urdaneta, jefe de planificación de la inspección general de la FAN; y Francisco Noriega, jefe de logística del estado mayor de la Armada; los generales de Brigada de la GN, Marco Ferreira Torres, director de la ONIDEX; Oscar José Márquez, agregado militar en Colombia, y Ramón Lozada, jefe de la guardería del ambiente; los generales de brigada del Ejército, Vidal Rigoberto Martínez, jefe del comando logístico del Ejército y Henry Lugo, de la inspección de la FAN; y los generales de brigada de la Aviación, Clintio Rodríguez y Pedro Pereira.

...En virtud de los acontecimientos acaecidos en el país en los últimos días —dice—, ante el riesgo manifiesto de agravamiento de la conflictividad social y considerando la actitud antidemocrática del ciudadano presidente de la República y la conducta complaciente e irresponsable del alto mando militar, nosotros, oficiales generales y almirantes del Ejército, Armada, Fuerza Aérea y Guardia Nacional, conforme a lo previsto en los artículos 57 y 350 de la Constitución de la República Bolivariana

de Venezuela, hemos decidido dirigimos al pueblo de Venezuela para desconocer el actual régimen de gobierno y la autoridad de Hugo Rafael Chávez Frías y del alto mando militar por contrariar los valores, principios y garantías democráticas y menoscabar los derechos humanos de los venezolanos...

Venezolanos, el presidente de la República ha traicionado la confianza de su pueblo; está masacrando a personas inocentes con francotiradores. Para este momento van seis muertos y decenas de heridos en Caracas...

Tiempo después, el corresponsal de CNN en Venezuela, Otto Neustaldt, denunciará que este discurso, donde se habla de seis muertos, fue ensayado antes de que la marcha llegara al centro de la ciudad, lo cual, administrado con otros indicios, demostraría que el grupo rebelde estaba en conocimiento de que esa tarde se producirían las muertes de algunos ciudadanos.

Luego toca el turno al general Carlos Alfonso Martínez, inspector general de la Guardia Nacional, quien lo hace acompañado del jefe del estado mayor, general Edgar Méndez Casanova, el jefe de operaciones, Edgar Bolívar, y el general de división Rafael Damiani Bustillos.

Al hablar de la actuación de la GN en los sucesos, dice:

...El escenario que prevaleció fue que la Guardia Nacional en todo momento debería mantener la institucionalidad, entendiéndose esa institucionalidad por cumplir los preceptos contemplados en la Constitución... Nuestra posición institucional pasa porque en ningún momento la Guardia Nacional iba a ser empleada de ninguna forma para reprimir al pueblo venezolano. Este es un sentimiento institucional. Los generales de la institución hemos estado muy preocupados por ser nosotros la fuerza, el componente de la fuerza que tiene la misión primordial de mantener el contacto entre el pueblo venezolano y la Fuerza Armada Nacional... Pero mantener ese orden no significa que

nosotros como institución debemos estar a favor de un grupo o a favor de otro...

Viendo los acontecimientos que se desarrollaban en la televisión, pudimos observar que la Guardia Nacional, al mando de oficiales de nuestra institución pertenecientes al Comando Regional N° 5, salieron a impedir que ambos frentes hicieran contacto. Muy bien hasta ese momento, pero resulta ser que detrás de los miembros de la Guardia Nacional había miembros del otro bando, círculos bolivarianos, los que están estacionados al frente del Palacio de Miraflores y ellos sí ejercían violencia sobre el resto de los manifestantes y vimos cómo la Guardia Nacional, en vez de reprimir a ambos frentes por igual o hacer acciones para separar ambos bandos, solamente se dirigió contra el bando de las personas que venían en forma pacífica. Esto hace ver que la posición institucional reflejada al señor general comandante de la fuerza y al general Gutiérrez no interpreta el sentimiento de la Guardia Nacional...

Llamé a mi general Lucas, al inspector general de la fuerza, y le he hecho saber que no estamos de acuerdo con los resultados de la jornada de hoy. Son venezolanos los que fallecieron durante la jornada, hay heridos y hay muertos y estamos ante una escalada que pudiera ir a consecuencias mayores...

Posteriormente se pronuncia, a las nueve de la noche, el general Efraín Vásquez Velasco, comandante general del Ejército, quien lo hace de la siguiente manera:

Primero: hoy se violaron todos los derechos humanos consagrados en nuestra Constitución. Segundo: murieron venezolanos por incapacidad de diálogo del gobierno nacional. Tercero: todo esto se le advirtió al alto mando militar hoy con tiempo y no se tomaron las medidas pertinentes. Cuarto: existen grupos armados llamados bolivarianos que ofenden el nombre del Libertador, que se dedican a pregonar la maldad y utilizan armas, lo que constituye un delito en nuestra Constitución. Quinto: se han utilizado oficiales en las Fuerzas Armadas Nacionales con fines políticos dentro de los cuarteles. Sexto: se ha mancillado el honor de las Fuerzas Armadas Nacionales y hemos perdido la identidad de nuestro uniforme. Séptimo: se

ha violentado la autoridad del comandante del Ejército al recibir órdenes directas de un subalterno mío, el comandante de la tercera división de infantería, por parte del señor presidente de la República. Octavo: esta noche le pedimos perdón al pueblo venezolano por los sucesos acontecidos y donde una fuerza armada, que se supone del pueblo, fue incapaz de cumplir con su cometido. Noveno: las Fuerzas Armadas Nacionales no son para agredir al pueblo ni para salir a la calle a agredir a los venezolanos. Décimo: como comandante general del ejército soy el legítimo comandante de todas las tropas de este componente. Les ordeno a todos mis comandantes de batallones, brigadas y divisiones que permanezcan en sus unidades; este no es un golpe de estado, no es una insubordinación, es una posición de solidaridad con todo el pueblo venezolano. Once: señor presidente de la República, le fui leal hasta el final; hasta esta tarde le serví con toda la lealtad del caso que siempre le he manifestado, porque soy un soldado disciplinado y leal, pero los muertos de hoy no se pueden tolerar...

Seguidamente, hace un llamado a otros oficiales, como Rosendo, el almirante Carrero Cuberos; el general Régulo Anselmi, Comandante de la Aviación, para que tomen una posición similar a la suya, y termina felicitando al general Martínez, de la GN, por haberse rebelado.

*

El general Hurtado Soucre recibe en la puerta dorada de Miraflores, antesala del despacho presidencial, a la comisión enviada por los oficiales alzados. Se trata de los generales Damiani Bustillos, Camacho Kairuz y Juvenal Barráez Herrera. Los tres se enfrentan al presidente traicionado y, contrariando la posición que han asumido los rebeldes, se manifiestan de acuerdo con que Chávez abandone el país.

Pero el problema es cómo lograrlo. Por La Carlota, imposible, en vista de que la oposición ya se ha colocado en las afueras de la Base Aérea para evitar la huida que presienten cercana. Son perros de presa que buscan el cuello de Chávez para arrancárselo a dentelladas.

El avión presidencial se encuentra en la misma base y por eso también es descartado. La salida por Maiquetía, en un vuelo comercial, se antoja imposible, porque no habrá tiempo para llegar allá, dado el cariz que han tomado los acontecimientos. A menos que lo puedan sacar en helicóptero de Miraflores, subrepticamente.

A la sugerencia, Chávez responde negativamente, porque, consciente del poder de fuego de su artillería verbal en el pueblo, se le ha ocurrido la idea de hablarle al país antes de irse. “No me voy a ir sin que la gente sepa qué pasa”, arguye.

Están deliberando cuando reciben una llamada del general Rommel Fuenmayor, que funge como vocero de los golpistas, desautorizando a los miembros de la comisión. Tajante, les dice: El presidente no se va; será juzgado en el país.

La comisión así desautorizada decide marcharse con la promesa de hacer las gestiones a fin de resolver la situación, pero el tiempo transcurrirá sin que ello sea posible debido a la inflexible posición de los oficiales empeñados en verle el hueso al presidente. Ya los compromisos adquiridos con “la sociedad civil”, como le dicen a los dirigentes políticos que están montados en el golpe, comienzan a hacerse sentir.

A todas éstas, el presidente le ordena a Lucas Rincón que se dirija a Fuerte Tiuna para que le informe de primera mano la situación que se vive en los componentes militares. El general abandona Miraflores y se va a su oficina de la

Inspectoría General de la FAN, pero, cuando llega al edificio donde tiene su despacho, lo primero que le dice su asistente es que tenga cuidado porque uno de los oficiales ha hablado en voz alta diciendo que tan pronto lo viera le iba a dar un tiro.

El general le dice que esté atento entonces y, mirando a todos lados, se da cuenta de que algunos oficiales están exultantes, alegres, con síntomas de haber ingerido licor.

—¿Están celebrando, no?

—Desde temprano, mi general.

Es que ya dan por hecho que el golpe triunfará y el presidente Chávez saldrá ineluctablemente del gobierno.

Cuando el general entra a su oficina, acompañado de los comandantes de la GN y la Aviación, generales Francisco Belisario Landis y Régulo Anselmi, respectivamente, y el general Eugenio Gutiérrez, en su mullido sillón de inspector general de la Fuerza está sentado el contralmirante Ramírez Pérez, quien pide hablar con ellos.

Los cinco se dirigen a la sala de reuniones de la inspectoría donde, sin mayores preámbulos, y no sin cierta altanería, Ramírez Pérez le dice a Lucas Rincón:

—Mire, mi general, ya esto cambió; yo soy la nueva autoridad militar... Tengo más de seis meses en esto y ahora se va a nombrar una Junta Militar donde incluso va a haber una representación del Clero y que será presidida por un empresario.

Después, para que degluten el manjar que les acaba de poner en la boca, se excusa anunciando que debe irse a una reunión de oficiales donde se tratará el tema del nuevo gobierno.

Lucas Rincón regresa a su oficina, se mete en su habitación y desde allí llama al presidente Chávez y le informa de lo que está sucediendo. Chávez le muestra preocupación por el general García Carneiro, porque tiene informaciones de que han ordenado detenerlo.

*

García Carneiro ha estado a punto de ser detenido en dos oportunidades, la primera dentro del Fuerte, cuando el general Luis Castillo Castro se ha presentado en su oficina de la Intendencia, con un coronel y cinco soldados, conmiéndolo a entregarse.

García Carneiro, que no se anda con remilgos, saca su pistola y apunta al grupo, mientras le dice, enérgico, al general:

—Vamos, ¡intenta ponerme preso para que veas de lo que soy capaz! ¡Vas a ver cómo te vuelvo la cabeza!

El general Castillo Castro lo mira pensativo, saca cuentas y se convence de que no tiene posibilidades frente a un cañón en manos de García Carneiro a quien conoce por su carácter volátil. Es como estar frente a Harry El Sucio y su Magnum 44. Castro lo piensa mejor, hace una seña a sus subalternos y sale sin decir palabra con el mismo paso de Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*. García Carneiro, aprovechando la oportunidad que le dan los Hados, llama a su asistente, el coronel José Gregorio Montilla Pantoja.

—¡Tenemos que ir a Miraflores cuanto antes!

Suben al auto de Montilla Pantoja, pero cuando se dirigen al palacio, la vía está trancada por un grupo de civiles que han atravesado varios carros en la autopista. Hay una

cola de vehículos impresionante y los conductores, angustiados, tocan las cornetas, porque presienten lo peor. En los últimos meses, las pasiones desatadas han llegado a límites insospechados y nadie parece apostar por la paz. Más bien, constantemente se habla de la posibilidad de una guerra civil. Los muertos de hoy indican, entonces, que la batalla ha comenzado y por eso da claustrofobia estar atrapado en una cola como esta. García Carneiro se da cuenta de que en el apoyo a los golpistas tiene sus manos metidas el Alcalde Metropolitano Alfredo Peña. Como no hay otra salida que la del Cementerio, hacen sonar la sirena del vehículo y, zigzagando, se salen del problema.

En el camino, dando vueltas sin rumbo fijo como perdidos en un bosque de cemento, deciden ir a la Disip, que está en las cercanías. Cogen hacia El Helicoide y cuando llegan se dan cuenta de que se han metido en la boca del lobo porque la sede policial está tomada por los golpistas; éstos encañonan al general y al coronel, pero Carlos Aguilera, el director del cuerpo de seguridad leal al presidente, que ha sido detenido, sagazmente les dice: “Esta es la comisión que me viene a buscar para llevarme preso a Fuerte Tiuna”, y esa salida de gallo fino los salva a los tres, porque los tomistas acceden a dejar que García Carneiro y Montilla Pantoja se lleven al preso.

Salen con felina rapidez de aquel lugar enemigo y cuando van en el vehículo sin rumbo fijo, suena el teléfono del general. Es el coronel Granadillo Perozo, quien lo insta a regresar al Fuerte Tiuna.

—Ah, sí, lo que quieren es detenerme.

—No, mi general, no he oído nada de eso; lo que he oído es que quieren hablar con usted.

García Carneiro se dirige entonces al quinto piso del Fuerte, donde está la Comandancia del Ejército, centro de operaciones de los oficiales comprometidos en el golpe. Cuando llega, lo recibe el general Enrique Medina Gómez, quien lo hala por un brazo y lo lleva aparte.

—Este —le dice— es un plan que veníamos preparando desde hace tiempo, con suficiente antelación, y hemos escogido la vía menos traumática. Tienes que entenderlo; tienes que entender que esa es nuestra posición y que esa es la realidad.

Una simple ojeada por encima del hombro le indica al general García Carneiro que está rodeado de militares rebeldes y que no tiene ninguna oportunidad; entonces, asiente, y dice, “Bueno, sí, es la menos traumática”, tratando de ganar tiempo para salir de allí.

Medina Gómez le da una palmada en la espalda.

—Me alegra que lo entendieras —dice, sonriendo complacido.

Cuando va saliendo, García Carneiro se da cuenta de que en el lugar se encuentra ya el presidente de Fedecámaras Pedro Carmona Estanga, acompañado del comisario Iván Simonovis, y de varios oficiales. Además, hay dos militares estadounidenses vestidos de civil, el teniente coronel James Rodgers y el coronel Ronald McCammon, cada uno con un fusil M-203 lanzagranadas; todos, eufóricos, e incluso, el general Carlos Alfonso Martínez, envalentonado por el apoyo norteamericano, ya saca cuentas de las ganancias, diciendo que a Chávez hay que enjuiciarlo en el mismo Fuerte.

No sin aprensión García Carneiro se da cuenta de que los oficiales venezolanos ya han comenzado a lisonjear al

nuevo presidente, a quien felicitan como si hubiera ganado las elecciones.

Por eso hace un furtivo gesto de rechazo y sale de allí con la preocupación reflejada en el semblante.

Cuando el viento cálido de la noche le da en el rostro, lleva el convencimiento de que a los golpistas habrá que enfrentarlos de alguna manera.

SEGUNDO DÍA. EL GOLPE DE ESTADO

Las manecillas del reloj traspasan el umbral de la medianoche con más lentitud de lo habitual, en medio de una atmósfera tensa que pesa en los ánimos de los protagonistas del drama que se escenifica entre las cuatro paredes del despacho presidencial.

El presidente se debate en un conflicto interno, entre renunciar, resistir o entregarse a los rebeldes, asumiendo las responsabilidades que cada una de estas acciones lleva consigo.

La renuncia acabaría con la credibilidad que tiene en el sector de menores recursos de la población el cual lo ha apoyado en su lucha contra lo que él llama la oligarquía; la resistencia enfrentaría a los militares entre sí y podría originar una guerra civil, como estuvo a punto de suceder tan sólo unas horas antes; por lo tanto, la posibilidad de la entrega va tomando cuerpo en su mente como la más conveniente, dadas las circunstancias. Entrega con reservas, denunciando la violación de la Constitución Nacional.

Chávez sabe que la historia es como un huracán. La naturaleza cobra cuentas irremediabilmente cuando no se imponen correctivos a tiempo; la historia también.

Y el momento que vive Venezuela es histórico, sin duda alguna.

El gobierno está contra la pared, pues tiene las manos atadas. Cualquier posibilidad de defensa armada está descartada porque pasa por la muerte de numerosos ciudadanos. Y ya ha corrido suficiente sangre.

Aunque no pasará mucho tiempo sin que el mundo se entere de qué madera está hecho el venezolano, todavía es muy prematuro para presumirlo, así que en ese momento en que el día 11, rojo por la sangre, le da paso al 12, pintado de gris por la tristeza, el pueblo insomne sigue sumido en un profundo shock por la masacre.

La gente en sus casas no acierta a comprender lo que ha pasado; toda esa carga de violencia, todas esas muertes.

Cómo ha sido posible que se haya llegado tan lejos.

Las imágenes de seres humanos impactados por las balas asesinas en la cabeza, cayendo ante las cámaras de televisión, indefensos; de los pistoleros de Puente Llaguno, de los policías uniformados y de algunos guardias nacionales disparando a mansalva, son demasiado ominosas para pasarlas por alto.

Hay lágrimas en los rostros y miedo en los corazones.

La intolerancia le ha dado paso a la irracionalidad y en esas condiciones cualquier cosa puede ocurrir.

Los más jóvenes se encuentran en un callejón sin salida y los más viejos hacen lo que saben en estas circunstancias, rezar.

En Fuerte Tiuna, por un lado, el general Lucas Rincón busca aliados en las guarniciones, y los consigue; son oficiales jóvenes a quienes Chávez les ha metido la Constitución en el alma y ahora se muestran dispuestos a llegar a Caracas para enfrentar a los golpistas.

En Maracay, el general Baduel se mantiene en defensa de la institucionalidad y ha llamado a la reserva a formar filas al lado del presidente.

En Valencia, el general Luis Felipe Acosta Carlez también se mantiene rebelde ante los golpistas, alegando que se ha violentado el estado de Derecho.

En Miraflores, Chávez se ha cambiado de ropa y se ha vestido con el uniforme militar de campaña. Sabe cuál es el metamensaje que eso conlleva para los militares, los militares de ambos bandos, los aliados y los rebeldes. Y coloca su fusil a su lado, mientras en una mesa ubicada en la sala de reuniones aledaña al despacho descansa su pistola.

No se ha reunido con sus ministros; sólo lo ha hecho con los militares, en quienes confía, pero los acontecimientos le enseñarán que está equivocado: los civiles darán un paso adelante en el curso de las próximas horas, de los próximos días.

En el despacho lo acompañan los generales Hurtado Soucre y Rosendo, y el ministro José Vicente Rangel, quien ha permanecido a su lado todo el tiempo.

Rangel, en tanto político curtido en muchas batallas al cabo de tantos años de lucha, lo insta a no renunciar. Pero Chávez insiste en que un enfrentamiento bañará de sangre al país.

—Un comandante debe tener en cuenta dos cosas fundamentales. Saber bien cuál es el objetivo y asegurarse de no llevar a sus hombres a una mortandad innecesaria —dice, reflexivamente.

Pero sabe también que la historia sólo la cuentan los triunfadores. Una derrota en las condiciones de minusvalía en que se encuentra en ese momento, sería el fin temprano

de una carrera política que despunta con buen norte en América Latina.

La salida de la comisión nombrada por los golpistas, ha dejado en silencio el despacho presidencial, y en los rostros parece reflejarse la incertidumbre por el futuro incierto.

De pronto, el sonido del celular del general Rosendo hace dar un respingo a los demás. Rosendo mira la pantalla simulando aprensión y hace una seña diciendo “son ellos”. Del otro lado, la imperiosa voz del general Fuenmayor se deja escuchar.

—General Rosendo, dígame al presidente que lo estamos esperando en Televen para que firme la renuncia. Aquí estamos monseñor Baltasar Porras, los generales González González, Medina Gómez y yo.

—Eso no está planteado, general, se están cambiando las condiciones —dice Rosendo.

—Transmítale al presidente lo que le he dicho. Queremos su respuesta.

Rosendo le transmite el llamado al presidente y coloca en alto el celular para que Fuenmayor escuche la respuesta, que no se hace esperar.

—Esos oficiales no son de mi confianza, no son ninguna garantía para mí. ¡Cómo piensan que voy a aceptar eso! —estalla Chávez.

Fuenmayor cuelga, y de nuevo el silencio es lo único que se oye en el despacho. Son segundos nada más porque el teléfono vuelve a repicar. En esta oportunidad el del general Hurtado Soucre.

—Fuenmayor —anuncia Hurtado Soucre a los presentes.

—General, déme un fax de Miradores para pasarle una propuesta al presidente —le pide Fuenmayor.

Le da el número, y todos se voltean hacia el fax, expectantes; al instante sale la propuesta. Chávez la coge, la lee, y mira incrédulo a los presentes, pues el decreto implica que el presidente no sólo renuncia sino que destituye al vicepresidente y a los ministros. Chávez decide, antes de responder, hacerle una serie de correcciones para adaptarlo a la Constitución.

*

En la Comandancia General del Ejército, más tarde, se realiza una reunión entre los oficiales implicados en el golpe. Altaneros, algunos echan lodo sobre la espalda presidencial; otros, más silenciosos, aguardan el curso de los acontecimientos. Saben que se juegan el país.

En ese momento entra en escena un personaje cuyas declaraciones en la Fiscalía General de la República van a ilustrar en buena medida lo que ha sucedido el día anterior.

Se trata del jefe del estado mayor conjunto, contralmirante Bernabé Guerrero Cuberos. Cuando llega, se da cuenta de que los generales Robert Fuenmayor y Enrique Medina Gómez están hablando de la forma como van a ir a buscar al presidente Chávez a Miraflores.

—¿Y por qué van a buscar al presidente, a ver? —pregunta.

—Porque el presidente renunció —le responden.

Siguen llegando los oficiales comprometidos en el golpe. Todos se dirigen al despacho del comandante, donde Vásquez Velasco da declaraciones a una periodista.

Llega Ramírez Pérez, a quien estaban esperando, y la reunión da comienzo en medio de un clima de tensión que se

refleja en las miradas de los presentes. Saben que el paso que están dando es el más importante de sus vidas. Envalentonado, Ramírez Pérez aclara de entrada que quien da las órdenes allí es él, y por eso debe ponerse un presidente civil en lugar de Chávez.

Carrero Cuberos dice haber saludado a Vásquez Velasco con estas palabras.

—Mira, viejito, ¿qué está pasando aquí? —Y en alusión a que Vásquez Velasco es un general de división mientras Ramírez Pérez es un contralmirante, añade—: ¿Cómo es posible que tú te pongas a las órdenes de un subalterno?

Vásquez Velasco lo mira y le dice:

—No te metas, que tú no tienes nada que ver con esto.

Luego, el almirante agregaría en su declaración: “Ramírez Pérez dijo lo siguiente y eso para mí es grave; él dijo una cosa que nunca se me olvidará: ‘Hay dos condiciones que me impuso la sociedad civil: una, que el presidente tiene que ir preso, yo no me acuerdo cómo fue el orden, y la segunda..., no, la primera, el presidente tiene que ser un civil, esa fue la primera, el presidente tiene que ser un civil y no va a haber junta de gobierno; y la segunda, es que el presidente Chávez tiene que ir preso’. Alguien le pregunta, y por qué un presidente civil y por qué esas condiciones, y entonces él responde: ‘Porque ellos eran los que iban a poner los muertos’. Entonces yo digo: No puede ser, o sea, ¿éstos sabían que iba a haber muertos? ‘Ellos eran los que iban a poner los muertos’, dijo... No dijo: es que ellos pusieron los muertos, ¿me explico? Dijo: ‘ellos eran los que iban a poner los muertos’.”

La presión se hace insorportable en el despacho presidencial debido al ultimátum de los golpistas.

El presidente, buscando una salida, les envía un papel con una serie de condiciones para la renuncia: que a su salida del gobierno el traspaso de poderes se haga de acuerdo a la Constitución, es decir, que asuma el vicepresidente, Diosdado Cabello; que se le permita dirigirse al país para explicar por qué ha renunciado, y que no se le impida la salida del territorio nacional con sus colaboradores.

Previamente, el general Lucas Rincón ha llamado a Chávez a su despacho.

“Le hice un planteamiento al señor presidente —dirá después— para calmar la atención y evitar un derramamiento de sangre, el cual consistía en hablar de la renuncia que le estaban solicitando los oficiales que estaban alzados en ese momento... El señor presidente me manifestó que estudiaría esta situación siempre y cuando estuviese apegada a la Constitución y se cumplieran ciertas garantías que él iba a exigir.

”Posteriormente lo volví a llamar y le dije: mire, presidente, aquí la situación no es que siga igual, los ánimos están más caldeados..., aquí hubo algunos señores, oficiales generales, que casi me amenazaban, me manoteaban, cuándo vas a hablar. Yo voy a hablar cuando yo quiera hablar.

”Entonces se lo manifesté: mire, presidente, yo me voy a permitir hacer un anuncio acerca de la solicitud que le está haciendo el personal de oficiales generales, almirantes insurgentes para evitar un enfrentamiento entre nosotros y un posible enfrentamiento entre la población y por supuesto, insisto en esto, evitar un derramamiento de sangre.

”El señor presidente me volvió a repetir: ‘Siempre y cuando, Lucas, se cumplan la Constitución y ciertas garantías’. En ese momento los oficiales golpistas habían aceptado las condiciones del señor presidente, cuestión que yo oí ahí mismo en todos los que estaban en la oficina y que él mismo lo ratificó”.

Esta llamada la hace el general Lucas Rincón a las 02:00 de la madrugada, y de inmediato, acompañado por los demás oficiales del alto mando apegados a la constitucionalidad, emite la declaración que más polémica traería en el futuro porque en ella anunció la renuncia que nunca se produjo. El anuncio, que tenía el objetivo de evitar un enfrentamiento entre fuerzas parejas y bien armadas, con lo cual Chávez estaba de acuerdo, no hizo sino traer confusión a un país abatido por los acontecimientos y, en consecuencia, ya suficientemente desmoralizado.

...Los miembros del alto mando militar de la Fuerza Armada Nacional de la República Bolivariana de Venezuela deploran los lamentables acontecimientos sucedidos en la ciudad capital en el día de ayer. Ante tales hechos, se le solicitó al señor presidente de la República la renuncia de su cargo, la cual aceptó.

Los miembros del alto mando militar, a partir de este momento, ponemos nuestros cargos a la orden, los cuales entregaremos a los oficiales que sean designados por las nuevas autoridades.

Finalmente, quiero hacer un llamado al glorioso pueblo de Venezuela a mantener la calma y al ejercicio de un ejemplar civismo, rechazando toda incitación a la violencia y al desorden. Tengan fe en sus Fuerzas Armadas. Muchísimas gracias.

El país enfrentado a Chávez asume esa madrugada estas palabras como un triunfo, pero no sale a celebrar en las calles porque en todos los hogares hay luto. Sí lo hacen

los venezolanos residentes en Miami, quienes, con la ex Miss Universo Irene Sáez al frente, brindan con champaña por la estupenda noticia que les llevan las agencias internacionales de noticias; con ellos, los cubanos anticastristas, que se cuentan por miles en el estado de La Florida. Sienten que, después de muchos años, al fin le han ganado una batalla a Fidel Castro, su más odiado enemigo.

El pueblo chavista recibe la noticia con el corazón lacerado y las lágrimas en los ojos entristecidos. Es un duro golpe. Les parece mentira que un proyecto que se les ha vendido como el futuro del país, porque resolvería en poco tiempo los problemas que adecos y copeyanos habían acumulado durante cuarenta años, se venga abajo de repente, como una hoja batida por el huracán, y que ahora vayan a quedar otra vez en manos de sus peores dirigentes.

Pero lo ha dicho sin ambages Lucas Rincón, general de tres soles desde que lo fuera el general en jefe Eleazar López Contreras, en 1936, y nadie duda entonces de la renuncia insólita del presidente. Chávez, cobardemente, ha declinado. Tanta palabrería inútil ha sido tirada por la borda tan pronto los primeros vientos han azotado al barco gubernamental que, entre tanta polémica estéril, navegaba sin rumbo fijo desde hacía un tiempo.

No saben que Lucas Rincón ha sido engañado: primero los oficiales comprometidos en el golpe le han dicho que las condiciones del presidente serán aceptadas y, después del anuncio, se han negado a hacerlo.

En Miraflores, sabiendo que han caído en una trampa, Chávez asume el anuncio con tranquilidad pasmosa. Él mismo lo explicaría al declarar ante los fiscales comisionados para la investigación del caso.

“Cuando vienen Rosendo y Hurtado de Fuerte Tiuna —dice—, ellos me dicen que sí, allá aceptan las condiciones y tienen un decreto..., vamos a llamar a una comisión de mediadores. Entonces pido la llamada con el obispo Baltasar Porras y hablo con él, le pido que se venga para acá, me dijo bueno voy para allá... para evitar un derramamiento de sangre. Con ese cuadro situacional de que allá en Fuerte Tiuna habían aceptado esas condiciones, le dije a Rosendo, llámate allá a Vásquez Velasco y dile que cómo voy a ir allá, vengan acá o manden el formato que tienen en Fuerte Tiuna donde tenían redactado un decreto hecho allá con la idea de que yo lo firmara y lo mandan por fax..., yo lo leo en voz alta y yo había comenzado a agregarle cosas, a darle un toque personal, buscando la Constitución. Cuando estamos en esa situación es cuando Lucas, que está allá..., me llama; entonces se genera este asunto de un llamado para dialogar, para hablar, para conversar. Lucas me llama por teléfono y me dice mire, presidente, bueno, aquí me están presionando, aquí todos estos oficiales están alzados, aquí está el alto mando que se mantiene con usted excepto el general Vásquez Velasco; entonces él me pregunta, ¿a usted por fin le llegó el decreto? Sí, aquí lo tengo, le dije. ¿Pero usted acepta entonces la renuncia? Me están presionando para que nosotros también renunciemos, el alto mando militar. Yo le digo a Lucas, bueno sí, en el marco de las condiciones que han aceptado, en el marco de esas condiciones, yo acepto la renuncia (...) Luego, él sale, seguía bajo presión, sale el alto mando y dijo lo que dijo, el presidente ha aceptado la renuncia”.

El problema se agrava cuando los militares golpistas deciden no aceptar las condiciones del presidente. Uno de ellos, jocosamente, dice: “¡Ni de vaina lo vamos a dejar hablar! ¿A ver si viene con otro ‘por ahora?’” Y dan un ultimátum al inquilino de Miraflores.

—¡O se rinde o bombardeamos el palacio!

José Vicente Rangel, siempre ecuánime, imperturbable como lord inglés, se sale de sus casillas, visiblemente molesto por el ultimátum.

—¡No debemos rendirnos! ¡Mandemos a la mierda a estos golpistas y resistamos como Allende, así tengamos que morir!

Se voltea hacia su hijo, el Alcalde del Municipio Sucre, José Vicente Rangel Avalos y le dice:

—Vete, tú, hijo, porque aquí vamos a morir.

Pero éste lo mira y hace un movimiento negativo con la cabeza.

—Me quedo.

Rangel llama a su esposa Ana y le dice:

—Aparentemente todo está perdido. Nosotros vamos a quedarnos aquí. Te doy la noticia de que te vas a quedar viuda y sin hijo.

Del otro lado de la línea, ella, que lo ha acompañado durante cincuenta años en mil batallas, le responde imperturbable.

—Hagan lo que quieran. Yo los apoyo totalmente.

Pero Chávez le sale al paso.

—No, debemos preservar las vidas de estos jóvenes. —Señala al alcalde—. Ellos son los que continuarán este proceso. No podemos arriesgarnos a que haya más muertos.

Y en ese momento, como si lo hubiera oído, llama Fidel Castro.

*

En los pasillos de Miraflores cunde la angustia, mientras tanto.

Los ministros y algunos dirigentes como Juan Barreto, Nicolás Maduro, Cilia Flores, Freddy Bernal y Darío Vivas, entre otros, han visto pasar las horas sin tener noticias de lo

que está ocurriendo; lo único que saben lo han visto en televisión, pero ese medio no les es confiable debido a la forma como algunos periodistas han manipulado la información en los meses precedentes.

Sin embargo, la declaración de Lucas Rincón..., esa inverosímil declaración... les ha parado los pelos. Por eso, en un momento en que se dan cuenta de que el presidente se ha quedado solo, se concentran ante la puerta dorada y hacen presión para ser recibidos. “Dígale al presidente que no está solo; sus ministros y los dirigentes de su partido queremos hablar con él”.

Chávez los recibe, entonces. Se le ve preocupado, pero con entereza. Los ministros se dan cuenta de que se ha cambiado: ya no viste ropa civil sino el uniforme militar de campaña, y sobre la mesa del recibo adyacente al despacho, adonde los conduce, tiene su pistola; el fusil sobre su escritorio.

Todo en el ambiente recrea la angustiada situación por la que atraviesa el gobierno en ese instante: acorralado, con todas las de perder, pues aún cuando Chávez decida ir al combate y gane la batalla, los resultados serán tan desastrosos que no podrá ufanarse de la victoria. Sólo pierde el que se siente responsable; el irresponsable nunca mide las consecuencias de sus irreflexivas acciones.

Chávez los pone en antecedentes. “La cosa está difícil”, les dice, y les participa que no tiene contacto con ninguna guarnición militar. “Lo habían aislado y por eso no sabíamos lo que estaba aconteciendo en los cuarteles”, reconoce uno de los presentes en aquella reunión.

Pero en esos minutos de angustia, el presidente logra hablar con el general Raúl Isaías Baduel, comandante de la

42 Brigada de Paracaidistas de Maracay. Un subteniente lo ha llamado y le ha dicho:

—Mi general, aquí la situación anda mal. Nos parece que quieren atacar el palacio y llevarse al presidente vivo o muerto. El presidente está reunido en su despacho con unas personas. Le voy a pasar el teléfono y le diré que usted lo está llamando.

El oficial entra al despacho y pone al presidente en comunicación con Baduel. Baduel y Chávez tienen una amistad de años y mutuamente se llaman “Papa”.

—Oye, hermano —le dice Chávez, simulando tranquilidad—, gracias por tu posición y la de la brigada, porque eso les ha servido de factor de contención para que no vengán a atacar el palacio.

—Nadie le dirá, presidente, que Baduel lo traicionó. Nuestros principios nos dan fortaleza y templanza y en eso nos va la vida —le dice el general, filosóficamente.

—Papa, lo único que le pido, hermano, más que ordenárselo, es que ni tú ni la brigada se conviertan en factor de derramamiento de sangre de inocentes.

Se desean suerte y terminan la conversación, sin mayores explicaciones. Todo está dicho. O parece...

Junto con Baduel en ese momento sólo se han manifestado a favor del presidente los generales Jorge García Carneiro, Julio García Montoya y Felipe Acosta Carlez, y los almirantes Orlando Maniglia y Fernando Camejo Arenas. Todos ellos se declaran institucionales, pero creen estar en desventaja. Sólo después, cuando surjan los demás oficiales, se aprestarán a resistir como protagonistas de película de principios de siglo. Pero no se trata de una película, se trata

de la realidad y la realidad siempre supera a la ficción; más en este caso, con tantas muertes y tantos sobresaltos.

El presidente desmiente ante sus ministros y los dirigentes de su partido que haya renunciado, pero los insta a analizar la situación para tomar la decisión más aconsejable, porque en ese momento se están jugando el destino del país.

Las opciones se ponen sobre la mesa:

- Renunciar. Negada de antemano. No hay condiciones para ello.
- Resistir dentro de palacio. Consecuencias: una mortandad, dejarse matar, una tontería.
- Ir a Maracay. No hay condiciones suficientes para llegar hasta allá sin que se produzca un enfrentamiento en el camino; o, de pronto, un atentado.
- Entregarse y denunciar la violación de la Constitución por parte de los golpistas.

Los golpistas siguen llamando. Hurtado Soucre declarará que debió pedir en varias oportunidades plazos para estudiar la situación, hasta que llega lo que parece ser el ultimátum final.

—¡Tienen quince minutos! ¡Si no se rinden movilizaremos los batallones Ayala y Bolívar!

Hablan de que los aviones también están listos para bombardear. Que el jefe del grupo que acudirá al palacio es el general González González.

La atmósfera se torna irrespirable en el despacho. Rangel insiste en luchar. Vienen batallones del interior del país a hacer frente a los golpistas.

Chávez lo ataja.

—No, no —insiste—; te agradezco la posición que mantienes junto con tu hijo, pero lo importante es preservar la vida de estos jóvenes, de los dirigentes; no es tiempo de inmolarse, eso es hermoso pero inútil, y ya ha corrido demasiada sangre. En eso está de acuerdo Fidel. Me entregaré —añade, decidido.

Pasea la mirada por los rostros de los presentes y dice:
—Retírense un momento, quisiera estar solo.

Todos salen. Afuera, los espera la viceministra Teresita Maniglia, una de las personas más leales al presidente.

Ya ella ha podido comprobar la traición del general Usón. Éste ha ido temprano a Miraflores a decirle a Chávez que no puede seguir con él. Teresita, ignorando la posición del oficial, le pide que no abandone al presidente.

—Lo siento —le dice Usón, escondiéndole la mirada—, debo volver a *mi* Fuerte Tiuna, de donde nunca debí salir.

—¿*Su* Fuerte Tiuna? —le pregunta Teresita, incrédula, antes de que el oficial apure la marcha.

De una u otra forma, también ella ha captado el tufillo del traidor en Rosendo. Porque lo nota nervioso, apurado, y porque no contestó, en la tarde pasada, en plena crisis, los urgentes llamados del presidente a través de la Red Tiburón.

Aunque Chávez no le ha dado importancia a eso, algunos de sus subalternos sí lo han hecho. “Chávez es así: todavía mucho tiempo después decía que esos muchachos, Rosendo, Usón y Camacho Kairuz habían sido engañados, confundidos”, confiesa uno de sus colaboradores.

Ahora, sobrecogidos en el pasillo, frente a la estatua del pez que escupe el agua, se abrazan unos a otros, con el alma en vilo, recordando que el presidente tiene la pistola sobre la mesa.

—¿Y lo dejaron solo? —pregunta Teresita—. ¿Es que no recuerdan a Allende?

Las imágenes del cadáver del líder chileno en el Palacio de la Moneda, en las turbulentas horas del 11 de septiembre de 1973, pasan por la mente de todos como una premonición alevosa.

Dentro, Chávez se encuentra con sus fantasmas, se mira a sí mismo, se ausculta buscando respuestas, tratando de adivinar, como un oráculo, su propio destino; luego mira detenidamente los cuadros del Libertador y otros próceres de la Independencia que adornan el despacho, como si quisiera retenerlos en su memoria para siempre, y abre la Biblia, lee un salmo, reza, se persigna, y se sume en sus pensamientos largo rato; al final, va a la puerta y la abre.

—Estoy listo. Quiero que me acompañen a Fuerte Tiuna los generales Hurtado, Rosendo y Vietri Vietri.

El momento es emocionante en extremo. Los ministros se acercan a él, lo abrazan y le dan ánimos.

José Vicente Rangel y Aristóbulo Istúriz, los más veteranos del gabinete, insisten en la necesidad de resistir. Pero Chávez es irreductible en su posición: no quiere un enfrentamiento entre militares, mucho menos entre el pueblo; no más sangre de la que ya ha corrido.

—No firmes la renuncia —le recuerda Rangel—. ¡Este es un golpe de estado!

Chávez le entrega su pistola a un edecán. Pero el ministro Rodríguez Chacín se le atraviesa en el camino y la coge.

—Yo se la guardo, presidente, no se preocupe.

La madre del presidente, Elena, y su padre, Hugo de Los Reyes, el gobernador de Barinas, lo abrazan. La

madre, angustiada, dice, otra vez preso, hijo, otra vez, Dios mío, no...

Lo abrazan los ministros Nelson Merentes, Rafael Vargas, Aristóbulo Istúriz, Jorge Giordani, llorando como el padre ante el hijo en desgracia; luego las ministras, María de Lourdes, María Cristina, Ana Elisa, que está inconsolable. Chávez la abraza, le acaricia el pelo y le dice algo en el oído; Jesse Chacón, el presidente de Conatel, también se ha hecho presente.

Después, Chávez ve a Teresa Maniglia, quien lo ha acompañado desde el momento mismo del intento de golpe del 92, y le dice:

—Perdóname los momentos en que me puse bravo contigo, los regaños, yo te quiero mucho.

—Los amigos no se piden perdón. Usted es el presidente y juro por Dios que no reconoceré a nadie más como presidente —le dice ella con solemnidad.

De pronto, alguien comienza a cantar el Himno Nacional, y los demás lo siguen.

“Gloria al bravo pueblo que el yugo lanzó, la Ley respetando, la virtud y honor”.

Parados firmes, en solemne respeto, todos cantan, como soldados tratando de insuflarle valor al general derrotado. Un castillo de sueños se está derrumbando en ese momento aciago. El dolor lacera los corazones traicionados. El futuro se asoma lleno de obstáculos. Pero no hay miedo en los rostros; más bien, indignación.

Los generales hacen una seña y Chávez comienza a caminar; los ministros y sus compañeros políticos se abren para dejarlo pasar; los hombres con ojos acuosos, las mujeres con el llanto tendido, como cuando se ha muerto un ser querido.

La caravana, como funeral de pueblo triste, avanza por el pasillo.

Los soldados se cuadran al paso del mandatario, sin ocultar sus lágrimas de guerreros vencidos por la adversidad; los edecanes lo acompañan, solidarios; el jefe de la escolta personal, el mayor Suárez Chourio, enérgico de antes tiene ahora un nudo en la garganta.

—¡Chávez por ahora! ¡Chávez por ahora! ¡Chávez por ahora!

El grito sale de las gargantas al unísono, como ensayado.

Chávez se detiene y mira hacia las afueras de Miraflores, en esa madrugada cargada de malos presagios, y ve algunas personas que desde las rejas le gritan, le hacen señas, solidarizándose con él, algunos llorando, otros con ademanes enérgicos.

Levanta el puño de la mano izquierda, como en los buenos tiempos, los tiempos de triunfo, de victoria en victoria, doblegando al enemigo que se creía indoblegable...

El general Jacinto Pérez Arcay se pone a su altura, le alcanza un crucifijo y le dice:

—Dios te bendiga.

Chávez coge el crucifijo, lo besa y se lo mete en un bolsillo. Llegan ante el auto, entran, el chofer lo enciende y, raudo, parte hacia Fuerte Tiuna escoltado unos metros por un pueblo que no sabe a qué atenerse en esos indescifrables momentos en que Venezuela traspasa peligrosamente la frontera entre la democracia y la dictadura.

De la declaración rendida en Miraflores por el presidente Chávez ante los fiscales comisionados para el caso, el 4 de mayo de 2002.

... Luego, un poco más tarde, yo sí insistía, mira Rosendo, Hurtado, ustedes que están en contacto con ellos allá, hablen con el general Vásquez y con todos esos generales, díganles, porque yo sentía que iban pasando los minutos, y ya unas horas y yo sentía que ya se acercaba el amanecer, y tenía la preocupación de que nos agarrara el amanecer, con el canto de los gallos y no terminaba esa situación tensa, y había que darle salida. Yo les decía, mira díganles que se apuren, debemos solucionar esto, vamos a buscar los mediadores para garantizar las condiciones y que de verdad se cumplan, con un documento donde se comprometan, además de eso, con la Asamblea Nacional, por esa vía política, al aceptar la renuncia, buscar al vicepresidente, porque querían que también yo lo destituyera... porque tampoco lo iban a aceptar a él, así que había que aceptar una salida política. A esas alturas, yo estaba dispuesto..., yo estaba exigiendo que apuren el cumplimiento de las condiciones... Entonces se prendió el conflicto de que unos aceptan, otros no aceptan; que yo tenía que irme a Fuerte Tiuna y allá conversábamos, y yo dije no, así no voy, primero quiero saber qué decisión tienen, si aceptan o no las condiciones; si no las aceptan, yo no renuncio, por supuesto. Además, que no sólo la acepten de palabra, que se firme un documento y que vengan aquí unos señores a firmarla, Iglesia, unos embajadores, etc.

... Los generales que se habían manifestado contra el gobierno, ellos pasaron, el general Damiani Bustillos, el general Camacho Kairuz, estos dos de la Guardia Nacional y uno del Ejército llamado Narváez..., eran tres que recuerdo, y ellos vinieron a decirme con mucho respeto, usted es el presidente de la República, nosotros queremos respetarle su investidura y queremos facilitar esto, pero allá en Fuerte Tiuna hay un conflicto, unos que sí, otros que no. Incluso, ellos venían con la idea de que yo aceptara ir en un helicóptero que ellos querían buscar para llevarme a Maiquetía. Yo les digo, no, vale, de esa manera no, yo quiero que ustedes se pongan de acuerdo, yo no

puedo irme así como si nada, tengo una serie de condiciones; les pido a ustedes que vayan a Fuerte Tiuna y traten de convencer a esos señores de que hagamos el trato de que estamos hablando, que cumplan esas condiciones. Ellos dicen, vamos a Fuerte Tiuna. Salieron y se fueron, no hubo forma de convencer a nadie, así que ellos vuelven a llamar y dicen que no hay condiciones, que si en diez minutos no salía de aquí para allá tenían una columna de tanques listos para bombardear el palacio, que iban a salir unos aviones. Creo que trataron de que despegaran unos aviones. Ante esta situación, volvimos aquí a discutir la situación y yo decido ir a Fuerte Tiuna a ver en qué para esto, pero ya con la decisión de evitar un enfrentamiento. Estuvimos evaluando movernos a Maracay... porque yo había conversado con el general Baduel y él me dijo, yo no acepto que me pongan órdenes contra la Constitución y aquí me mentendré rebelde; yo le digo ten cuidado, yo no te pido que aceptes mi decisión, lo que tú decidas yo lo acepto... Yo decidí ir a Fuerte Tiuna y es así como salimos de aquí, creo, a las cuatro de la mañana...

PREGUNTA: ¿Quién lo acompaña en su traslado?

RESPUESTA: ...Conmigo iban los conductores de aquí, iba el general Rosendo en la parte delantera, iba el general Hurtado por mi derecha, iba yo, en la parte izquierda. Yo iba uniformado, yo me uniformé en la tarde cuando vi que lo que venía era un golpe militar. Así que nos fuimos allá, llegamos, hubo maltratos, hubo unas miradas de odio, de dos, tres, pero me hicieron pasar a un salón grande; ahí estaban muchos generales, almirantes, y estaban los obispos, Baltasar Porras y Azuaje, Azuaje creo que es el secretario; estaban allí en una mesita y en una silla, yo me siento, los saludo y ellos siguen conversando...

PREGUNTA: ¿Quiénes son ellos, si recuerda?

RESPUESTA: Déjame recordar quiénes estaban allí. El general que tomó la palabra una vez que yo me siento es el general de Cavim, Fuenmayor León; él toma la palabra, entiendo que lo designaron, y hace una exposición y me dice, bueno, señor presidente, lo hemos llamado —fue muy respetuoso en verdad— para que usted, bueno, firme aquí la renuncia, y me vuelven a poner entiendo que la misma hoja, yo ni la leí, y me dicen, es lo más conveniente para el país, le agradecemos el gesto, qué se yo, todas esas cosas; entonces yo le digo, mira Fuenmayor —y les hablé a todos, recuerdo que les hablé a todos—, yo en

esas condiciones no voy a renunciar a la presidencia, así que ni siquiera me pongan esa hoja aquí... Y les repetí las condiciones, una, dos, tres y cuatro, y, además, si me quieren oír..., y empecé a darles como unas orientaciones: tengan mucho cuidado con lo que aquí va a pasar, el pueblo, hay un pueblo ahí, hay una Constitución ahí, hay unos oficiales por ahí, tengan mucho cuidado, manejemos bien esta situación; yo estoy diciéndoles eso y recuerdo que me interrumpen de manera altanera en la palabra, el general González González... Entonces él viene y me interrumpe y me dice, aquí no hemos venido a discutir nada, aquí sabemos muy bien lo que vamos a hacer... Si el Dr. Carmona estaba allí, él seguramente tiene que haber oído mi respuesta, y eso lo oyó, estoy seguro que lo oyó clarito el obispo Baltasar Porras y el obispo Azuaje, además de todos los que estaban allí. Ellos salen a un salón adyacente. Yo me quedo con los dos obispos, el general Vietri Vietri, quien también me acompañó, jefe de la Casa Militar, me acompañó allí con un coronel de los golpistas. Nosotros nos quedamos solos en ese salón, pasó un tiempo; ellos se reunieron, discutieron y volvieron otra vez al salón. Volvieron a insistir, presidente, usted tiene que renunciar, ya con un poco más de presión, ahí está la renuncia, usted tiene que firmar la renuncia, lo hemos llamado aquí para que firme la renuncia. Entonces tomó la palabra un general de la Guardia Nacional, no me acuerdo como se llama este hombre, uno de los generales de división de la Guardia Nacional. Él hace un razonamiento; dice, nosotros no podemos dejar que él se vaya del país porque cómo le vamos a explicar al pueblo después por permitirnos que se fuera un asesino o quien produjo todas esas muertes, todas estas cosas. Yo, mientras, estaba como un río de tranquilo... Pero, bien, luego ellos entran, como les decía, y me presionan un poco más, me habla este general, este de la guardia prácticamente ya me estaba enjuiciando, tiene que ir preso por genocidio, por toda esa sangre. Si es así, háganlo, soy un presidente prisionero, no se les olvide; tienen ustedes preso al presidente de la República, no se les olvide, yo no voy a firmar esa renuncia, hagan lo que hagan. Y dijo uno, bueno, eso no importa, que no firme nada. Luego, de allí yo ya me fui, me pidieron que me cambiara de ropa, que me quitara el uniforme, me cambié allá mismo. Ya estaba amaneciendo y de allí, de la sede del comando, me llevaron a la policía militar y ahí estuve en una habitación por un corto

tiempo... y me prestan un televisor y allí yo paso el día viendo TV; allí vi yo entrevistas, vi que me estaban diciendo asesino, el ex presidente, y entonces me di cuenta de que estaban montando todo sobre una gran mentira, otra gran mentira. Tenían en las pantallas de todos los televisores escrito de manera permanente renunció Chávez y otro lema allá abajo, volvió la democracia; entonces pasan a Isaías que estaba en la Fiscalía, entonces me paro como un rayo y es cuando dice aquello que casi me hace llorar, cuando entre otras cosas dijo, recuerdo, yo quisiera ver la renuncia firmada del presidente...

De la declaración de Monseñor Baltasar Porras, en la Fiscalía General de la República, el 5 de mayo de 2002.

...Lo que me pedía era que fuera al Palacio de Miraflores... los tres obispos que estamos, los tres sacerdotes. Cómo nos dirigimos, con qué seguridad y cómo, no más con el carrito de uno de los padres que vive aquí. Eso motivó a pensar a quién contactábamos: al capellán, al obispo castrense Edmundo Sánchez Porras, para preguntarle, y ahí le dijimos cuál era el objeto de la llamada que había recibido y a qué general recomendaba que nos dirigiéramos. Si podía darnos el teléfono para facilitarnos el traslado a Miraflores, y entonces nos dieron el teléfono del general Vásquez Velasco, con quien no nos pudimos comunicar nosotros, pero él sí... A los pocos minutos se recibió una llamada del general González González, quien por órdenes del general Vásquez Velasco se ponía a nuestra disposición... Le dije que había recibido una llamada y quiero ver cómo ustedes me facilitan el poder llegar a Miraflores o poder cumplir con esta misión; yo no sé cómo hacer para eso. Entonces fue cuando me dijo que me trasladara hasta Televen, y de aquí salimos José Luis Azuaje, los sacerdotes, el padre Aldo Fonti y el padre José Gregorio Quintero, y nos conseguimos con este general y los otros dos generales que estaban por comisión del general Vásquez Velasco, dirigiendo allí las operaciones que ellos tenían que hacer. Ellos se comunicaron con el general Rosendo y con el general Hurtado, quienes eran los interlocutores del presidente, les hicieron saber que ya yo estaba con ellos, y la petición para el

resguardo de sus vidas ya estaba garantizada con mi presencia allí, y entretanto estaban en todas las cuestiones del acta de renuncia en las que nosotros hemos intervenido. Los obispos que estábamos simplemente oíamos lo que parlamentaban entre unos y otros y la condición que ponía, que era la de que firmaba si se trasladaba a Maiquetía para salir en un avión. Esto fue, pues, lo que conversaban entre ellos. Tengo entendido que habían mandado primero un acta sólo con la renuncia, que la había devuelto el presidente agregándole algo que según nos manifestó él después lo consideraba pertinente y era que él destituía al vicepresidente de la República y a los ministros del despacho, fueron palabras del propio presidente, y después él firmaba la renuncia de acuerdo a unos artículos ahí de la Constitución. Ellos siguieron hablando, pasaba el tiempo, y quedaron en que tenían que trasladarse a Fuerte Tiuna... y ahí era donde estaban: que si Fuerte Tiuna, que si era a Maiquetía, que si nos trasladábamos a Miraflores; entonces, él pide que sea el traslado a Fuerte Tiuna y entonces nosotros fuimos en caravana a esperar la llegada del presidente y lo demás es lo que ha salido en los medios...

De la declaración del contralmirante Bernabé Carrero Cubero, en el despacho del Fiscal General de la República, el 25 de abril de 2002.

... A mí me da la impresión de que ahí había dos grupos que estaban haciendo lo mismo. Un grupo comandado por Ramírez Pérez y otro grupo comandado por Medina Gómez y por Rommel Fuenmayor (Medina Gómez y Rommel Fuenmayor son dos generales de división del Ejército) porque ellos no hablaban entre sí. Ramírez Pérez mandaba pero éstos hacían otras cosas, y estos que hacían otras cosas como que estaban con González González, el calvo, general de brigada... De repente, alguien dice que el presidente dijo que lo busquen, que él se entrega es a Rosendo y al general Hurtado Soucre...

... El presidente se va a entregar si lo va a buscar Rosendo y el general Hurtado, sé que coordinaron con ellos dos, no sé dónde estaban porque yo no los había visto allí todavía...

... El asunto es que ahí estábamos Rosendo, Hurtado Soucre, Comisso, Ramírez Pérez, Vásquez Velasco, monseñor Baltasar Porras, está el amiguito de Baltasar Porras que siempre anda con él... llegó el presidente, llega Vásquez Velasco y le dice al presidente, bueno presidente, aquí la traemos la renuncia para que usted firme, bueno, sí, creo que fue Vásquez Velasco que le estaba leyendo la renuncia, y entonces el presidente dice, yo no renuncio si no me dan garantías y las garantías que quiero son para mi familia, mi entorno, para mí y que me dejen ir con mi familia para Cuba, y eso fue lo que yo dije, dijo él: que quería que estuviera aquí el monseñor para garantizar que se iba a cumplir eso; éste le contesta, no, usted no se puede ir, usted queda detenido aquí, usted va a ser juzgado aquí; no, sin embargo se fueron a deliberar en un salón, se fueron Carmona Estanga, Vásquez Velasco, ah, bueno, ya había llegado Carmona Estanga. PREGUNTA: Le iba a preguntar en qué momento llegó Carmona Estanga.

CONTESTÓ: Le voy a decir una cosa: en ese bululú, yo vi gente extraña de civil armada, no conocía a ninguno, yo no sabía quiénes eran, tampoco pregunté y de repente de un balcón sale Carmona Estanga con ellos que lo protegían. Carmona Estanga estaba..., yo no sé si estaban antes de que ellos llegaran, no sé si estaba después que ellos llegaron, el asunto es que apareció. Entonces, cuando estaban con el presidente para que renuncié está Carmona Estanga; bueno, se van a deliberar Carmona Estanga, Vásquez Velasco, Alfonso Martínez y Ramírez Pérez, esos cuatro... Como a los diez minutos regresan y Vásquez Velasco le lee algo al presidente, bueno presidente, hemos decidido dejarlo bajo custodia de las Fuerzas Armadas, ya que no quiere renunciar, porque no estamos dispuestos a dejarlo ir del país...

Boleta de detención del presidente Chávez (folio 325, segunda pieza del expediente del caso)

**REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
MINISTERIO DE LA DEFENSA
EJÉRCITO
TERCERA DIVISIÓN DE INFANTERÍA
35 REGIMIENTO DE POLICÍA MILITAR
“LIBERTADOR JOSÉ DE SAN MARTÍN”
COMANDO**

CARACAS, 12 DE ABRIL DE 2002

BOLETA DE INGRESO AL CENTRO DE RECLUSIÓN DEL 35 RPM-LJSM POR INSTRUCCIONES DEL CIUDADANO GRAL/DIV (EJ.) EFRAÍN VÁSQUEZ VELASCO COMANDANTE GENERAL DEL EJÉRCITO

**JQUÍA
TCNEL (EJ.)
PLAZA.**

**NOMBRE Y APELLIDO
HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS
EX PRESIDENTE DE LA
REPÚBLICA BOLIVARIANA DE
VENEZUELA**

**FECHA DE INGRESO
CAUSA DE INGRESO:
FECHA DE EGRESO:
ENTREGADO POR.**

120600ABR02

**CAP(EJ:) GREGORIO ESCALONA
BRICEÑO**

QUIEN ENTREGA.

Fdo.

CAP (EJ.) JOSE GREGORIO ESCALONA BRICEÑO ST/2DA.

C.I. 10.722.772

QUIEN RECIBE.

Fdo.

(EJ.) ALEXANDER JOSÉ GALICIA CH.

GUARDIA DE ESTACIÓN Fdo.

**CAP (EJ.) JOSÉ RODOLFO PLAZA VELÁSQUEZ
JEFE DE ESTACIÓN DE POLICÍA MILITAR DEL 35 RPM-LJSM**

Vto. Bo.

**CNEL. (EJ.) ANÍBAL JOSÉ SEGOVIA ROJAS
COMANDANTE DEL 35 RPM-LID “JOSÉ DE SAN MARTÍN”**

Los que quedan en Miraflores esa madrugada poblada de fantasmas, después de la partida del presidente, se abrazan con un nudo en la garganta, despidiéndose. Cada uno coge por su lado, con prisa, porque se anuncia la toma inminente del palacio por parte de los golpistas que ahora tienen el terreno allanado.

Teresa Maniglia ha visto esa misma noche a varios individuos sentados en el piso y cuando ha preguntado por ellos, alguien le ha respondido:

—Son los francotiradores, que están detenidos.

Ella asegura haber buscado un camarógrafo para hacerles una toma, pero en medio de la crisis que se vivía en palacio, se olvidó del asunto.

Ahora, avanzada la madrugada, llama a su esposo, el Chino Oswaldo Pino, un tipo que parece curtido por el tiempo, periodista como ella, y éste le dice que la esperará por la puerta N° 3, frente al Liceo Fermín Toro.

Acompañada de unos amigos, Teresita sale a la calle pero no ve al esposo. Una de las mujeres que la acompaña ve una camioneta negra de vidrios ahumados, hermética, como laboratorio de alimañas, y se acerca pidiendo ayuda.

—Ayúdenos, por favor, ella es la viceministra y no tenemos cómo irnos.

Uno de los vidrios de la camioneta baja y se queda a medio camino. Dentro, no se ve a nadie, pero se escucha una voz gutural salida de ultratumba.

—Vete, Teresita, que nosotros somos los que vamos a entrar.

Teresita y sus amigos salen como alma que lleva el diablo y todavía hoy ella dice estar convencida de que aquellos

sujetos eran parte del grupo que iba a asaltar el palacio en caso de que el presidente no se hubiera entregado.

Un poco más allá, está su esposo, esperándola, al volante del auto.

Todos suben al carro y salen del centro de Caracas con rapidez. El chino, acongojado, murmura entre dientes una frase lapidaria.

—Coño, esto parece la segunda muerte de Alí Primera.

*

Aunque lo niegan, los militares golpistas han tenido un aliado formidable: el gobierno de Estados Unidos, que esa mañana se apura a dar una declaración ambigua, como esperando el curso de los acontecimientos, en la voz de Phillip T. Reeker, portavoz del Departamento de Estado.

“Aunque los detalles aún no están claros, las acciones no democráticas cometidas o propiciadas por la Administración de Chávez provocaron la crisis de ayer en Venezuela”, dice, coqueteando de esa manera con el gobierno *de facto* encabezado por Pedro Carmona Estanga.

Anoche, en medio de la confusión originada por los sucesos, y protegidos en las sombras, dos helicópteros Black Hawck han aterrizado en el Aeropuerto Internacional de Maiquetía.

Rodgers y McCammon, los dos militares que ha visto García Carneiro en el Fuerte Tiuna acompañando a Carmona, a los oficiales golpistas y a Simonovis, tienen varios meses en el país planificando el golpe con generales venezolanos según se sabrá después.

Y a partir de mañana tres barcos de la marina estadounidense navegarán en aguas venezolanas, cerca de la isla de La Orchila, adonde será llevado el presidente Chávez. Su objetivo: monitorear la situación y dar informaciones a los golpistas, aunque, después, el gobierno de Bush dirá que estaban allí para sacar a los estadounidenses del territorio nacional, en caso de que hubiera sido necesario.

Un año más tarde, la abogada estadounidense de madre venezolana Eva Golinger logrará la desclasificación de los documentos de la CIA sobre el golpe y la gente de George Tenet quedará en evidencia, pues allí se demuestra que por lo menos tres días antes de los hechos sus agentes en Caracas estaban en conocimiento de que habría una marcha, se producirían algunas muertes y Chávez sería derrocado y detenido.

Dieciocho días después del golpe, el diario inglés *The Guardian* publica una entrevista con Wayne Madsen, ex agente de los servicios secretos de la USArmy, en la que éste dice que la marina ayudó a los golpistas con información clasificada. Madsen dice que Rodgers estaba en Venezuela desde junio de 2001 y que McCammom, un oficial de inteligencia, jugó un papel decisivo en el desenlace del golpe.

Carmona, obnubilado por la oportunidad que el destino pone en sus manos, no esconde su alegría y en las reuniones con los oficiales se le ve eufórico no sólo porque ha logrado sacar a su más acérrimo enemigo sino porque los adulantes de oficio ya campean en sus predios como abejas en un panal de miel.

Carmona se ha mostrado tan seguro de que será presidente que en un viaje a España la semana anterior al golpe, donde se ha reunido con el Canciller José Piqué, se

ha mandado a hacer la banda presidencial de cierre mágico que, orgulloso, con sonrisa triunfante, lucirá esa tarde del 12 de abril, cuando le dará el zarpazo a las instituciones democráticas.

Uno de sus adláteres ordenará descolgar el cuadro de Simón Bolívar del Salón Ayacucho del Palacio de Miraflores alegando que Bolívar, como Alí Primera, son parte del combo chavista. El odio que la derecha siente por Chávez, traspolado al Libertador, llega a límites tan irracionales que igualmente le quitarán a la República su condición de Bolivariana.

Sin que sus partidarios lo sepan, hoy Carmona miente con descaro al mostrarse sorprendido por haber sido escogido “para la transición en la cual se salvará la democracia”. Jorge Olavarría, periodista e historiador crítico de Chávez, sabe que no es así, porque mucho antes de que la furia se desatara contra inocentes ciudadanos, se le ha consultado sobre los decretos que esa tarde impactarán al país ya sacudido por los crímenes de ayer.

Lo dirá así, después, El País de Madrid: *“Los promotores del golpe contra Hugo Chávez estaban tan seguros de su derrocamiento que el borrador del primer decreto del gobierno quedó redactado un día antes de la matanza, y destacados juristas consultados por la arrogante derecha que se dueñó de la jornada rechazaron sin ser escuchados el borrador del texto que acabó atropellando la Constitución”*.

*

Mentira sobre mentira, lodo sobre todo, Venezuela amanece el 12 de abril partida en dos pedazos: los que ríen porque el

gobierno ha caído y los que se sacuden entre la desazón y la desesperanza.

Las calles de Caracas, de por sí abarrotadas de gente que siempre camina de prisa como si se le escapara algo importante, están solas.

Los periódicos anuncian la renuncia del presidente, a quien culpan de los crímenes, y el advenimiento de una nueva era, más democrática, más comprometida con el país, y hacen apología del nuevo presidente, un empresario emprendedor, amigo del diálogo.

Basta leer el editorial del diario *El Universal*: “Hoy el país nacional amaneció con otra cara. La renovada esperanza y la fe en un futuro mejor, es el mejor impulso para comenzar la reconstrucción”.

Los periódicos mienten, mienten con descaro y con denuedo, al acusar a los círculos bolivarianos de todas las muertes, en especial a los pistoleros de Puente Llaguno. Chavistas asesinados por los francotiradores engrosan la lista de muertos por la mano artera de los círculos que son satanizados con saña impropia de comunicadores sociales que deben buscar la verdad antes que todo.

En este insólito culto a la mentira, para los reporteros la Policía Metropolitana es la que ha impedido que la masacre llegara a niveles alarmantes al hacer frente a los chavistas homicidas, descontrolados, ávidos de sangre, pero en los videos que se darán a conocer después se verá cómo los funcionarios de este cuerpo disparaban a todos lados, motivo por el cual varios de ellos serán detenidos por órdenes de los tribunales, al comprobarse por la prueba de balística su presunta culpabilidad en la perpetración de algunos crímenes.

Testimonios reveladores de quienes estaban en las cercanías de Miraflores indicarán cómo, más allá de Puente Llaguno, fueron cercados y heridos algunos de ellos por policías que disparaban a mansalva a todo lo que se moviera. De no ser por los chavistas que estaban en el puente, dicen, la PM le habría abierto paso a los golpistas hacia el palacio. Porque el objetivo era ése: dispersar a la multitud concentrada frente a Miraflores para tomar la Prevención N° 1 desde El Calvario, y tumbar al gobierno, en medio de una batalla sangrienta.

Una crónica de *El Nacional* dice que el asistente personal del general Manuel Rosendo, el capitán O'Brien, oyó cuando el ministro Rangel la pedía al alcalde Bernal que sacara a la calle a los círculos bolivarianos armados hasta los dientes; ni el diario ni el periodista que escribe la nota toman en cuenta que Rosendo, de chavista furibundo, se ha pasado al bando contrario, apoyando a los golpistas.

Tiempo después se sabrá que Rosendo decidió acompañar a los sediciosos abrumado por el miedo que sintió ante lo que consideró avance irreversible del golpe de Estado. Como era uno de los oficiales en quienes Chávez más confianza había puesto, decidió sumarse a los rebeldes para anotarse a ganador, sin darse cuenta de que en ciertas circunstancias como éstas, ganando vas perdiendo.

Inconcebible e incomprensible también es la actitud del ex ministro Luis Miquilena, quien ese doce de abril aparece en los diarios criticando con malsana intención al mismo presidente Chávez a quien tanto elogió en el pasado. Miquilena, quien apenas un año antes había declarado sobre la sociedad civil, “¿Y eso con qué se come?”, aparece al lado de ésta, deshaciendo y deshaciendo lo que dijo y lo que hizo durante el

tiempo en que fue hombre fuerte del gobierno, demostrando con su actitud que peor que una prostituta es un apóstata.

El mismo Guillermo García Ponce, jefe del Comando de la Revolución, su compañero de luchas en el pasado, se avergonzará después por la actitud de Miquilena y en un enjundioso trabajo periodístico sobre el golpe, dirá que éste engañó a todo el mundo haciéndose pasar por revolucionario cuando no lo era.

Miquilena, la noche del golpe, tratará de convencer a dirigentes políticos y ministros leales a Chávez de que la causa está perdida y deben abandonar al presidente. Pero ellos le tirarán el teléfono, alarmados por la forma como el ex hombre fuerte del gobierno ha traicionado sin perdón a su amigo del alma.

Chávez le dirá a dos periodistas cubanos, Luis Báez y Rosa Miriam Elizalde, en el libro *Chávez Nuestro*: “... La traición de Luis Miquilena nunca la perdonaré. Perdonar sería como justificar. Sería como decir: ‘Está bien, te perdono, vamos a trabajar juntos’. No, los traidores están allá, en el otro extremo. No están condenados por mí; ellos están marcados y condenados por la historia”.

*

Los dueños de medios ignoran que, contrario a su prédica, entre gallos y medianoche, Carmona se ha puesto de acuerdo con la derecha más obtusa para desaparecer cualquier vestigio de igualdad, solidaridad y fraternidad en la Carta Magna y emprender una cacería de brujas que alarmará a propios y extraños.

En el estudio de Venevisión, sin que se le agüe el ojo, el periodista Napoleón Bravo abre su programa matutino, 24 horas, con un “tubazo”: “Ustedes —dice, exultante— se preguntarán cómo fue la renuncia de Chávez. Les voy a leer la carta que *firmó*.”

De conformidad con lo establecido en el artículo 236, numeral 3 de la Constitución, remuevo al ciudadano Vicepresidente Ejecutivo, Diosdado Cabello, y a todos los ministros que conforman el Gabinete Ejecutivo. Asimismo, con fundamento en el artículo 233 de la Constitución de la República, presento ante el país mi renuncia irrevocable al cargo de Presidente de la República, que hasta el día de hoy, 12 de abril de 2002, he detentado.

Dado y firmado en la ciudad de Caracas, a los 12 días del mes de abril. 191° de la Independencia y 142° de la Federación.

Hugo Rafael Chávez Frías.”

No presenta la firma del presidente, pero mucha gente da por descontado que es así, que Chávez renunció acosado por su propia conciencia ante los crímenes cometidos por su gobierno, pues el mismo Lucas Rincón, general de la más amplia confianza del presidente, lo ha anunciado en la madrugada.

Napoleón Bravo no lo sabe, pero ese tipo de periodismo, manipulador, engañoso, alejado de la verdad, que se burla de la ética y de las buenas maneras, será lo que en un futuro desacreditará a los medios de comunicación de una manera tal que los venezolanos aprenderán a leerlos, a verlos y a escucharlos entre líneas para sacarle con las uñas lo poco de que verdad puedan contener.

En el sitio de reclusión donde se encuentra, el presidente ve las noticias en un televisor, alarmado ante lo que dicen.

En todos los programas hay un insert: CHÁVEZ RENUNCIÓ. VOLVIÓ LA DEMOCRACIA.

Y eso le hace ver que su vida corre serio peligro. Todavía en su mente juegan como salidas del infierno las palabras que le escuchara a algunos oficiales esa madrugada cuando decidían su destino: “Hay que matarlo, es un asesino”. Especialmente González González, el más empeñado en ajustarle cuentas. Después, sin confirmación, se dirá que Vásquez Velasco debió imponer su autoridad ante los niveles de irracionalidad a los que había llegado este oficial. Si no hubiera sido así, es probable que el destino de Chávez hubiera sido otro.

Ahora, atado de manos como se encuentra, porque ni siquiera le han dejado ver a un abogado, Chávez nada puede hacer ante las informaciones que desglosan los medios de comunicación social como si fueran hechos ciertos y no el resultado de experimentos con ratas de laboratorio.

Sin embargo, en su reclusorio de Fuerte Tiuna, una mano amiga le extiende un teléfono con el que puede llamar a sus hijos. Desde anoche está preocupado por ellos y por eso los ha instado a salir de Caracas cuando la situación se ha tornado verdaderamente grave. Rosa Virginia, María Gabriela y Hugo se han ido a una casa en Río Chico y esa mañana, cuando reciben la llamada del papá, Rosa Virginia estalla en llanto.

—Tranquila, hija, que nada va a pasar —le dice Chávez sin mucho convencimiento. Pásame a tu hermana.

Rosa Virginia le pasa el teléfono a María Gabriela.

—Papá —le dice ella—, otra vez preso. ¿Dónde estás?

—En el Regimiento de Policía Militar en Fuerte Tiuna. Están diciendo que yo renuncié pero eso no es cierto. Tienes que denunciarlo, hija, llama a Fidel, que él sabrá qué hacer;

él sabrá cómo hacer la denuncia internacionalmente. Dile que soy un presidente preso, que no he renunciado.

Hablan otro rato y Chávez cuelga.

Desde donde está, María Gabriela no puede comunicarse con La Habana. Así que cruza los dedos y llama a Miraflores con tan buena suerte que allí todavía están los soldados leales al presidente, pues Carmona Estanga no ha cambiado a nadie todavía. Ellos, ante la insistencia de la joven, le hacen el puente con el propio Fidel Castro.

María Gabriela se echa a llorar al escuchar la voz del presidente cubano.

—Fidel, ayúdanos —le dice, convulsionada por el llanto.

—Tranquila, María —le replica Fidel.

—Mi papá me pidió que te dijera que si muere hoy es porque será leal a sus convicciones hasta el último momento. Me pidió que te lo dijera expresamente.

—Dame tu número telefónico para llamarte yo —le pide Fidel.

—Anda, pues, anótalo.

—No, no, dímelo que yo me lo aprendo.

—Fidel, es un número muy largo

—No, no, dímelo —insiste Fidel, pero cuando ella empieza a dictárselo, añade: Espera, espera; sí, es demasiado largo.

Al poco rato, Fidel la llama y le dice que Randy Alonso, conductor en La Habana del programa Mesa Redonda se comunicará con ella para entrevistarla. Así sucede. María Gabriela vierte en la entrevista su angustia por la suerte del padre detenido y se afina en decir que éste no ha renunciado como falsamente han informado los medios de comunicación venezolanos. La noticia causa revuelo. Sale disparada por

todos los confines de Cuba y rebota en el satélite de Tele-mundo, que la recoge y la dispara por todo el planeta, menos en Venezuela; en Venezuela todo lo que huelga a chavismo está vetado por los medios.

A partir de ese momento, como ellos reconocen, Fidel Castro no abandonará a los hijos de Chávez, a quienes llamará cada media hora hasta que el caso tiene un desenlace dos días después.

*

En la Cumbre del Grupo de Río que se celebra en Costa Rica, algunos presidentes, preocupados por los sucesos, presionan para que se emita un pronunciamiento que al final es aprobado de la siguiente manera:

Los presidentes de los países miembros del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política, Grupo de Río, ante los hechos ocurridos en Venezuela y ratificando su adhesión a los procedimientos democráticos y al Estado de Derecho, expresan lo siguiente:

Reafirman el derecho de los pueblos a la democracia y la obligación de los gobiernos de promoverla y defenderla, y reconocen que la democracia representativa es indispensable como la paz y el desarrollo de la región dentro del marco de la Carta Democrática Interamericana.

Lamentan los hechos de violencia que han provocado la pérdida de vidas humanas y acompañan al pueblo de Venezuela en su deseo de reconstruir una democracia plena, con garantías ciudadanas y de respeto a las libertades fundamentales.

Condenan la irrupción del orden constitucional en Venezuela, generada por un proceso de polarización creciente.

Instan a la normalización de la institucionalidad democrática en el marco de la Carta Interamericana y a dar los pasos necesarios para la realización de elecciones claras y

transparentes en consonancia con los mecanismos previstos por la Constitución venezolana.

Asimismo, los presidentes que asisten a la Cumbre, ese mismo día, emiten declaraciones condenando el golpe.

El presidente de Brasil, Fernando Enrique Cardozo: “Este continente es democrático y no acepta gobiernos de fuerza”.

Vicente Fox, de México: “Nos abstendremos de reconocer o no al nuevo gobierno de Venezuela”.

Eduardo Duhalde, de Argentina: “Nadie puede considerarlo legítimo” (al gobierno de Carmona).

Luis González Machi, Paraguay: “No hay duda de que hay que considerarlo ilegítimo”.

Hipólito Mejía, República Dominicana: “Chávez fue electo por el pueblo, por lo que su renuncia obligada debe ser preocupante”.

Sid Wilbert Musa, primer ministro de Belice (en nombre de los 14 estados del CARICOM): “Lamentamos el uso de la fuerza y la violación del orden constitucional e institucional en Venezuela, además de la pérdida de vidas y la violencia que acompañó los eventos en ese país hermano”.

*

El doce de abril en la madrugada se confirma que el presidente de la Junta de Gobierno es el empresario Pedro Carmona Estanga, quien da una rueda de prensa en compañía de Vásquez Velasco, y otros altos oficiales, entre quienes se encuentran los generales Enrique Medina Gómez y Néstor González González.

En Venevisión, después de leer la supuesta renuncia de Chávez, el periodista Napoleón Bravo entrevista a Leopoldo López, alcalde de Chacao; al contralmirante Carlos Molina Tamayo, quien ya ha sido designado jefe de la Casa Militar, y al presidente de la encuestadora CECA, Víctor Manuel García Hidalgo.

Napoleón Bravo, al referirse a los muertos del día anterior, pasa una vez más las candentes imágenes que golpean el lacerado corazón de los venezolanos, mientras dice despectivamente:

—Chávez Frías, esto lo hiciste tú; esto quisiste oculartarlo, esta es tu orden, héroe de sabaneta.

—Por eso —interviene García Hidalgo— es que tiene que estar preso.

La conversación gira a las acciones realizadas por la oposición en la marcha y Carlos Molina Tamayo se regodea en su incesante megalomanía, al decir:

—Así que yo lideré la marcha, para hacer una táctica, para penetrar eso allí. Dos de ellos dijeron, “el almirante es la persona clave aquí” e inmediatamente me hicieron como una guardia de cuerpo... Me tenían rodeado. Almirante, vamos para acá, y yo decía, “Vamos adelante todos”. Pero yo quisiera manifestarle a esos muchachos, a esos señores que ya el presidente me designó mi cargo, yo voy como jefe de la Casa Militar del presidente Carmona...

—Felicitaciones —le dice Napoleón.

—Gracias, gracias, y, bueno, acérquense por allá dentro de dos semanas, cuando hayan bajado las almas, que yo quisiera... ejem, agradecerles personalmente.

A medida que transcurre el programa, tanto el periodista como los entrevistados se van envalentonando. Es entonces cuando Napoleón dice, refiriéndose a García Hidalgo:

—¡Cuántas horas llevas sin dormir! Porque soy testigo de que a la una y media de la madrugada de ayer... de antes de ayer... estabas en mi casa... De allí, ¿adónde te fuiste?

—Acuérdate del pronunciamiento..., el pronunciamiento del general González González a través de los medios de comunicación social, y podemos decirlo, fue desde tu casa...

Napoleón se da cuenta de la gravedad de la infidencia y trata de subsanarla, pero se enreda.

—No, tú estabas en mi casa..., perdón, yo soy muy ingenuo en eso. Yo no estoy metido en nada. Yo soy...yo soy periodista.

García Hidalgo no capta el embarazo del periodista; al contrario, lo señala con el dedo y dice:

—Tú me dijiste..., perdón..., tú me dijiste que comenzara a dar nombres y yo te los estoy dando: ¡Napoleón Bravo!

Y a continuación se lanza con toda una explicación del asunto:

—Sí, hicimos un video desde la casa de Napoleón. El liderazgo del general Efraín Vásquez Velasco y el liderazgo del general González González se hacía sentir, ¿no?

Luego, habla de las operaciones.

—Veámos cómo se iba avanzando pero la Policía Militar en ese momento no estaba con nosotros... los blindados del Ayala, los tanques del Ayala (movidos por García Carneiro) habían salido ya y es cuando yo llamo a Carlos y le digo: atravesen todo lo que encuentren en la autopista para que los tanques no pasaran...

—En la Armada—dice Molina Tamayo— no hubo ninguna resistencia; la infantería de Marina también, yo convenzo a la infantería de Marina...

—Al principio —dice García Hidalgo— sé que no estaba la infantería...

—Estábamos trabajando en eso —dice Molina Tamayo—. Convencimos al comandante de la infantería para que se-se-se manifieste a favor de la democracia, logramos convencerlo, tenemos control de la infantería de Marina... El general Gómez Ruiz estaba encargado de tomar el control del aeropuerto. Lo hizo de forma excelente.

García Hidalgo interviene:

—El general Efraín Vásquez Velasco, el general Néstor González González y yo, que era el que mantenía una comunicación, que no soy general, pero que estaba allí en ese momento representando a la sociedad civil, a través de comunicaciones con la gente que estaba dentro y fuera del Fuerte Tiuna. Me tocó jugar sencillamente ese papel.

—¿Cuál era el plan? ¿El plan original, cuál era? —pregunta Napoleón.

—El plan original —dice García Hidalgo— era... estee..., previo apoyo masivo de la sociedad civil, al llegar al punto máximo de ese apoyo de la sociedad... en general pasar al empleo de la Fuerza Armada...

En este mismo programa es donde el contralmirante Molina Tamayo hace la confidencia de que la declaración de rebeldía del general González González, el diez de abril, tuvo la intención de que el presidente Chávez permaneciera en el país, porque eso convenía a los intereses de quienes estaban en el movimiento para derrocarlo.

La llegada de Carmona al gobierno desata de inmediato una cacería de brujas en personeros del gobierno de Chávez y en la embajada de Cuba, la cual es asediada ese mismo día en la mañana.

Salvador Romaní sale del baúl de los recuerdos donde sus errores lo habían sepultado desde hacía años y al frente de una poblada salvaje se lanza en pos del embajador Germán Sánchez Otero bajo el argumento de que el vicepresidente de la República, Diosdado Cabello, y los diputados Cilia Flores y Nicolás Maduro se encuentran en la sede diplomática.

Pero sólo se trata de una excusa, pues la verdadera intención de Romaní es tratar de demostrarle a los cubanos de Miami que no es un inútil irreversible como casi todos suponen, ya que al cabo de más de cuarenta años de denunciar a Castro ha sido él quien ha perdido credibilidad para el pueblo venezolano.

Romaní es miembro de una especie en extinción que hizo de la lucha contra Castro su modus vivendi, algo que le dio resultados en los años sesenta y setenta, cuando era una vedette para los medios de comunicación, pero sus acciones desproporcionadas y su constante predicar con la mentira, le quitaron brillo a su estrella y sus quince minutos de fama se fueron por un despeñadero.

Al igual que Romaní, en nombre de esa lucha contra Castro, durante décadas numerosos dirigentes cubanos en el exilio han obtenido recursos de Estados Unidos y de otras naciones gobernadas por dirigentes de la derecha más obtusa y recalcitrante, empeñados en acabar con el único sistema socialista que queda en América.

Pero esos dirigentes desde hace años han ido perdiendo terreno en la credibilidad de propios y extraños, porque algunos se han apropiado del dinero que las organizaciones anticastristas han donado para la causa, además de que, en nombre de la supuesta libertad de sus compatriotas, han asesinado a cientos de éstos, convirtiéndose en terroristas de la peor especie.

Uno de ellos compró una casa con el dinero recabado para derrocar “al tirano de Cuba”, y un grupo de sus compañeros, a quienes había dejado a pie en el reparto del botín, se lo echó a colete en los años setenta.

Otro, el “Mono” Morales Navarrete, autor de numerosos crímenes, llegó a niveles de degradación tan alarmantes que, al final, estaba peleado con sus mismos compañeros, con la CIA, con el FBI, con la policía venezolana en la cual había trabajado y hasta con las hermanitas de la Caridad. Un día en que fue a comer a un restaurante de Miami, entró un sujeto armado que le hizo tantos disparos que el humorismo popular lo comparó con el Corrido de Rosendo: “El día que lo mataron/ Rosendo estaba de suerte/ De diez tiros que le dieron/ sólo dos fueron de muerte”. Por supuesto, nadie vio nada, nadie oyó nada, nadie lloró una lágrima por él.

Pero quizás donde se estrellan todas las consejas sobre la moral y los escrúpulos es en el caso de Orlando Bosch, el terrorista cubano autor intelectual del atentado ocurrido en Barbados, en 1976, cuando dos venezolanos colocaron una bomba en un avión de Cubana de Aviación que explotó en pleno vuelo, ocasionando la muerte de 73 atletas que habían competido en Venezuela días antes. Bosch, para el mundo, era el mejor ejemplo de que con tipos como él, lo mejor que le podía pasar a Cuba era Fidel Castro.

La lucha de muchos cubanos en el exilio, como Salvador Romaní, ha estado preñada de malos ejemplos y de atentados contra las virtudes ciudadanas. En cierta ocasión, un ex juez cubano declaró en Miami haber entrado a Cuba, donde supuestamente burló los servicios de seguridad y ocasionó un incendio al Ministerio de Industria y a una concretera, un acto de heroísmo que demostraba con creces que el gobierno cubano era vulnerable. El ex juez entregó fotos para avalar sus declaraciones, e incluso en una de ellas se le veía armado con un rifle, como Rambo, en la selva cubana.

Un acucioso periodista del Miami Herald a quien no convencieron las declaraciones del héroe se fue a las jugueterías de Miami y demostró que el edificio y la concretera supuestamente incendiados no eran más que juguetes. La gráfica del ex juez tampoco había sido tomada en la selva cubana sino en una arboleda de Miami y, para colmo, el rifle también era de juguete. A partir de ese momento, la ironía popular acuñó una frase imperdible: “Si los cubanos le siguen haciendo la guerra a Fidel Castro, van a dejar sin juguetes a los niños de Miami”.

Romaní es de esa misma generación de dirigentes fracasados en su lucha de mentirijillas contra Castro, pero este doce de abril ve la oportunidad de reivindicarse con escapularios robados y se lanza contra la embajada como un huracán indetenible. Acompañados de miembros de la clase media envalentonados por la detención del presidente Chávez, Romaní y el abogado Ricardo Koesling le cortan la luz y el agua a la legación diplomática.

En declaraciones por radio y televisión, llaman a sus seguidores a hacerse presentes para castigar a las “ratas” y a los “asesinos” del gobierno de Hugo Chávez, y de esa

manera, a medida que pasan las horas, cientos de enfurecidos antichavistas se hacen presentes en la embajada.

En las imágenes que transmite la televisión regocijada, se les ve furiosos, exaltados, encima de los autos, con cabillas, palos y piedras, en los límites del raciocinio. Los carros son destrozados en su totalidad y se les coloca como improvisadas tarimas para los oradores. Cualquiera que tenga algo malo que decir, cualquier impropiedad, cualquier grosería, cualquier mensaje altisonante, es acogido con aplausos por la muchedumbre desbocada.

En el sitio se encuentran los alcaldes de Chacao y Baruta, Leopoldo López y Henrique Capriles Radonski, quienes también estarán más tarde en la urbanización La Floresta, donde será detenido por instrucciones de la jueza Mónica Fernández el ministro del Interior y Justicia, Ramón Rodríguez Chacín. Irónicamente, la Policía Técnica Judicial lo detiene por porte ilícito de arma de guerra al comprobar que, además de su arma de reglamento, tiene otra pistola. La pistola es de Chávez, pero Rodríguez Chacín, comprometido a cuidarla, guarda oportuno silencio. Después, cuando las aguas desbordadas vuelvan a su cauce, se la entregará a su dueño, sonriente, y le dirá: “Se la guardé, presidente. Le dije que estaba en buenas manos”.

De Rodríguez Chacín dicen los medios ese día que, junto con Bernal, es el autor de los crímenes ocurridos el día anterior y una prueba de ello es el “arsenal” que se ha encontrado en su poder. Cuando lo sacan, los curiosos se le echan encima buscando lincharlo. La irracionalidad ha aparecido para quedarse en el breve tiempo del gobierno de Carmona Estanga; de esa manera quedará demostrado que tal conducta no es exclusiva de las barriadas donde los

estudios brillan por su ausencia. Pareciera que, más bien, en aquellos lugares donde supuestamente hay mayor cultura, la agresividad, cuando surge, es un torrente implacable, indetenible, que se transforma en ansias por cobrar la justicia con mano propia.

Lo cual quedará demostrado también cuando en La Lagunita, donde reside, es detenido el diputado Tarek William Saab; y en el Táchira, esa misma mañana, cuando una poblada de dirigentes políticos se le echa encima al gobernador Ronald Blanco La Cruz, golpeándolo, al ser detenido.

En el auditorium de Petróleos de Venezuela, en Caracas, se han reunido los empleados de la industria para felicitarse por el resultado de sus acciones pasadas contra el gobierno que, al fin, ha cedido. Se ven felices, como guerreros después de tomar una fortificación enemiga.

Su vocero es Edgar Paredes, director de refinación, suministro y comercio; a su lado, sonríen a las cámaras los otros dirigentes, entre ellos Juan Fernández, que en un futuro cercano se convertirá en el líder de todos ellos y los lanzará por un despeñadero en la huelga petrolera de ocho meses más tarde.

La frase que lanza a los cuatro vientos Edgar Paredes esa mañana es recibida con un regocijo impresionante que se manifiesta en aplausos prolongados: “¡Ni un solo barril de petróleo más para Cuba!”

Venezuela le suministra a la isla 53 mil barriles de petróleo diarios y, al tiempo que Salvador Romaní arremete contra la embajada, los empleados petroleros obligan al buque Argo Nixus, con 240 mil barriles de diesel automotor, a regresar a Venezuela y fondearse en Paraguaná.

La policía, en sus continuos allanamientos, detiene a dos de los “pistoleros de Puente Llaguno”, Rafael Cabrices y Henry Danilo Atencio, quienes son presentados en los medios de comunicación como verdaderos monstruos que han asesinado a mansalva a las 18 personas, en los sucesos de ayer. “Se busca a los otros criminales”, dicen los reporteros.

*

El sitio de la embajada de Cuba se prolonga en el tiempo, creando angustia entre los empleados y el embajador que, adentro, resisten el asedio de la masa enardecida la cual lanza improperios contra Fidel Castro y Hugo Chávez acusándolos de toda suerte de delitos.

A medida que avanzan las horas, la rabia de los anticas-
tristas va *in crescendo* y llega el momento en que deciden saltar los muros de la dependencia diplomática, buscando, según dicen, hacer justicia. Algunos ya han traspasado los límites de la cordura y por eso es difícil controlarlos.

Utilizando objetos contundentes dan golpes al paredón con la intención de tumbarlo. También la puerta es golpeada continuamente. En la mañana de su nuevo gobierno, lanzan al viento, indetenibles, las consignas de guerra

—Vamos a entrar a hacer justicia. ¡Justicia, justicia, justicia!

—¡Así entró Cuba a la embajada de México!

—¡Ni un paso atrás, ni un paso atrás, ni un paso atrás!

—¡Cubanos asesinos! ¡Los sacaremos esposados!

—¡Ni una gota de petróleo más para el tirano!

—¡Fuera cubanos de Venezuela! ¡Se les acabó la fiesta!

—¡Vamos a ver si los chavistas son muy valientes ahora!

—¿Dónde están sus círculos bolivarianos, hijos de puta?

Y la policía, que en este caso debe intervenir, no lo hace, dejando a los exaltados hacer de las suyas. Así van pasado las horas, tensas, cargadas de odio, presagiando un triste final. Pero, cuando parece que la cordura va a desaparecer por completo, de la masa descontrolada se asoma el rostro de la civilización: es un grupo que quiere mediar, en lugar de seguir causando daño.

Un funcionario de la embajada se deja ver encima del muro. Algunos manifestantes le sueltan toda clase de improperios pero el hombre parece entrenado para no caer en provocaciones y se mantiene impertérrito, hasta que se calman; entonces les permite entrar a aquellos que han propiciado el diálogo.

Ayudados por una escalera ascienden por el muro que no pudieron derribar y de esa manera entran a la embajada algunos representantes de organizaciones civiles y funcionarios de la Alcaldía de Baruta. Poco después hacen acto de presencia el alcalde Henrique Capriles Radonsky, quien regresaba de cumplir la misión de detener al ministro Rodríguez Chacín, y el comisario Henry Vivas, jefe de la PM.

El embajador les explica que dentro de la legación no se encuentra ningún representante del gobierno de Chávez, pero de todas maneras les recuerda que el gobierno cubano es libre de conceder asilo a quien así lo requiera, si considera que llena los requisitos para ello de acuerdo a las convenciones internacionales. El asilo, les dice, es un principio inviolable.

Los interlocutores le dicen al embajador, usted tiene razón pero va preso porque, a pesar de las explicaciones, insisten en recorrer la embajada para asegurarse de que

no hay ningún funcionario del gobierno “saliente” en su interior, a lo cual el embajador se niega recurriendo al derecho internacional que estipula que las embajadas son parte de la soberanía de los países.

Las tensiones bajan cuando, a las nueve de la noche, se presenta monseñor Baltasar Porras para solidarizarse con los diplomáticos cubanos; y a las 10:00 lo hace el recién nombrado ministro del Interior, general Rafael Damiani Bustillos. Pero la situación no se normalizará sino hasta el día siguiente en la tarde cuando los servicios de agua potable y electricidad serán restituidos.

*

En medio de este panorama de persecuciones, detenciones y violencia, a las 06:00 de la tarde, Pedro Carmona Estanga toma posesión del cargo, mostrando al país un sonrisa ensayada tras la cual se esconde la fea cara del fascismo. Pues, para sorpresa de tirios y troyanos, nadie lo juramenta. Se autojuramenta como Napoleón Bonaparte al declararse emperador por la Gracia de Dios.

Una jauría concentrada en el salón Ayacucho de Miraflores lo aplaude a rabiar cuando levanta la mano derecha jurándose a sí mismo respetar la Constitución que está violentando por la gracia de un grupo de generales que en la noche pasada ha traicionado al país.

En los hogares, al verlo, muchos de sus partidarios fruncen el ceño, alarmados, porque presienten la dictadura en ciernes. Esa presunción queda confirmada cuando el abogado Daniel Romero, con ojos de buitre y sonrisa de hiena, lee el “Acta de Constitución del Gobierno de Transición”,

como eufemísticamente la llaman, en la cual quedan abolidos los poderes públicos.

El acta tiene 11 artículos donde, entre otras cosas, se dispone la eliminación de la palabra Bolivariana en el nombre de Venezuela, que ahora volverá a llamarse República de Venezuela a secas, la suspensión de sus cargos a los diputados principales y suplentes de la Asamblea Nacional, la reforma general de la Constitución de 1999, la convocatoria a elecciones generales en un lapso que no excederá de 365 días, la destitución del presidente y demás magistrados del Tribunal Supremo de Justicia, del Fiscal General de la República, del Contralor General de la República, del Defensor del Pueblo y de los miembros del Consejo Nacional Electoral, y la suspensión de los 48 decretos de ley dictados de acuerdo a la Ley Habilitante del 13 de noviembre de 2000.

Lo peor no es eso; lo peor es que importantes voceros del país, que están en la obligación de oponerse a este des-aguisado, firman la mencionada acta aun cuando se están vulnerando los principios fundamentales del sistema democrático.

Estampan su rúbrica el cardenal José Ignacio Velasco, por la Iglesia.

Luis Enrique Ball Zuloaga, por los empresarios.

José Curiel, por los partidos políticos.

Rocío Guijarro, por las Organizaciones No Gubernamentales.

Miguel Ángel Martínez, por los medios de comunicación social.

Manuel Rosales, por los gobiernos regionales.

Carlos Fernández, por Fedecámaras.

Julio Brazón, por Consecomercio

Ignacio Salvatierra, por los banqueros.

Alfredo Ramos, aunque está en el acta por la CTV, parece haber reflexionado a última hora y no firma; misteriosamente desaparece del Salón Ayacucho y no regresa. Lo llaman inútilmente por el micrófono.

Los ministros del nuevo gobierno, sentados cerca del escritorio desde donde Carmona Estanga saluda con la mano en alto, se ven felices. ¡Y cómo no! ¡Han entrado a Miraflores por la puerta grande! Viéndolos, algunos habrán pensado en la célebre frase del ex presidente Luis Herrera campíns: “Prefiero un metro cuadrado de Miraflores a una hacienda en Barinas”.

No es para menos; Miraflores es el centro del poder, el lugar al que todo político anhela llegar, lo cual sólo es posible para los privilegiados, y después de muchos esfuerzos. Y en este momento, ellos, los carmonistas, lo han logrado cuando menos lo pensaban.

Chávez, el guerrero invencible, se ha entregado sin disparar un tiro, y ahora lo tienen en sus manos. Lo juzgarán, lo condenarán y le sacarán los ojos; después, como en el coliseo romano, lo lanzarán a los leones para que lo desaparezcan de la faz de la tierra. De él no quedará sino el triste recuerdo de un asesino impenitente castigado por la justicia terrenal y la justicia divina.

Romero nombra a los flamantes nuevos ministros.

Ahí están Héctor Ramírez Pérez, ministro de la Defensa.

Rafael Arreaza, ministro de Salud y Desarrollo Social.

Rafael Damiani Bustillos, ministro del Interior y Justicia.

José Rodríguez Iturbe, ministro de Relaciones Exteriores.

Leopoldo Martínez, ministro de Finanzas.

Raúl de Armas, ministro de Agricultura y Cría.

César A. Carvallo, ministro del Trabajo.

León Arismendi, ministro de Planificación.

Jesús E. García, ministro de la Secretaría de la presidencia.

Guaicaipuro Lameda, presidente de PDVSA.

Carlos Molina Tamayo, jefe de la Casa Militar.

Daniel Romero, procurador de la República.

Pero hay otra cosa que notan los venezolanos y que no les gusta nada: el cuadro de Bolívar que como celoso guardián velaba porque los presidentes no se apartaran de la Ley ha desaparecido como por arte de magia del salón. Lo ha bajado Víctor Manuel García Hidalgo, erigido en viceministro de gestión comunicacional. La irritabilidad de los “carmonistas” los lleva a tratar de borrar del mapa todo aquello que huelva a libertad, el Libertador incluido.

Por supuesto, a cada anuncio del abogado Romero, los presentes aplauden como si estuvieran en el Teresa Carreño en un concierto de Luciano Pavarotti, José Carreras y Plácido Domingo. Se ven alegres, complacidos, orgásmicos, como si se han quitado un peso de encima, sin imaginar siquiera que ese mismo acto que ahora celebran será el combustible que disparará a las calles a la otra parte del pueblo, la que ha aprobado esa Constitución pisoteada por la montonera desbocada.

*

En el Regimiento de Policía Militar, donde ha sido recluido, Chávez no puede descansar, pese a la larga y agotadora

jornada que ha concluido con su detención. Piensa en su futuro incierto y cada vez se convence más de que se está preparando su asesinato. Todo el ambiente está enrarecido y los hechos se han sucedido de una manera tan rápida y absurda que se prepara para hacer frente a lo peor.

De pronto, en el televisor, que permanece encendido, escucha como un aldabonazo la voz de alguien conocido. Se incorpora y ve al Fiscal General Isaías Rodríguez emitiendo una declaración a la cual le pone suma atención.

En primer lugar, tenemos la información por parte de los fiscales militares que lo entrevistaron de que el presidente no ha renunciado. Si efectivamente el presidente no ha renunciado, y no se nos ha mostrado en ningún momento al Ministerio Público la constancia escrita de esa renuncia, el presidente Chávez sigue siendo el Presidente de la República de Venezuela.

Las palabras del fiscal, en ese momento de desesperanza, representan un hálito de vida de la constitucionalidad, un resquicio por donde puede entrar el razonamiento que devuelva la sindéresis a quienes han tomado el camino equivocado. Chávez no puede evitar que sus ojos se cubran de la niebla gris que precede a las lágrimas, pero cuando trata de seguir el discurso del fiscal, la transmisión se interrumpe.

La rueda de prensa no es transmitida en su totalidad, debido a que las televisoras persisten en negarse a darle cabida a todo aquello que vaya en favor del presidente detenido, aunque con ello le den alas a la violación de la Carta Fundamental del país. El fin justifica los *medios*. Si han acudido a la rueda de prensa es porque han creído que el Fiscal va a avalar al nuevo gobierno; al comprobar que no es así, suspenden la transmisión en vivo y en directo y vuelven a su programación regular.

Pero, sin saber que ha sido sacado del aire, el fiscal sigue emitiendo juicios de valor sobre la situación. Sus palabras, grabadas pero nunca transmitidas son las siguientes:

Pero en el supuesto caso de que el presidente haya renunciado, la renuncia del presidente es ante la Asamblea Nacional y solamente cuando la Asamblea Nacional acepta esa renuncia es cuando se puede tener como válida la renuncia del presidente. Por lo tanto, aún en el supuesto caso de que el presidente haya renunciado, efectivamente sigue siendo el Presidente de la República porque no se ha realizado el acto de la Asamblea Nacional donde se revalide esa supuesta renuncia.

Quiero señalar algunas cosas más: el Presidente de la República en estos momentos está privado de libertad, está incomunicado. Ni siquiera al Ministerio Público se le ha permitido ver al Presidente de la República. Tenemos informaciones de referencia a través de algunos fiscales militares que le han dado esa información a los fiscales del Ministerio Público... Es decir, estamos en una situación donde hay una violación total y absoluta de la Convención Interamericana de Derechos Humanos.

Pero, además, en esta situación hay un hecho más significativo: si está privado de libertad, ¿qué delito cometió? ¿el delito de renunciar? ¿Es que la renuncia es un delito en el supuesto caso de que esa sea la situación? Y si renunció y ese es un delito, ¿por qué se le mantiene incomunicado y por qué no se le ha permitido al Ministerio Público entrevistarle de alguna manera a través de la directora de derechos fundamentales y de los fiscales que acompañan a esa directora?

La situación es realmente grave desde el punto de vista constitucional; es decir, hay un estado *de facto*. Realmente, la situación es *de facto*, no hay un estado constitucional

Lo sucedido en el caso del fiscal demuestra que la actuación de los dueños de medios ha contagiado como una epidemia a los reporteros que, en lugar de hacer valer el Código de Ética del Periodista, optan por plegarse sumisamente a

la línea patronal. En este sentido, en sus reportajes se ponen del lado del gobierno entrante, especialmente a la hora de transmitir los continuos allanamientos que los cuerpos policiales realizan ese día a los ministerios, la Asamblea Nacional y otros organismos.

Las armas de los escoltas de los ministros son, para esos reporteros, las armas asesinas del día anterior; cualquier documento es sospechoso y a los funcionarios que están de guardia se les tilda de cómplices de los asesinos; o del asesinato mayor, que en este caso es el “ex presidente Chávez”.

En el Ministerio de Educación, dicen, estaban guardadas algunas de las armas, y el ejecutor de los crímenes, el alcalde Freddy Bernal, anda huyendo y se le busca como si fuera el Enemigo Público N° 1.

Marisabel de Chávez se comunica con CNN para denunciar que el presidente no ha renunciado, noticia que también se niegan a pasar los medios venezolanos; sólo se entera el 5% de la población que tiene televisión por cable, la mayoría contraria a Chávez, así que la noticia se pierde en el vacío de la irracionalidad.

Las televisoras y emisoras venezolanas no quieren saber nada de eso. Sus dueños tapan el sol con un dedo aplicando la sordina al chavismo, pero les da resultado, pues logran que momentáneamente profundas sombras de duda cubran el territorio nacional. Quien maneja la información, tiene el poder. No es una simple frase, es la más absoluta verdad, y en esas horas Venezuela es testigo de excepción de tal aserto. Unas horas, apenas, afortunadamente.

Los únicos medios de comunicación con que cuentan los chavistas, entonces, son los medios alternativos, que serán duramente golpeados, y las grandes cadenas internacionales

como CNN, la Cadena Caracol de Colombia y Telemundo, entre otras. Y así es como el resto del mundo comienza a enterarse primero que los venezolanos de lo que está sucediendo en tierra propia.

En medio del caos, José Albornoz y María Cristina Iglesias van a la Oficina de Prensa de la Asamblea Nacional con la idea de ofrecer declaraciones para desmentir la renuncia de Chávez, pero los reporteros los miran por encima del hombro y salen, dejándolos solos, evadiendo de esa manera el cumplimiento del deber de todo periodista, que es la búsqueda de la verdad, la cual sólo puede darse si se concede el derecho a réplica establecido en la Constitución Nacional y se le da igual espacio a cada una de las partes en conflicto.

Albornoz se percata de que la Constitución ese día es letra muerta. La violan los funcionarios que “investigan” al gobierno de Chávez, los periodistas que cubren esa “investigación” y el propio gobierno entrante, que como todo gobierno autocrático no esconde el profundo odio que siente por su normativa. Están en tierra de nadie a la buena de Dios, pero de pronto surge la excepción que confirma la regla en la persona de la periodista de *El Universal* Taynem Hernández, quien accede a conversar con ellos.

Al poco tiempo, sin embargo, llega la regla que confirma la excepción al hacer su aparición el diputado Ernesto Alvarenga, dirigente del partido Solidaridad, escisión del chavismo, quien los increpa fuertemente. «Ustedes —les dice— nada tienen que buscar aquí. El gobierno de Chávez cayó y ustedes no tienen derecho a hablar”.

Albornoz recuerda que, entonces, se produce un contrasentido, porque hace su entrada en escena el diputado de

Copei, César Pérez Vivas, que se transforma en una nueva excepción confirmando la regla al increpar a Alvarenga diciéndole: “Eso no es cierto, ellos tienen todo el derecho de hablar porque este es un sistema democrático”.

“Era algo surrealista —dice Albornoz—: un diputado que decía haber sido revolucionario negándonos el derecho y otro, que se supone de derecha, abogando por nosotros». Es decir, entre reglas y excepciones, la Constitución navega en un limbo jurídico.

Más surrealista es lo que sucede poco después, cuando el diputado Ismael García, secretario general de Podemos, llega a la Asamblea con una caja de herramientas donde lleva una cadena y varios candados.

García le dice a Albornoz que su idea es encadenarse a las rejas del Palacio legislativo. “Seré —dice— el primer muerto de esta dictadura”.

Pero Albornoz y un periodista amigo de ambos, que acierta a pasar por allí en ese momento, lo hacen desistir de semejante aventura.

La persecución contra los chavistas es tenaz por parte de la Policía Metropolitana, la Policía Técnica Judicial, la Disip y la Guardia Nacional.

En la residencia de Jorge Giordani, ministro de Planificación, se reciben amenazas de muerte, los dirigentes parroquiales del MVR son perseguidos por la Disip, y el diputado Juan Barreto debe enconcharse ante la persecución de que es víctima. Se dice que hay órdenes de matarlo.

Los organismos defensores de los derechos humanos reciben cuentas de ajusticiamientos en los sectores populares; las emisoras comunitarias son cerradas por el gobierno de Carmona Estanga y ya se habla de su eliminación.

En Barcelona, una poblada de adecos y copeyanos ha tomado la alcaldía, que estaba en manos del MVR; en Puerto La Cruz han causado destrozos en la sede municipal; en el Zulia el gobernador Manuel Rosales ordena detener a los miembros de los círculos bolivarianos.

En el centro de Caracas, varios funcionarios de la Policía Metropolitana han agredido a ciudadanos que protestaban por el golpe; son pocos, se les agrede con peinillas y son disueltos. Lo mismo sucede en La Candelaria.

El gobierno de Carmona desde el primer momento se manifiesta intolerante, agresivo, censor, represivo, oscurantista. La insania se ha destapado con fuerza y los cuerpos de seguridad del estado se han tornado inclementes, como en los peores tiempos de la dictadura.

*

El golpe de estado, como es obvio suponerlo, se siente en todo el país, pero hay algunos sitios donde tiene mayor repercusión, como el estado Guárico, gobernado por el pepetista Eduardo Manuitt.

Manuitt es un gobernador exitoso que en ese momento le ha ganado dos elecciones seguidas a Acción Democrática, el partido que mantenía la hegemonía en la región desde tiempos inmemoriales.

Naturalmente, el golpe es aprovechado por los dirigentes de ese partido que, junto con líderes de otras organizaciones de derecha apoyados por los alcaldes de los municipios Roscio (San Juan de Los Morros) y José Tadeo Monagas (Altigracia de Orituco), Virgilio Giunta y José Luis García, respectivamente, se reúnen en la Plaza Bolívar,

frente a la gobernación, con intenciones de tomar esta dependencia.

Manuitt acude entonces ante la autoridad militar de la Guarnición, pero el general a cargo de las tropas se niega a ayudarlo, aduciendo que es respetuoso de la institucionalidad y para él en ese momento la institucionalidad está representada en Carmona Estanga.

Sin embargo, el coronel Betancourt Nieves, segundo de a bordo, le ofrece ayuda y juntos se atrincheran en la gobernación, apoyados por guardias nacionales y policías del Estado.

El asedio se prolongará por tiempo indefinido porque nadie se atreve a dar el primer paso: los golpistas se mantienen a la expectativa frente a la plaza, con gente armada, y los defensores de la constitucionalidad dentro de la gobernación, esperándolos.

Pero mientras en el centro de la capital el tiempo parece haberse congelado, la finca “Las Guabinas” propiedad del gobernador es allanada en Chaguaramas por fiscales del Ministerio Público que, plegados al golpe, buscan al alcalde Bernal.

El allanamiento lo realizan los fiscales Carlos Isea y Teresa Pérez Delgado, a instancias de la fiscal superior del Estado, Myrlenys Guevara Baute, y del subcomisario de la Disip Edgar Fernández Ojeda.

Los resultados del allanamiento son tan desastrosos como negativos. Un empleado, parecido al ministro Aristóbulo Istúriz, es golpeado y vejado. El humilde trabajador, que acaba de comer, por poco se ahoga cuando le dan con el cañón de un fusil en el estómago. Furiosos, los perseguidores salen con las manos sucias y vacías, porque Bernal está en los

barrios de Caracas instando a la gente a salir a la calle para rescatar el gobierno.

En su casa de la avenida Panteón, Istúriz hace caso omiso a sus amigos quienes lo instan a esconderse por temor a que le allanen la casa, pues tienen noticias de que lo andan buscando como ya ha ocurrido con el ministro Rodríguez Chacín. Pasada la sorpresa del primer momento, el ministro cree llegada la hora de reaccionar y, así, poco a poco, su casa se va llenando de dirigentes del PPT ávidos de lucha. Indignados por lo que ha ocurrido en las horas precedentes, quieren salir a la calle a denunciar al gobierno de Carmona Estanga.

—No me voy a enconchar: si quieren venir a detenerme que vengan, —les dice “el negro” como se le conoce en su partido, el PPT. También, las ministras Iglesias, Urbaneja y Osorio hacen acto de presencia junto con miembros de la Dirección Nacional del partido, como Albornoz, Carlos Azpúrua, Rafael Uzcátegui, Rodolfo Sanz, Gustavo Hernández, Lelis Páez, Alfredo Laya, etc.

Estudian las posibilidades que tienen, que no son muchas. Una de ellas, irse a Maracay, donde el general Baduel se ha atrincherado, irreductible, y la gente está al frente la brigada, apoyándolo. Cuando, después de muchos intentos, se comunican con él, Baduel les dice:

—Si logran llegar aquí, puedo prestarles seguridad, pero no puedo comprometerme a hacerlo en el trayecto porque no es territorio que tengamos dominado.

Cien kilómetros separan a Maracay de Caracas. Una distancia que en ese momento se antoja larga y peligrosa, porque es terreno de golpistas donde no hay garantías de nada.

En ese análisis están cuando se produce la autojuramentación de Carmona Estanga, un factor con el que no contaban, pero que, como comprobarán en las próximas horas, correrá a favor de ellos, pues dentro de sus casas los sectores más desposeídos del país, que son la mayoría, no pueden dar crédito a sus ojos al ver la forma como aquel empresario está derrumbando olímpicamente las bases de la revolución bolivariana que tanto ha pregonado Chávez.

Para algo está sirviendo ese pregonar de la Constitución, permanentemente, desde el primer día en que fue aprobada por el 71% de los votantes, en programas como Aló presidente, en cadenas de radio y televisión, y en barrios, urbanizaciones, cuarteles, escuelas, liceos y universidades.

Al mismo tiempo que los sectores de mayores recursos se burlaban del empeño de Chávez porque la gente leyera la Carta Magna, en las barriadas y las urbanizaciones, independientemente del lado en que estuvieran, la gente se tomaba muy en serio la prédica presidencial.

Por eso, al abolir los poderes, Carmona Estanga ha enfrentado a la amada Constitución de los chavistas y la respetada Constitución de los antichavistas. Porque la Constitución es una sola para todos, cosa que no ha entendido el hombre que la ha violado flagrantemente delante del país atónito; y con eso no logra otra cosa que catapultar hacia la calle a aquella masa humana que se ha metido la normativa constitucional en el alma, y que sale decidida a defenderla con su vida, de ser preciso.

Después de los esporádicos movimientos reprimidos por la policía, ese 12 de abril en la tarde comienza a moverse todo el aparataje del chavismo, despertando de su letargo

inicial de unas horas, en respuesta a la agresión de que es objeto.

Poco a poco, por sus propios pasos, sin que los hayan llamado ni se hayan comunicado entre ellos, van haciendo acto de presencia en el Palacio de Miraflores, echando, como decía Alí Primera, el miedo a la espalda, avanzando a paso de vencedores, cobijados por la nocturnidad en la cual los sediciosos se sienten seguros.

*

Dentro del Fuerte Tiuna los ánimos están caldeados por el acta de Carmona. Oficiales plegados al golpe, en principio, ahora piden cuentas a sus superiores porque les han llegado informes de que Chávez no ha renunciado como se les ha dicho.

Hay revuelta en la montonera. Por eso Chávez pasa a ser un personaje incómodo. Adónde llevarlo, es el dilema. En el Fuerte es una papa caliente porque tiene peso específico en la soldadesca y en los oficiales jóvenes, que lo ven como su genuino representante; no ese carcaman que han visto esa tarde en televisión devolviéndolos a la Edad de Piedra.

Plantean meterlo en la cárcel de Ramo Verde, en Los Teques, pero no llegan a un acuerdo, así que Vásquez Velasco se sacude “el problema” y lo entrega a la Armada, cuyos oficiales lo suben a un helicóptero y lo sacan con premura, escondido en las sombras de la noche, lejos de Caracas, donde ya comienza a escucharse el rugir de la gente pidiendo su regreso al gobierno.

El helicóptero levanta vuelo con la premura del miedo. Apenas un punto en la inmensidad que rápidamente se

funde en el cielo oscuro y silencioso. Chávez no sabe adónde lo llevan. Un solo pensamiento ronda por su cabeza confusa: la posibilidad de ser asesinado porque es el único que puede desmentir su renuncia; le preocupa, además, la suerte de sus hijos Rosa Virginia, María Gabriela, Hugo Rafael, Raúl y Rosinés; de su esposa, Marisabel, y de sus padres. Qué será de ellos en manos enemigas.

Caracas, allá abajo, parece un imposible en ese momento. Chávez aferra el crucifijo que le ha regalado el general Pérez Arcay y reza en silencio. Piensa que éste será su último vuelo y se pregunta si alguien seguirá sus pasos. Esa lucha de tantos años, ese peregrinar por aldeas, pueblos y ciudades, con la rebeldía a flor de labios, ¿habrá servido para algo?

El helicóptero vuela sobre el Mar Caribe, una inmensa mancha oscura que debajo de él se extiende como una amenaza. Sabe que los militares del cono Sur, de Argentina y de Chile, de la Argentina de Massera y el Chile de Pinochet, lanzaban a dirigentes de la izquierda vivos al mar. Los hacían bailar hasta quedar exhaustos, los drogaban y los subían a aviones desde donde los tiraban a las gélidas aguas sin misericordia alguna, y allí eran pasto de tiburones o se hundían sin regreso. Decenas de miles de desaparecidos es la contabilidad ominosa de aquellas satrapías inclementes.

En Venezuela, de los tiempos de las guerrillas, se cuentan esas mismas historias de gente lanzada desde helicópteros; se sabe por lo menos de un caso. ¿Son ahora los militares así, con ese instinto asesino de lambrosianos incurables? Chávez no lo cree; o, al menos, no quiere creerlo. Él proviene de sus filas y sabe que son hombres de honor en su mayoría, que no permitirán un hecho de esa naturaleza.

Algo en su interior le dice que en la oficialidad joven las simpatías que despierta impedirán una acción brutal de los más radicales. Se lo han dicho con sus gestos, con sus miradas afectuosas, con el respeto que le han demostrado aún en estas condiciones de inestabilidad gubernamental.

Chávez piensa en el país, en lo que ha hecho y lo que ha dejado de hacer, pero en el revoltillo de pensamientos no aparece por ninguna parte la posibilidad de su pronto regreso al gobierno. Si no lo asesinan, volverá; luchará para volver, pero no será todavía.

El helicóptero aterriza sacándolo de sus pensamientos, y entonces se da cuenta de que lo han llevado a una base militar, pero no sabe a cuál. Recién cuando descienden se percata de que está en la Base Naval de Turiamo, en el estado Aragua. El oficial que lo acompaña lo trata con respeto y lo insta a avanzar hacia una edificación donde se lee: UNIDAD DE OPERACIONES ESPECIALES DE LA ARMADA.

Chávez mira hacia el cielo estrellado. Su vida en este instante es un signo de interrogación.

*

En el Fuerte Tiuna, los generales y almirantes golpistas siguen recogiendo impresiones de los decretos de Carmona Estanga de esa tarde y lo que ven no les gusta.

Esa noche, Vásquez Velasco tiene sobre su escritorio la orden de detención de Chávez, la cual lo compromete más que a nadie en el caso, a pesar de que ahora éste es un preso de la Armada, y desde su despacho en la Comandancia General del Ejército escucha los reclamos que afuera hacen algunos oficiales que no entienden lo que está pasando.

Se da cuenta de que las cosas pueden pasar de castaño a oscuro, y ya en las afueras de Fuerte Tiuna se escucha el clamor de la gente pidiendo una explicación. Han llegado con velas, a cuentagotas, para hacer una vigilia, cuidando de que nada le pase a su líder al que hacen dentro de esas instalaciones.

Pero el general no le presta mucha atención a la protesta porque no cree que Chávez tenga respaldo en este momento, pues piensa que toda su cantaleta no ha sido más que pura bulla, la alharaca de un tipo hablador que engolosinó a la gente con su verborrea empalagosa, pero cuando se vio perdido decidió entregarse sin pelear deshonrando su uniforme.

Aún cuando Chávez esté derrotado, sin embargo, estos decretos de Carmona sí mueven a la preocupación de Vásquez Velasco. Y Ramírez Pérez..., Ramírez Pérez, engolosinado por el poder, no se da cuenta de lo que pasa. Es un flamante ministro de la Defensa incapaz de razonar acerca de lo que se debe hacer en estas circunstancias; un bueno para nada.

Los oficiales le recriminan a él, a Vásquez Velasco, porque pocos entienden que no sea el mandamás, el todopoderoso del gobierno, como lo establece su jerarquía. Un general de división que se ponga a los pies de un contralmirante es poco menos que un tonto, un bolsa que no merece el respeto de nadie, mucho menos un futuro promisorio. ¡Qué vaina! ¡El otro es ministro y el peso del problema recae sobre él!

*

Vásquez Velasco no sabe que dentro del mismo fuerte, García Carneiro ha recibido la noticia de que Chávez ha sido llevado al cuartel de Ramo Verde, en Los Teques, y ha preparado un contingente militar que con dos gandolas tendrá la misión de derribar las paredes de la prisión para rescatarlo como Charles Bronson en *La Fuga del Siglo*.

Pero, cuando se aprestan a salir, les dicen que esa información es falsa, pues no se sabe adónde han llevado al presidente. Entonces no le queda más remedio que suspender *momentáneamente* la operación hasta tener seguridad del sitio de reclusión.

*

Contrario a lo que piensa Vásquez Velasco, en las afueras del Fuerte esa noche hay más de dos mil personas protestando. Los vecinos se han ido sumando a la pacífica concentración en demanda de una explicación por los decretos de esa tarde y por la suerte de Chávez.

A ellos se han unido dirigentes del MVR del PPT. Pero la gente ha salido sola y este será uno de los puntos que ambos partidos discutirán en el futuro: por qué no funcionó la política movimental para sacar a la gente a la calle. Si la gente no hubiera salido sola, ¿Carmona se habría asentado en el poder?

Afortunadamente en los barrios existe el convencimiento de que durante cuarenta años estos tipos que hoy se quieren volver a posesionar de la presidencia han sido los causantes del derrumbe del país, y eso nadie está dispuesto a permitirlo.

Así han ido reflexionando y así han ido saliendo a la calle, avanzada la tarde. Hay mujeres, hombres jóvenes, ancianos y niños, llegados en su mayoría de los sectores humildes de Coche y El Valle, que son el área de influencia del Fuerte Tiuna.

Y cuando ha caído la noche, a alguien se le ha ocurrido hacer una vigilia y todos se han provisto de velas. Dos mil velas prendidas frente a la alcabala N° 3 es un espectáculo imperdible para la vista humana, un suceso que no puede pasar desapercibido para nadie. La concentración impresionada a los conductores que pasan por la autopista. Algunos gritan vivas al presidente derrocado, y otros improperios contra los manifestantes. De pronto alguien le avisa a la Policía Metropolitana.

Los policías hacen acto de presencia con sus equipos antimotines y su rabia desbordada y la emprenden contra la gente desarmada y pacífica en la noche sin dolientes. Lanzan bombas lacrimógenas y hacen disparos, disolviendo la concentración. Algunas personas resultan heridas y otras asfixiadas. Hay muchos golpeados y la desesperación se nota en los rostros infantiles que no aciertan a comprender qué está pasando, por qué los tratan de esa manera.

Se dispersan, entonces, pero la agresión de hoy será el combustible para la protesta de mañana, cuando saldrán todos a la calle con bríos denodados y resueltos a dejar sus vidas en el pavimento en su intento formidable por lograr que el pasado no tenga regreso.

TERCER DÍA. EL CONTRAGOLPE

El viento bate con fuerza sobre los hombres que trotan a la orilla del mar. Las gaviotas revolotean y juegan entre sí en el cielo abierto y azul. El sol ha despuntado con bríos haciendo sudar a mares a los infatigables corredores. Las olas mañaneras, haciendo caso omiso del viento, lamen la orilla con desgano. Pero el corazón del hombre que encabeza el ejercicio late con esperanzas porque los fantasmas de la noche anterior se han esfumado.

El día es diferente a la noche. Con la luz del sol desaparecen los demonios. Chávez lo ha comprobado, y esos muchachos, esos jóvenes de la Armada que ahora trotan a su lado, se lo han confirmado, *Tranquilo, presidente, en el momento menos pensado lo ayudamos, no se preocupe, el general Baduel está en armas en Maracay.*

Le han “prestado” una franela y una gorra en el momento en que han emprendido la carrera para ejercitarse, o más bien, en su caso para sacudirse los temores, las dudas, el miedo, en fin, que le asolaba el alma la noche anterior cuando pensaba en sus hijos, su esposa y sus padres.

Al llegar anoche a la Unidad de Operaciones Especiales se le han acercado algunos militares a saludarlo y uno

de ellos le ha dado una silla. Chávez se sienta en medio del patio a contemplar las estrellas, con el alma encogida, y se le sale una frase que los demás escuchan con admiración: “Caramba, ojalá que Dios ilumine a esa gente allá afuera para que no pase nada”.

Uno de ellos, un maestro, le pone atención a la frase y se le acerca para decirle: “No creo que usted tenga tanto odio en su corazón como dicen, presidente, porque, de ser así, no hubiera dicho esa frase”.

Le ofrece su habitación, en lugar del sitio que le están acondicionando, que está destartalado y será imposible mejorarlo. Chávez, de colcha y cobija, coge una escoba y comienza a barrer. «Tranquilos —les dice cuando ellos lo miran, interrogantes—, yo también soy un soldado”.

Después dirá que una de las cosas que ha aprendido en el cautiverio es la necesidad de estar siempre entre soldados para conocer sus angustias, sus anhelos, sus esperanzas.

El sueño recuperado le ha devuelto las energías y ahora, trotando en esa mañana soleada de abril, se convence de que algo va a suceder en las próximas horas.

*

De que “algo” ocurra se encargarán los barrios de pobres, esa gente humilde que se ha arremolinado frente a Miraflores y Fuerte Tiuna desde anoche y que volverán hoy con más fuerza para quedarse. Y junto con ellos, el coronel Jesús Morao Gardona, comandante del Regimiento Guardia de Honor, quien dará el primer paso, seguido después por el resto de la oficialidad apegada a la Constitución.

También lo harán los civiles, en especial el ministro Arístobulo Istúriz y las ministras María Cristina Iglesias, María de Lourdes Urbaneja y Ana Elisa Osorio; y los dirigentes políticos, José Alborno, Rodolfo Sanz, Alfredo Laya, Lelis Páez, Orlando Castillo, Gustavo Hernández, Juan Hernández. Rafael Uzcátegui, Francisco Ameliach, Juan Barreto, Darío Vivas, Lina Ron, Freddy Bernal, William Lara, Vladimir Villegas, Nicolás Maduro, Jesse Chacón, y muchos otros que se suman a la protesta.

Pero todavía mucha agua correrá por debajo del puente, se vivirán situaciones tensas, se producirán nuevos hechos de sangre, asesinatos que se pierden en la confusión de esas horas interminables.

Algunos desadaptados, aprovechando la situación, salen a saquear en varias partes de la ciudad, como Antímamo, Caricuao, Catia y San Martín, y la policía los persigue, arremetiendo fuertemente contra ellos, y en el marmágunum que se forma, tal cual sucedió en el Caracazo del 27 de febrero del 89, mueren algunos saqueadores, pero también muchos inocentes que nada tienen que ver con los hechos porque la policía ataca con todo desahogando el odio con furia criminal. La policía, en esos momentos, es tan peligrosa como el hampa.

La lista oficial contabilizará 41 muertes adicionales a las del 11, en esas horas aciagas en que Caracas se ha convertido en una tierra de nadie. Pues los policías la han emprendido contra todo aquel que ose gritar en demanda del regreso de Chávez. Por eso, el 80% de esos muertos son chavistas. Pero chavistas o no chavistas son seres humanos, venezolanos con padres, madres, hermanos, esposas e hijos, y duelen por igual.

La respuesta no se hace esperar. La gente sale de las barridas, baja de los cerros y prende cauchos en calles y avenidas, forma barricadas y se pone en pie de lucha para hacer frente a la agresión inusitada del nuevo gobierno de viejos políticos, un gobierno “de difuntos y flores”. Las llamas y el humo cubren varias manzanas en segundos. Carmona enfrenta así su primera prueba de fuego, y se va consumiendo en sus propios errores.

A todas éstas pocos saben dónde está el presidente, qué ha sido de él. Unos conjeturan que se encuentra en Fuerte Tiuna; otros, que se le quiere asesinar, y otros que lo han llevado al interior del país para desaparecerlo.

Diez años antes, después del intento de golpe del 4 de febrero de 1992, que Chávez encabezó contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez, había existido la misma duda sobre la integridad física del comandante, y en ese entonces la misma gente que ahora está frente a Miraflores lo había protegido.

Chávez estaba preso en el Cuartel San Carlos, con los demás comandantes que lo acompañaron en su fracasada aventura, cuando se corrió la voz de que se había suicidado.

Por las mentes de los venezolanos de más edad pasó de inmediato la imagen de Fabricio Ojeda —el periodista líder de la Junta de Gobierno que derrocó al dictador Marcos Pérez Jiménez—, quien, preso en ese mismo cuartel a principios de los años sesenta, fue “suicidado” por sus captores, en un caso nunca esclarecido del todo.

De inmediato, en el caso de Chávez, los ciudadanos se movilizaron por iniciativa propia al cuartel a pedir que lo dejaran ver al militar y el periodismo se movilizó para cubrir las incidencias del hecho. Teresita Maniglia era en ese momento Jefa de información de Radio Rumbos y la unidad

móvil de la estación al mando de quien esto escribe pudo llevar a los oyentes el momento mismo en que, para calmar a la exaltada multitud, los cancerberos del régimen mostraban a un Chávez en buen estado de salud.

Ahora, la duda es la misma y la multitud también la misma.

*

En el oeste de la ciudad, en una humilde funeraria de Los Magallanes de Catia, velan a Jorge Tortoza, el fotógrafo que fue a la marcha a cubrir su propia muerte, y algunos de sus colegas se han acercado a manifestarle su solidaridad a los familiares compungidos. Uno de ellos, Omar Meléndez, recuerda lo sucedido como si fuera hoy. “Habían enviado una corona del Bloque De Armas y la gente la hizo añicos. Algunos colegas tuvieron que tapar los logotipos de los medios donde trabajaban por temor a la furia de la gente. Estábamos allí, solidarizándonos, pero la gente del sector estaba en contra de los medios. Recuerdo que allí se encontraban el comandante de los bomberos Rodolfo Briceño, y periodistas como Sandra Guerrero, Efrén Pérez Hernández y Jesús Lacourt y había mucha emoción, mucha tristeza por lo ocurrido”.

A la 1:00 de la tarde, cuando el féretro es sacado para ser llevado a su última morada en el cementerio de El Junquito, los compañeros de Tortoza ven una marejada humana bajando de los barrios empobrecidos alentados por la esperanza de la revolución. De Gramovén, de La Silsa, de El Amparo y de los propios Magallanes, surge gente con franelas y boinas rojas y azules como hormigas, a paso lento, serios, como soldados avanzando hacia una fortaleza enemiga. “Daba miedo

aquello —dice Meléndez—, llevaban algo en las manos que en ese momento no supe qué era pero que supuestamente eran palos y piedras que fue con lo que enfrentaron a los golpistas”.

Daba miedo pero era hermosa aquella multitud uniforme como ejército en formación. La gente revuelta y resuelta que camina con paso seguro a su encuentro con el futuro incierto buscando abrir grandes horizontes. Así son los pueblos guerreros, los que no se doblegan, los que acompañaron a Bolívar a hacer realidad su sueño imposible de libertad.

*

Desde dentro de Miraflores, el recién estrenado jefe de la Casa Militar, el contralmirante Carlos Molina Tamayo, observa con cierto nerviosismo cómo la gente se ha ido concentrando en las afueras y eso no le gusta nada.

Carmona Estanga, en su primer día de presidente, se reúne con ciertas personalidades que lo felicitan, le dan consejos y le piden cargos, entre ellos los embajadores de Estados Unidos y España, que han ido a ver cómo anda el golpe de estado en el que han colaborado con mucho gusto, no faltaba más. Cuando los diplomáticos se marchan, Carmona recibe una llamada del Fuerte Tiuna de donde lo reclaman para que “corrija” ciertos aspectos de sus decretos que han traído “malos entendidos” entre la población.

Acompañado de su séquito, Carmona sale hacia el Fuerte. Nadie sabe que ya ha destituido al general Vásquez Velasco como comandante del Ejército y ha nombrado al general Hugo Peña como sustituto. Peña no sabe que durará

en el cargo menos que Carmona en la presidencia. Los dioses ciegan a quienes quieren perder.

En ese preciso momento en que Carmona va rumbo al Fuerte, en sus instalaciones el general García Carneiro recibe una llamada telefónica. Cuando contesta, una voz conocida le dice:

—Mi general, es el coronel Jesús Morao Gardona, comandante del Regimiento de Guardia de Honor. No reconocemos al gobierno *de facto*, mi general, y llamo para ponerme a sus órdenes. ¡Ordene usted!

García Carneiro escucha con atención y luego dice, con voz de mando:

—¡Proceda a tomar las instalaciones del palacio y retenga a las personas que allí se encuentran! Ah, y coronel: eso sí, garantícele sus derechos constitucionales.

—¡A la orden, mi general!

La primera oleada de respuestas a los golpistas cae sobre la playa de Miraflores a esa hora, las once de la mañana, del trece de abril.

Morao Gardona no espera un segundo y de inmediato procede a cumplir la orden del comandante de la Guarnición de Caracas.

Pero se encuentra con un obstáculo. Sobre Miraflores sobrevuela un helicóptero que hace disparos contra ellos. Morao Gardona vuelve a llamar a García Carneiro.

—¡Nos están disparando desde un helicóptero!

—¡Pues túmbelo, carajo!

—¿Cómo, mi general?

—Como ha oído, coronel: ¡túmbelo!

Morao Gardona cuelga. Sale y le ordena a sus hombres:

—¡Dispárenle al helicóptero! ¡Túmbenlo, carajo!

Los soldados obedecen. Se escuchan las ráfagas de ametralladora. Los del helicóptero, sorprendidos, dudan, pero después se elevan y se pierden en la mañana soleada. *“Por el poco sueldo que a mí me pagan, no iba a dar yo la vida que Dios me diera”*, iba cantando Rubén Blades.

Pero algunos avispados comunicadores sociales amigos de Carmona han alertado a los dirigentes políticos que se encuentran en el despacho de que algo raro está ocurriendo. Y cómo no, si se escuchan disparos y hay movimiento de tropas en el palacio.

Como Carmona ha salido hacia Fuerte Tiuna, los demás también aprietan el paso y, en el momento en que abandonan apresuradamente Miraflores, las cámaras de la televisión captan en ellos sus rostros desencajados, sus expresiones de susto y sus gestos de duda porque no aciertan a comprender lo que está sucediendo. Sólo parecen presentir que una ola gigantesca se les viene encima y deben salir cuanto antes de aquel mar revuelto donde la playa se ha perdido en manos enemigas.

No lo logran todos, sin embargo: algunos incautos son apresados por las fuerzas del Regimiento Guardia de Honor, entre ellos el nuevo procurador Daniel Romero, quien al contrario del día anterior cuando se veía disfrutando del momento, se muestra nervioso y descompuesto, sin entender cómo ha sido posible que aquel paraíso se haya desmoronado ante sus pies cuando apenas empezaba a disfrutarlo.

Los detenidos son llevados de inmediato al Regimiento de la Guardia de Honor para alejarlos lo más posible de la masa enardecida que a las puertas del palacio ya ha comenzado a mover con fuerza las rejas, y a subirse en las paredes y en los automóviles en demanda del pronto regreso

del depuesto presidente, mientras los soldados que custodian el palacio, aunque no hacen gestos, parecen indicarles con la mirada que son solidarios con ellos, porque de ellos dependen los próximos pasos que se darán en esta inédita historia de amor y muerte.

*

En Turiamo, a primera hora de la tarde, Chávez es avisado de que será cambiado otra vez de sitio de reclusión en un helicóptero que llegará dentro de pocos momentos.

El maestro de la Armada Luis Herrera Ramírez ya le ha dicho al cabo Juan Rodríguez, de la Guardia Nacional, que el presidente está detenido en la base. Herrera Ramírez debía estar franco, junto con los otros compañeros de la base, pero en virtud de que es el encargado de los servicios generales y faltan alimentos en las dependencias, decide quedarse para arreglar el problema. No sabe que tendrá un encuentro con la historia, pero lo busca sin proponérselo.

El cabo Rodríguez está encargado de cuidar las casas del IPSFA en Turiamo y ha ido a visitar a sus amigos de la marina para pasar el tiempo ese sábado de aburrimientos. Ignora que ese será el día más emocionante de su vida, pues, al enterarse de que el presidente está allí, insiste en verlo porque tiene una duda atenazándole la garganta.

Esperan entonces el momento en que tienen que llevarle la comida al prisionero y, junto con el mesonero, un andino de apellido Montiel, acuden al dormitorio de Chávez.

Éste, al ver a Montiel, lo toma por un brazo y le dice:

—Hijo, tú si te pareces a mi hijo Huguito; tienes sus facciones, eres como él.

El cabo Rodríguez se le acerca y lo saluda militarmente, cuadrándose con respeto y admiración.

—Perdone, señor presidente, pero en la calle se dice que usted renunció y yo quiero saber si eso es verdad.

Chávez lo mira con simpatía.

—No, no es cierto; no he renunciado.

—Ah, bueno, pero eso no lo sabe la gente, mi comandante, y eso tiene usted que decirlo. ¿Por qué no escribe una nota y yo me encargo de sacarla de aquí?

Herrera Ramírez pasea la mirada por la habitación, en momentos en que el inconfundible sonido de un helicóptero se escucha en la lejanía empujado por el viento. La mirada se posa en una gaveta.

—En esa gaveta, señor presidente, en esa gaveta puede meter la nota.

Pero después piensa que es un escondite muy obvio y que los carceleros del presidente pueden registrarlo todo antes de llevárselo.

Su angustiada mirada recorre una vez más la habitación hasta posarse ahora en una papelera.

—En esa papelera, señor, meta la nota en esa papelera y nosotros nos encargaremos de sacarla.

El ruido del helicóptero se hace más cercano, por lo que deciden salir, dejando a Chávez solo con sus pensamientos. En principio, Chávez no tiene muchas esperanzas de que la idea vaya a tener un final feliz, pero sabe que la peor gestión es la que no se hace, y por eso toma un bolígrafo y un papel en el que ha intentado escribir algunos poemas para matar el tiempo, y escribe la nota.

Apenas tiene tiempo para meterla, boca abajo, debajo del plato del almuerzo, cuando la puerta se abre y aparece

un oficial de la Armada con otros uniformados. Se trata del contralmirante Scetto Romero.

—Debemos llevarlo a La Orchila —le dice el oficial— donde algunos ministros le tienen una oferta.

Chávez se disgusta.

—No pienso ir a ninguna parte. Me han llevado de un lado a otro y ni siquiera es posible que me dejen comer tranquilo. No me han dejado tener contacto con un abogado. Estoy incomunicado, pero les pido que, por favor, me dejen comer tranquilo.

Los militares acceden y salen de la habitación. El momento es aprovechado por Chávez, que saca la nota de debajo del plato y la mete en el fondo de la papelera. Luego la cubre con la basura acumulada en su interior.

Cuando termina de comer, entran otra vez los militares; uno de ellos lleva una cámara de video aficionado con la que graba el siguiente diálogo:

—Los muchachos me han atendido de maravilla desde que llegué. Son unos tremendos soldados, seres humanos que me han dado incluso su conversación. Acabo de trotar un rato y estaba...

—Sí, bueno, me contenta mucho —lo interrumpe Romero.

—Yo le estaba comentando al capitán que salió, Sousa, que hasta ahora no he tenido ningún abogado. Me encomendé a Dios y dije: “Ojalá que un rayo de buen juicio les llegue a los que están tomando decisiones”. Me voy. Dejé mi fusil y mi pistola. No he preguntado. No he hablado ni con mi mamá ni con mi esposa; estoy incomunicado. Pedí un abogado, me dijeron que no. Sólo aquí me vieron toda la noche... Bueno,

llegó el momento en que me digan adónde voy; si no, yo no salgo de aquí.

—Sí, mire, yo estoy comisionado primero para brindarle la custodia, en todo lo posible la seguridad, y las intenciones son llevarlo a La Orchila para su posible posterior traslado al exterior del país, precisamente... Esas son las órdenes que me dieron.

*

El cambio de planes de los golpistas tiene el objetivo de alejar a Chávez de las masas que piden su regreso. La metida de pata de Carmona Estanga al abolir los poderes, los ha hecho reflexionar en cuanto a la petición que les hiciera el presidente de salir del país como una de las condiciones para renunciar.

Es que desde la mañana el Fuerte Tiuna ha sido un hervidero. Los oficiales neutrales piden ver la renuncia de Chávez pero es imposible complacerlos porque la tal renuncia no existe. Tampoco les pueden decir esto. Por eso Carmona ha sido llamado de urgencia. Los generales Vásquez Velasco, González González, Pereira Olivares, y los contralmirantes Héctor Ramírez Pérez y Daniel Comisso Urdaneta, entre otros, analizan la situación surgida a raíz del acto en Miraflores y se dan cuenta del error que el mismo ha supuesto.

Medina Gómez no está en la reunión porque ya se ha enterado de que el cargo que tanto ansiaba, el de comandante del Ejército, le ha sido dado al general Peña. Molesto, ha pasado buscando a Isaac Pérez Recao, misterioso personaje comprometido en el golpe, y ambos se han largado a Estados Unidos, que viene a ser, a partir de este momento, el mejor

lugar para que los golpistas en fuga vean los toros desde la barrera. Bush nunca ha dejado en la estacada a nadie que haya conspirado a su lado.

Ramírez Pérez, nervioso, ya no quiere seguir siendo Ministro de la Defensa. Durante todas esas horas, la gente, afuera, se ha hecho sentir como nunca. Con tubos, palos y piedras tocan las barandas del puente que comunica al Fuerte con El Valle y el escándalo es más grande que el de Tito Puento con sus timbales en un concierto del Radio City Music Hall.

—Ni me imaginaba —les dice a sus compañeros de aventura— que las cosas iban a llegar hasta aquí; puede haber más muertos y no quiero esa responsabilidad.

Vásquez Velasco pasea su mirada dudosa por los rostros de sus dudosos compañeros. Ya sabe que Carmona lo ha relevado del cargo pero no puede echarse para atrás en ese momento ¡Qué vaina! ¡Otra vez el muerto le tocará a él!

Para colmo, los demás oficiales, los ni-ni, no lo dejan respirar y convocan una reunión de urgencia en el Batallón Ayala, donde Vásquez Velasco se da cuenta de que los ánimos están caldeados; sobre todo por la ladilla de García Carneiro que no los deja quietos. Si pudiera detenerlo, lo haría, pero es mejor no echarle más leña al fuego.

Algunos reclaman que se haya atentado contra la institucionalidad en esa forma, pero los oficiales comprometidos con el golpe apelan al mismo discurso de los periodistas y le echan la culpa al comodín: los círculos bolivarianos. Los círculos son los culpables de los crímenes del 11 y ya nos tienen arrechos porque siempre han causado problemas en el país, convirtiéndose en grupos armados que están por encima

de los cuerpos policiales e incluso de las mismas Fuerzas Armadas.

El general García Carneiro, quien se encuentra en la reunión acompañado del general Wilfredo Silva, pide la palabra para decir que la asamblea no ha sido convocada para criticar a los círculos bolivarianos; no a estas alturas en que se debe discutir la forma de devolverle la constitucionalidad al país.

A medida que hablan, los ánimos se van calentando como sol de verano. Hay dos posiciones: los institucionales y los que respaldan a Carmona Estanga, pero entre ambos grupos hay un cordón umbilical: la necesidad de corregir los decretos que han dado al traste con la institucionalidad.

Vásquez Velasco abandona la reunión con el general Antonio José Navarro Chacón, a quien le está ofreciendo el Ministerio de la Defensa, aunque no tiene idea de cómo demonios va a hacer para informarle a la gente lo de este cambio tan brusco sin que se piense que todos ellos no son más que un hatajo de locos.

En eso, García Carneiro se levanta e insta a los otros oficiales a hacerlo regresar a la asamblea, como había ocurrido sopotocientos años antes con Emparan.

—Oficiales, tenientes, capitanes, mayores, comandantes, vamos a buscar al general Vásquez y que venga a hacer frente a la situación, a terminar lo que comenzamos.

Así lo acuerdan. Salen y le piden al general que asuma su responsabilidad, obligándolo a devolverse.

—Vamos a concluir la reunión —le dice García Carneiro—. El país debe regresar a la normalidad y esos decretos deben ser anulados. Usted debe anunciarlo, general, porque usted fue quien cometió el error.

Presionado, Vásquez Velasco accede a modificar los decretos y en ese momento se le ha ocurrido la idea de sacar a Chávez del país. Por eso lo llevarán a La Orchila, donde habrá una avión esperando para cumplir la misión. Los planes sociales del gobierno de Chávez continuarán, pero Carmona seguirá siendo presidente. Corregidos los errores, creen que nada más pasará.

García Carneiro toma el papel con los anuncios que deberá hacer Vásquez Velasco. Le quita el anuncio de que Carmona seguirá en la Presidencia de la República y se lo entrega. “Ahora usted debe hacer estos anuncios públicamente”, le dice.

Hacen pasar a los periodistas, que entran en tropel, pero cuando van a transmitir se encuentran con que ninguno tiene señal para salir en vivo y los oficiales no quieren que el anuncio sea diferido porque lo pueden manipular. Entonces, una periodista de Globovisión logra un enlace con CNN y Vásquez Velasco sale al aire con la noticia que todo el país está esperando, pero, como García Carneiro le ha borrado el anuncio de que Carmona sigue siendo presidente, no lo dice, nervioso y molesto como se encuentra. El anuncio hecho por el general es el siguiente:

...Se apoya al gobierno transitorio si se cumplen las siguientes normas:

- 1.-Establecimiento de una transición con respeto a la Constitución, las leyes de la República y los derechos humanos.
- 2.-Revisión y modificación del decreto del 12 de abril de 2002.
- 3.-Restitución de la Asamblea Nacional.
- 4.-Concertación con las fuerzas vivas de la Nación para restituir un gobierno transitorio garantizado por la pluralidad y representatividad.

5.-Exhortación a la paz y la tranquilidad y que toda acción de gobierno se efectúe con el máximo respeto a los derechos humanos.

6.-Ratifico como Comandante General el Ejército en todos sus cargos a los integrantes del Alto Mando militar del Ejército y sus comandos naturales. La gente que está conmigo seguirá conmigo y yo sólo la transfiero.

7.-Se ratifica el apoyo a las autoridades e instituciones, así como el apego incondicional a la constitucionalidad del componente, hacia los valores y bases fundamentales de la organización, como son: la obediencia, la disciplina y la subordinación.

8.-Respeto a las autoridades locales legalmente electas por el pueblo venezolano: locales, regionales, como son los gobernadores y alcaldes, que en este momento son los representantes en cada estado y en cada municipio del país de una votación popular que hubo aquí en Venezuela.

9.-Continuidad de los beneficios sociales al pueblo venezolano cuyos programas estaban en ejecución. No podemos abandonar al pueblo, los pueblos venezolanos, los de más necesidad, debemos seguir con atención los mismos programas que se venían suscitando en el país.

10.-Exigimos la construcción de una sociedad sin exclusiones donde toda demanda e inconformidad se manifieste de forma pacífica, sin armas, con el pleno ejercicio de la libertad dentro del Estado de Derecho que corresponde a una sociedad democrática. Queremos mantener la democracia, amamos la democracia y queremos seguir en democracia.

11.-Garantizamos el respeto, el trato y el respeto al teniente coronel Hugo Chávez Frías y solicitamos la petición de su salida del país en forma inmediata.

12.- Las Fuerzas Armadas Nacionales garantizamos la seguridad de todo el pueblo venezolano. Asimismo, exigimos que se restituyan todos los poderes públicos generalmente constituidos en este país, como son el Tribunal Supremo de Justicia, el Ministerio Público, todos los que están en vigencia.

Como les digo, esto no fue un golpe de Estado, nosotros respetamos la constitución, queremos y respetamos un gobierno transitorio que respete del derecho a todo lo que hemos tenido. El problema que se suscitó en Venezuela fue un problema de

pérdidas humanas donde el gobierno central perdió el control y autoridad en un momento determinado.

El pronunciamiento tiene varias lecturas; a saber, ratifica al general Vásquez Velasco como el hombre fuerte del golpe, la Fuerza Armada Nacional recoge banderas en cuanto a los programas de Chávez, por considerar que conculcarlos lanzará a las bases contra ellos, pero subestima a Chávez al pedir su extrañamiento del país. De lejos se ve que los oficiales no tienen idea del liderazgo del presidente en los sectores más desposeídos de la población. Creen que con medidas que son paños calientes la gente aceptará a Carmona Estanga o a cualquier otro como “presidente de transición”. Ignoran que los ciudadanos en la calle sólo están pidiendo una cosa: el regreso del presidente legítimo.

Después de este pronunciamiento, los oficiales deciden hacer una segunda declaración, en la cual anunciarán el nombre del nuevo Ministro de la Defensa, el general Navarro Chacón, y mantendrán como presidente a Carmona Estanga. Aunque, cuando es evidente que sus acciones estaban bajando vertiginosamente, Vásquez Velasco llamará dos veces a José Vicente Rangel para proponerle que el presidente de la transición sea el presidente del Tribunal Supremo, Iván Rincón.

—Es inútil, general —le dice Rangel—, Rincón no aceptará. Lo que usted tiene que hacer es restituir al presidente Chávez en el cargo.

La subestimación del liderazgo chavista les costará caro, porque significará su perdición en las próximas horas. Pues el ánimo de la gente, afuera, se prepara para la lucha con más ahinco cuando empiezan a llegar informaciones

contradictorias en torno a la salud de Chávez. En unas se dice que está enfermo, en otras que ha muerto.

*

Ajeno a lo que sucede en Caracas y en otras regiones del país, Chávez sube al helicóptero de la Armada que lo llevará a La Orchila. De allí intentarán sacarlo del país, pero antes los complotados van a hacer un último intento por lograr la tan anhelada renuncia presidencial. Para ello contarán con la anuencia del cardenal Ignacio Velasco.

Cuando el helicóptero parte, el maestro Herrera Ramírez y el cabo Juan Rodríguez le ordenan a Montiel que vaya a recoger la papelera. Éste lo hace y juntos los tres la llevan al baño, donde vierten el contenido y descubren la nota del presidente.

La nota de puño y letra de Chávez, con su inconfundible firma, dice:

Turiamo, 13 de abril de 2002
A las 14:45 hrs.

Al pueblo venezolano
(y a quien pueda interesar)

Yo, Hugo Chávez Frías, Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, declaro:

No he renunciado al poder legítimo que el pueblo me dio.

¡¡Para siempre!!

Hugo Chávez Frías.

Cumplida la primera fase de la misión, les toca a ellos ingeniárselas para sacar la nota de la base, lo cual se les presenta cuesta arriba porque hay órdenes de no dejar salir a nadie.

—¡Las bombonas! —dice Herrera Ramírez—. Vamos a decir que necesitamos llenarlas porque no hay gas.

La idea, por genial, pasa desapercibida para los oficiales de la base, que no quieren arriesgarse a quedar sin alimentación. Así que no ponen ninguna objeción cuando el cabo Rodríguez, en el colmo de la amabilidad, se ofrece para cumplir la orden.

Suben entonces las bombonas a la parte trasera de un camión y Rodríguez abandona a toda velocidad la base, seguido de las miradas de aprobación de los oficiales que no dudan en reconocer un buen soldado cuando lo ven.

*

El general García Carneiro, motivado por los gritos cada vez más insistentes de la gente que se encuentra en la Alcabala N° 3 de Fuerte Tiuna en demanda de noticias sobre el paradero de Chávez, se les acerca en un jeep militar, acompañado de sus asesores.

La gente, que la noche anterior ha sido agredida por la Policía Metropolitana, ha regresado a la luz del día con nuevos bríos. Al verlo, lo aplauden en medio de una gritería en la cual piden ver al presidente y, por vida de Dios, hasta que eso no ocurra no se moverán de allí. García Carneiro sube a un tanque Dragón 300 y, utilizando un megáfono, se dirige a ellos.

—Pueblo de Caracas, lo que se ha producido en el país es un golpe de estado. El ejército venezolano, forjador de libertades, está abocado a restituir el orden constitucional. Ya se están dando pasos en ese sentido, ya se han anulado los decretos de Carmona, pero los oficiales golpistas se niegan a deponerlo para restituir al presidente Hugo Chávez Frías. Por eso les pedimos paciencia. ¡No reconoceremos al gobierno del señor Carmona Estanga, porque es un gobierno de facto!

La muchedumbre aplaude a rabiar, coreando el nombre del presidente.

—¡¡Chávez, Chávez. Chávez!!

*

Los dirigentes del PPT y los ministros reunidos en la casa de Aristóbulo Istúriz reciben una llamada del Regimiento Guardia de Honor de la Presidencia de la República. Es el general Morao Gardona en persona, quien los insta a acudir de inmediato a Miraflores, porque éste ha sido tomado por los soldados leales al presidente.

No lo piensan dos veces. En varios automóviles se dirigen a palacio y, sin salir de ellos, se mezclan entre la multitud. Cuando las personas los reconocen, rodean el vehículo donde van el ministro Istúriz y las ministras Iglesias, Urbaneja y Osorio, que no se han despegado del “negro”, y la alegría que les demuestran es tal que llega un momento en que todos ellos temen por sus vidas, debido a la manera como mueven el carro, eufóricos ante la llegada de sus líderes.

Al final, logran salir. Suben a la camioneta de Alfredo Laya y saludan a la gente, que los aplaude conmovida. Desde arriba, la marea humana, que se extiende varias cuadras de

la avenida, es hermosa con sus boinas rojas y azules, sus ojos mojados por lágrimas de indignación y sus gestos de hombres y mujeres indomables en defensa de sus derechos constitucionales.

—¡¡Queremos a Chávez!! ¡¡Queremos a Chávez! —
claman decenas de miles de voces.

Apenas, entre la multitud, los dirigentes chavistas pueden dar declaraciones a periodistas extranjeros que están cubriendo los sucesos, contrario a lo que sucede con las televisoras caraqueñas que durante todo el día no han hecho más que transmitir películas y comiquitas de Tom y Jerry, para censurar al pueblo.

Después de hablar con los corresponsales, los dirigentes se dan cuenta de la imposibilidad de entrar por la puerta principal de Miraflores, porque el acceso ha sido cerrado para evitar que la multitud penetre al palacio, ya que la presión a veces se hace insorportable y algunos militares temen que haya un descontrol de la masa, en cuyo caso cualquier cosa podría suceder.

Morao Gardona les ha dicho que deben entrar por el Palacio Blanco, situado el frente de Miraflores y así lo hacen. Allí aparece el ministro de la Defensa, José Vicente Rangel, de quien algunos medios ya habían dicho que se había ido huyendo al exterior. Pero Rangel no sólo ha estado organizando a la gente, sino que ha sido uno de los primeros en llegar al palacio para darle fuerza a la reconquista de este territorio, que es fundamental para demostrar que el gobierno está en funciones, aunque se desconozca el paradero del presidente Chávez.

Llegan también Juan Barreto y William Lara. Carlos Azpúrua hace tomas con una cámara profesional. Como

director de cine sabe que tiene entre manos un gran historia que algún día será una película, la historia de la cual los pueblos se sienten orgullosos; la historia que le enseña el orgullo a otros pueblos.

Detrás de ellos van algunos periodistas. Al verlos, los soldados apostados en la entrada del túnel que comunica los dos palacios les abren las puertas. Pero los instan a agacharse cuando salgan a descubierto, advirtiéndoles sobre la posibilidad de que haya francotiradores.

Aristóbulo y Albornoz entran juntos y al instante se percatan de la presencia de la gente que acompañaba a Carmona durante su estadía en el palacio, quienes permanecen detenidos en el regimiento de Guardia de Honor. Cabizbajo, Daniel Romero es una caricatura del hombre envalentonado que leía los decretos el día anterior.

Aún cuando Miraflores ha sido recuperado, los dirigentes chavistas ignoran lo que sucede en otras partes del país, por lo que van preparados para hacer frente a cualquier contingencia.

—Negro —le dice Albornoz a Aristóbulo cuando atraviesan el túnel—, aquí ganamos o salimos en bolsas negras. No hay término medio.

Detrás de ellos, Ismael García asiente con seriedad.

*

Poco después de que el Regimiento de Guardia de Honor tomara el palacio de Miraflores, uno de los teléfonos del despacho presidencial comienza a sonar insistentemente. Lo levanta un teniente.

—Páseme al presidente Carmona—dice, imperativa, la voz; una voz harto conocida por los venezolanos.

—¿Quién habla?

—Es el presidente Pérez, páseme al presidente Carmona.

—¿Presidente Pérez? ¿Presidente Carmona?

—Mire, hay informaciones aquí en Miami de que existe un contragolpe allí. ¿Puede decirme qué está pasando?

—Bueno, que hemos retomado el palacio.

Se oye entonces un lamento y Carlos Andrés Pérez dice:

—¡Ah, carajo! Fue lo primero que le dije a Carmona: que cambiara la Casa Militar y no me hizo caso —y cuelga, molesto.

*

Hay un momento, a partir de las primeras horas de la tarde del día 13 de abril en que el país está sumido en el limbo. Nadie da respuestas concretas acerca de lo que está pasando, porque ninguno de los dos bandos tiene asegurado el gobierno.

Si bien es cierto que los chavistas logran entrar a Miraflores, no es menos cierto que Fuerte Tiuna todavía permanece en manos de los golpistas que también tienen a Chávez en su poder. Ante la situación, no hay quien pueda cantar victoria y en consecuencia nadie se atreve a dar órdenes. No hay un presidente constitucional y el presidente *de facto*, más nervioso que prisionero iraquí, increpado por buena parte del país y un sector militar que pide explicaciones, se ha enconchado en el fuerte a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

Ante este panorama, los militares indecisos, aquellos que no han tomado parte en el golpe pero que tampoco están con el presidente Chávez, esperan a ver cuál de los dos bandos se queda con el poder para “cuadrarse”, como popularmente se le dice a las guabinas que bailan al son que toque la orquesta gubernamental.

Carmona Estanga dirá ante los investigadores: “Al día siguiente rectificué y pedí entonces a la Asamblea Nacional que sesionara y asumiera el papel fundamental que le corresponde para evitar situaciones que pudieran generar antagonismos, discrepancias, problemas al interior de la sociedad venezolana... Adopté una línea muy ligada al desmonte de la fractura y la conveniencia de la relegitimación de poderes que hoy todavía está en el debate político de la nación, pero tuve el valor de reconocer y de recapacitar sobre la conveniencia de que la Asamblea actuara...”

Por supuesto, Carmona se cuida de decir que fue la decidida actuación de los venezolanos comprometidos con el proceso y de los militares institucionalistas lo que lo obligó a cambiar en ese momento.

La nulidad de los decretos son un bálsamo en la población preocupada por la posibilidad de una dictadura, pero el hecho de que Carmona siga siendo presidente ya no le gusta a nadie: ni a sus partidarios y mucho menos a los chavistas, que ya no se irán a sus casas hasta que el presidente constitucional regrese a su cargo.

En todas partes ya se conoce la retoma de Miraflores por los aliados del mandatario.

El coronel Morao Gardona:

Aproximadamente a las 11 horas de la mañana se dio inicio a la toma contundente de las instalaciones presidenciales. Una vez

consolidada la toma del palacio se procedió a concentrar a todo el personal civil comprometido con el gobierno *de facto*, siendo trasladados al Salón Ayacucho y posteriormente a los sótanos del Regimiento de la Guardia de Honor, a través de los túneles, con la finalidad de proteger y resguardar su integridad física.

...Empecé a hacer contacto vía telefónica con las guarniciones de Maracay, el general de división Benito Verde Graterol y el general de brigada Raúl Isaías Baduel, con la guarnición del Distrito Capital y estado Miranda, general Jorge Luis García Carneiro, y otras, las cuales de manera progresiva fueron apoyándonos con una respuesta positiva...

De igual forma se plegaron a la causa de restitución del hilo constitucional algunos de los representantes de los poderes legalmente constituidos y miembros de la sociedad del país, entre los cuales puedo mencionar al ciudadano Ministro de la Defensa, Ministro de Educación, Cultura y Deportes, Ministra del Trabajo, Ministra de la Salud, diputado William Lara, Alcalde Freddy Bernal y Alcalde José Vicente Rangel Ávalos, entre otros...

Paulatinamente vimos con asombro cómo comenzaron concentraciones procedentes de todas partes de la ciudad, pidiendo el regreso del señor Presidente de la República al Palacio de Miraflores.

Algunas personalidades de partidos políticos vinculados al gobierno *de facto* y el propio presidente transitorio, Pedro Carmona Estanga, logran huir de palacio, dirigiéndose este último a Fuerte Tiuna.

*

En La Placera de Maracay hay revuelo. Baduel ha convocado a la reserva a incorporarse en defensa de la democracia y una multitud se ha presentado ante la 42ª Brigada de Paracaidistas. Como no tiene suficiente logística para tanta gente, acude a la ayuda de los gobiernos regionales comprometidos en el proceso, en especial el de Guárico.

Eduardo Manuitt, atrincherado en la gobernación para impedir que los adecos, los copeyanos y los miembros de Bandera Roja la tomen, logra, sin embargo, prestarle el apoyo necesario. El apoyo es logístico, más que todo, y consiste en provisiones de alimentos y agua para las miles de personas que han acudido al llamado de Baduel. Manuitt también prestará ese apoyo al general Luis Felipe Acosta Carlez.

La Brigada está rodeada por una multitud de maracayeros que piden informaciones en torno a lo que esá sucediendo, pero es poco lo que Baduel en esas circunstancias les puede decir. Sí ha sabido, y lo ha comunicado a la masa expectante, que el coronel Morao Gardona ha tomado el Palacio de Miraflores y la gente aplaude a rabiar, presintiendo que el final del golpe está cerca.

Avanzada la tarde, llega la noticia tan esperada por todos los chavistas. La traen un tímido cabo de la Guardia Nacional y una mujer de humildes rasgos. Cuando los hacen pasar ante el general Baduel, el cabo se cuadra ante él con respeto y le entrega un papelito cuidadosamente doblado.

Después de salir de la base de Turiamo, el cabo Rodríguez no se ha detenido hasta llegar a su casa de Maracay. Sabe de la importancia de la misión que tiene entre manos y cuando le muestra la nota del presidente a su esposa, ambos resuelven ir directamente a la Brigada de Paracaidistas. Pero antes le sacan copias. El original lo tiene él enmarcado en su residencia. Es el souvenir que le salvó la vida a Chávez.

Baduel lee la nota y en seguida reconoce la firma del presidente. Entonces sus ojos brillan de alegría. Las cosas van saliendo mejor de lo que ha supuesto. Le agradece el gesto al cabo y sale al balcón de la brigada donde muestra a la

gente la nota y la lee usando un megáfono. La gente grita de alegría, Chávez no ha renunciado. La nota es un analgésico para los pesares y las angustias de las horas precedentes.

Baduel vuelve al interior de la Brigada y se comunica de inmediato con el palacio de Miraflores, alertando sobre la nota. El ministro Rangel lo insta a pasarla por fax. Así lo hace Baduel.

En Miraflores, la nota es la llama que enciende el polvorín.

Todos la leen con alegría. Algunos aplauden.

Le sacan copias. Decenas, cientos de copias...

Salen a las puertas del palacio.

Aristóbulo levanta la mano con un fajo de copias.

—¡Aquí está la prueba de que el presidente Chávez no ha renunciado!

Y las arroja a la multitud. Las hojas describen un círculo sobre las cabezas y caen sobre sobre la gente como una bandada inmensa de palomas anunciando la paz.

Los manifestantes se lanzan en pos de ellas, se empujan unos a otros, cada uno con la idea de tener el trofeo de lo que ya se avizora como uno de los sucesos más resaltantes de la historia contemporánea.

Cogen las páginas, las leen, las levantan, cantan, bailan, lloran. El alma les ha vuelto al cuerpo.

—¡Chávez no renunció. Chávez no renunció!

—¡¡VIVA CHÁVEZ!!

—¡¡Queremos a Chávez!!

—¡¡CHÁVEZ, CHÁVEZ, CHÁVEZ...!!

En el colmo del paroxismo.

Pero no todo está dicho todavía. Chávez va siendo trasladado a la isla de La Orchila con intenciones de sacarlo del país en el avión con siglas estadounidenses que ha aterrizado en la mañana con la aquiescencia de los golpistas y que pertenece al empresario paraguayo Víctor Gil, dueño del total Bank según se reportará después.

La Orchila fue lugar de bacanales en la época de Pérez Jiménez y de reuniones importantes, cuando Carlos Andrés Pérez jugaba a ser izquierdista, en su primer gobierno (1974-1979).

Cuenta con un puesto de la Armada venezolana, pero, además, hay una ranchería de pescadores afortunados de vivir en medio de una de las bellezas naturales más impresionantes del Caribe. Su agua es verde como la primavera y caliente como el país al que le sirve. En sus playas, sus manglares y sus árboles está, como huella indeleble, la firma de Dios. Es una isla hecha para el amor, como todas las cosas de sublime belleza y paradisiaco encanto.

Se dice que Pérez Jiménez, en sus correrías de semental inexhausto, perseguía en moto por sus orillas a hermosas modelos a quienes, después de alcanzarlas, echaba sobre *la blanca arena que lame el mar*, que de tan fina parece un colchón natural; y ellas, entregándose sin remilgos, lo dejaban hacer por aquello de que el poder abre las puertas y las piernas por igual.

Dos décadas más tarde, Carlos Andrés Pérez realizaba allí sus entrevistas furtivas con Fidel Castro y Omar Torrijos, el general panameño antecesor de Chávez en la defensa de los pueblos oprimidos y en la denuncia del imperialismo norteamericano.

Después de denunciar que el canal de Panamá en manos estadounidenses era un puñal clavado en el corazón de América Latina, a finales de los años '70, Torrijos logró firmar con el entonces presidente Jimmy Carter el tratado que le devolvería el canal a su país en 1999, como efectivamente sucedió.

En aquellos tiempos, Pérez coqueteaba con la izquierda para quitarse el sambenito de troglodita con que lo habían bautizado los guerrilleros de los años '60, e incluso ayudó a los sandinistas en su lucha contra la dictadura de Anastasio Somoza, tercero de la dinastía sangrienta de Nicaragua.

Con el tiempo, Torrijos no viviría para ver convertido en realidad su sueño más anhelado, pues moriría en un extraño accidente de aviación, el cual, para muchos izquierdistas latinoamericanos, tenía impreso el sello inocultable de la CIA; y Pérez se puteó de la mano de sus amantes y sus compañeros de partido hasta convertirse en un dirigente prófugo de la justicia venezolana, después de estar detenido y haber sido enjuiciado por sus malas mañas en el poder. Fidel se quedó solo en su prédica revolucionaria hasta que en 1999 Chávez accedió al poder.

Ahora, ese 13 de abril, otra vez el legendario guerrillero cubano está punto de perder a otro revolucionario aliado en manos de sus archienemigos de Estados Unidos que, como la plaga, ha pretendido arrasarse con todo vestigio de izquierdismo en la región. Porque la idea de los golpistas es sacar a Chávez hacia Puerto Rico, Estado asociado de la Unión, el estado 51 como lo llaman, y una vez allí no hay que ser el Oráculo de Delfos para imaginarse lo que ocurrirá con el presidente venezolano.

Chávez, en el helicóptero que lo lleva a la isla, se debate en sentimientos encontrados. Por un lado, los jóvenes de la base de Turiamo le han insuflado esperanzas, pero por el otro piensa que el golpe de estado, en tanto que orquestado con la anuencia de Estados Unidos, se afianzará y acabará con las conquistas que su gobierno ha hecho desde el punto de vista político. Y entonces se hace la promesa de que si se le da oportunidad de volver, cambiará algunas cosas para estar más compenetrado con la gente, pero, sobre todo, con esos soldados que en todos los rincones de Venezuela han estado pendientes del proceso revolucionario.

El helicóptero aterriza en La Orchila y Chávez vuelve a la realidad: está preso y a punto de ser desterrado.

*

Esa tarde hay movilizaciones de oficiales importantes en tierra firme, especialmente en La Placera y en el Fuerte Tiuna.

Los militares leales al presidente Chávez se reúnen, trazan estrategias y recomponen fuerzas. Las próximas horas serán decisivas y ellos lo saben.

Dos generales han estado en permanente contacto en esas horas vitales para la democracia: Jorge García Carneiro y Julio García Montoya. Cada cierto tiempo se comunican monitoreando la situación. Hasta que llega la información de que el presidente ha sido llevado a La Orchila y será sacado del país en las próximas horas.

Entonces comienza la carrera contra el tiempo. Después de dirigirse a la multitud concentrada en las afueras del Fuerte, el general García Carneiro viene con más bríos

porque se ha dado la integración cívico-militar necesaria para actuar. La gente está pidiendo el regreso del presidente constitucional y él va a hacer lo que debe para que eso se haga realidad. Y si tiene que llegar al extremo de abrir las puertas del Fuerte para que el pueblo pase y se enfrente a los golpistas, lo hará. No dudará un instante en eso. El pueblo tiene derecho a pelear por su futuro.

Primero ensaya un golpe de audacia. Nombra como sus voceros a los generales Martínez Mendoza y Chaparro Espinoza para conversar con los golpistas y anunciarles que las unidades del Fuerte están bajo control de los soldados leales al presidente.

“Yo —dice— los mandé a ellos a negociar; les dije: vayan a negociar, díganles que, por favor, desistan y que obliguen al señor Carmona a renunciar, porque en el Fuerte Tiuna los comandantes están conmigo, y el pueblo, las trescientas mil personas que están aquí, están pidiendo que se presente el presidente Chávez...”

Pero la gestión es infructuosa. Los generales y almirantes comprometidos en la ruptura del hilo constitucional se mantienen en su absurda posición: el presidente es Carmona Estanga y son ellos quienes tienen el control de la situación.

En medio de sus propias contradicciones, los rebeldes ignoran lo que está sucediendo en Miraflores. Se lo dicen los periodistas. Ya entrada la noche, un corresponsal de la cadena Caracol de Colombia, que está en el despacho presidencial con los chavistas, le dice por teléfono a uno de los generales golpistas, que está en Fuerte Tiuna, que los ministros de Chávez y los dirigentes de sus partidos han retomado el palacio. El general, que parece estar en otra galaxia, no lo cree.

—Mire, nomás, yo estoy en el despacho presidencial, general —le dice el periodista—. Conmigo está el ministro Aristóbulo Istúriz. ¿Quiere que le describa el despacho? Pues, hay un cuadro del Libertador Simón Bolívar... —Y le describe pormenorizadamente lo que está viendo—. Y el ministro está sentado en la silla presidencial, no sé si me cree, oras.

De CNN entrevistan a Carmona Estanga, y el periodista le dice lo mismo: que Miraflores ha sido retomado por los chavistas. Carmona dice que ha rectificado, que los decretos han sido anulados y que se somete a la constitucionalidad en su condición de presidente comprometido con la democracia.

¡Qué presidente ni que ocho cuartos! Ni su abogado defensor es capaz de apostar un céntimo por él. Poco a poco se ha ido quedando solo.

Al destituir a Vásquez Velasco, éste también se ha molestado, pero, después de autoconfirmarse como Comandante, se da cuenta de que, metido en el problema hasta la cabeza, es poco lo que puede hacer. Devolverse sería admitir que todo ha sido un error. Así que continúa adelante, en medio de las protestas de la oficialidad chavista. Lo acompañan Manuel Rosendo, Comisso Urdaneta, Pereira Olivares, Ovidio Poggioli y Ramírez Pérez, quien, como ciertas reinas de la televisión, sólo ha sido ministro por un día. Pero el golpe es un moribundo a cuyo corazón los médicos le están dando los últimos masajes para intentar devolverlo a la vida.

En la calle sólo están los chavistas. La llamada sociedad civil involucrada en la gigantesca marcha de dos días antes, permanece en sus casas sin atinar a creer que aquella partida de locos haya echado por tierra la única posibilidad que han tenido de sacar a su acérrimo enemigo, y todo por

sus errores, por esa insólita idea de abolir los poderes públicos y perseguir a los chavistas como si estuviéramos en una dictadura.

*

En el quinto piso donde están los golpistas, repica el celular del contralmirante Héctor Ramírez Pérez, y cuando éste lo contesta escucha una voz de acento enérgico que le dice:

—Almirante, es el general García Montoya. ¡Lo llamo para exigirle la inmediata entrega del señor Presidente de la República!

Ramírez Pérez, atontado por los nervios, pega un respingo y, sin decir palabra, le pasa el teléfono al general Manuel Rosendo, quien se identifica. Escucha entonces la petición:

—Es el general García Montoya. ¡Llamo para pedir el inmediato regreso del señor Presidente...!

Rosendo, que no es precisamente un émulo de Alejandro Magno, siente que el teléfono le quema las manos y se lo entrega al general Vásquez Velasco sin decir nada; éste con la duda en la mirada se lo lleva al oído. Ante la exigencia de García Montoya, da una respuesta ambigua.

—¡Le exijo, general, que respete la integridad física del presidente! Entréguelo, no cometa el grave error de sacarlo del país. ¡Si eso sucede, usted correrá con las consecuencias!

García Montoya cuelga el teléfono pensando: En ese grupo nadie tiene bolas.

Cuando los coroneles Martínez Mendoza y Chaparro Espinoza le comunican al general García Carneiro que los rebeldes no aceptan entregarse, el oficial les ordena a los generales Vietri Vietri y Arrieta Virla y a los coroneles Montilla Pantoja y Granadillo Perozo que se reúnan con los profesionales del Batallón Caracas, que se han mantenido leales a la constitucionalidad, y coordinen la toma del quinto piso de la Comandancia General del Ejército.

—¡Detengan a los oficiales y manténganlos bajo custodia en la Inspectoría General, garantizándoles todos sus derechos!

Así lo hacen. A las ocho de la noche, los soldados del Batallón Caracas y los oficiales toman el quinto piso y entran a la comandancia donde rinden a los golpistas sin disparar un tiro. No es necesario; la retoma de Miraflores por los chavistas y la llamada de García Montoya los ha desmoralizado de tal manera que ni fuerzas tienen para oponerse. Todo el tinglado se ha caído. La aventura golpista sin sentido ha tenido el final que cualquier persona cuerda hubiera previsto desde un primer momento. Venezuela no es un país cuyos ciudadanos, independientemente de su forma de pensar, estén dispuestos a someterse a los designios de una dictadura por muy disfrazada de democrática que parezca.

En eso ha tenido mucho que ver Chávez. Chávez le ha metido la Constitución en el corazón a todos los ciudadanos: a los chavistas, que salieron a repeler la agresión de que eran objeto, y a los opositores, que no salieron a defender un gobierno que estaba conculcando los derechos establecidos en la Carta Magna.

Entre los detenidos se encuentran el general Hugo Peña, los contralmirantes Molina Tamayo, Ramírez Pérez y Comisso Urdaneta, los generales Ruiz Guzmán, Pereira Olivares, Chacón Quintana, Fuenmayor León, Alfonso Martínez, Manuel Rosendo, Navarro Chacón y el coronel Pérez Villalobos, quienes han escrito en tres días apenas una triste página en la historia de un país preñado de luchas por la libertad. Pues no sólo han atentado contra la institucionalidad sino que han permitido la injerencia de oficiales estadounidenses en asuntos que sólo conciernen a los venezolanos.

Cuando los generales que encabezan el operativo preguntan por Carmona Estanga, les dicen que se encuentra descansando en la habitación del comandante general, la cual está cerrada por dentro. Uno de los oficiales del batallón logra entrar por otra puerta y detiene al empresario, quien se entrega, nervioso, sin oponer resistencia.

—Usted está detenido —le dice el joven oficial.

—¿Por qué delito? —pregunta Carmona.

—Porque usted violó la Constitución de la República.

García Carneiro se ha trasladado adonde la multitud espera noticias, fiel a su idea de abrir las puertas para cercar a los golpistas, en caso de que éstos hicieran frente a las fuerzas leales al presidente. En eso recibe una llamada. Es Vietri Vietri.

—Mi general, misión cumplida: tenemos a Carmona listo pra renunciar.

García Carneiro, emocionado, coge el megáfono y le da la información a los ciudadanos.

—Pueblo de Caracas. ¡Los golpistas han sido detenidos, el señor Carmona ha renunciado!

La alegría es inmensa, los chavistas se felicitan, abrazándose como en fiesta de Año Nuevo. No es para menos, en 24 horas han echado abajo todo un movimiento golpista preparado con meses de antelación. El pueblo sabio y paciente, el hombre viejo y el sueño joven, han dejado de ser pendejos y por eso la esperanza de antes ahora se ha convertido en verdad, una verdad inocultable. Allí Primera lo vuelve a recordar esa noche en sus canciones de siempre cuando el pueblo, loco de contento con su cargamento, se apura a montar la fiesta por el retomo de la democracia que creía perdida en manos enemigas.

*

Informado de la detención de los golpistas por García Carneiro, el Ministro de la Defensa, José Vicente Rangel, se presenta en Fuerte Tiuna.

Cuando va llegando, junto con su hijo, el alcalde Rangel Avalos, observa cómo el general Guaicaipuro Lameda sale huyendo.

—Las ratas —comenta, reflexivo—abandonando el barco...

El ministro es recibido por el general José Gregorio Montilla Pantoja, quien le comunica que dentro de la oficina está Carmona Estanga.

Rangel, furioso, increpa con fuerza a Carmona.

—¡Carajo, usted es el culpable de toda esta vaina que ha pasado!

Pero Carmona parece estar en otro mundo. Caído como ha sido su castillo de Emperador por un día, no acierta a responder a los impulsos y se muestra confundido.

Después el ministro se enfrenta a los otros golpistas, que, rendidos, sumisos y nerviosos, esconden sus miradas como si con eso pudieran evadir la realidad que se les viene encima, aplastándolos. Rangel les grita. Manuel Rosendo, el más nervioso de todos, no encuentra donde poner las manos, que le tiemblan, y en ese momento el general Lucas Rincón, molesto por la conducta de quien se supone es un general del Ejército, le grita:

—¡Carajo, tómate un café a ver si te calmas!

*

Aún falta, sin embargo, salvar el escollo principal. Informados como están de que los golpistas pretenden sacar al presidente del país, el grupo de oficiales que se encuentra en La Placera debe tomar medidas de última hora.

Ya García Carneiro ha llamado al general García Montoya.

—Mi general, hemos tomado Fuerte Tiuna. Los golpistas están detenidos, Carmona renunció.

La noticia riega la alegría entre los militares y, transmitida al pueblo en la calle, propaga la esperanza del regreso de Chávez al poder esa misma noche.

Reunidos los oficiales, se pone en práctica de inmediato la “Operación Restitución de la Dignidad Nacional”, acuerdo logrado por un grupo de oficiales reunidos esa tarde en Maracay, que entre todos tienen 20 mil hombres en armas. Ellos son:

El general de división (Ej.) Julio José García Montoya, director de la secretaría del Consejo Nacional de Seguridad y Defensa, comandante de la Operación.

El general de División (Ej.) Nelson Benito Verde Graterol, comandante de la IV División Blindada y Guarnición de Maracay-Aragua.

El general de división (Av.) Luis Acevedo Quintero, Inspector General de la Aviación.

El general de brigada (Ej.) Raúl Isaías Baduel, comandante de la 42 Brigada de Infantería Paracaidista.

El general de brigada (Ej.) Alí Uzcátegui Duque, director de la Escuela Básica de la Fuerza Armada Nacional.

El contralmirante (ARBV) Orlando Maniglia Ferreira, comandante de la Escudería de la Armada.

Y el general de brigada (Av.) Pedro Torres Finol, comandante de Operaciones Aéreas de la Aviación.

El documento por ellos aprobado es el siguiente:

Nosotros, los soldados ciudadanos de las FAN, evocando el Título VIII “De la protección a la Constitución”, artículo 333, cuyas ejecutorias se enmarcan en el estricto apego a la Carta Fundamental y las leyes de la República Bolivariana de Venezuela **CATEGÓRICAMENTE DESCONOCEMOS** la Junta de facto que **USURPÓ** el poder legal y legítimamente constituido de Venezuela.

... Informamos a la opinión pública nacional y a la comunidad internacional que somos respetuosos del texto y de los principios consagrados en todos los convenios y tratados internacionales suscritos por la Nación y atendemos especialmente al Título VII “De la Seguridad de la Nación y leyes vigentes”...

... Actuamos en cumplimiento de nuestro deber, de nuestra honra y conciencia como ciudadanos militares. Así, pues, como militares venezolanos, nosotros juramos defender la Constitución y las leyes, y en atención a esa palabra empeñada nunca respaldaremos un gobierno dictatorial, de facto, puesto ilegal e ilegítimamente en función de unos intereses parciales violando la voluntad popular. No somos fieles a personas sino a principios y es por esto que asumimos esta posición...

... En virtud de resguardar el orden, la integridad, y la paz física y moral que tanto deseamos todos, tanto venezolanos como la comunidad internacional, exigimos:

... 1.- Que cese inmediatamente la matanza que efectúan especialmente las policías Metropolitana, Chacao y demás grupos que están siendo cruel e ilegalmente utilizados...

... 2.- Que la verdadera sociedad civil conserve toda la calma, la buena conducta cívica y se tranquilice, pues presuntamente tendremos una salida honrosa para todos...

... 3.- Que tengamos acceso a los medios masivos de información, ya que en estos momentos éstos no están cumpliendo su función de máximos defensores del derecho a la información veraz, y así salvar vidas de compatriotas que están siendo asesinados en las calles. Cumplan, pues, con el máximo interés de cualquier ser humano decente. Ya que por su complacencia muere gente inocente y eso pesará sobre sus conciencias...

... 4.- Que se recupere el hilo constitucional que ofrece suficientes mecanismos para resolver esta situación...

... 5.- Que se convoque el referéndum consultivo previsto en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela para medir la verdadera voluntad venezolana...

... 6.- Que cesen el terrorismo, los actos vandálicos y las humillaciones contra compatriotas que actualmente se están violando sus derechos en una siniestra lista negra...

... 8.- Que renuncie el actual dictador que está provocando un baño de sangre en todo nuestro país y se restituya al ciudadano DIOSDADO CABELLO y al resto de los poderes...

Asimismo, según consta en el expediente del caso, el Consejo de Guerra Permanente de Maracay adoptó una decisión para rescatar al Presidente, del siguiente tenor:

...Este juzgado militar, vista y observada la pauta descrita en los artículos 333 y 334 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, frente a la necesidad de establecer el Orden Constitucional, al existir en el país una situación de desestabilización debido al intento de supresión del soporte institucional y de la Constitución..., y en atención a la desaparición física del Presidente Constitucional de la República,

Teniente Coronel (Ej.) HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS, en cuyo caso están en juego los más altos intereses del Estado y su seguridad y defensa como bien jurídico obligatoriamente titulado por la Institución castrense... y a la par el peligro real de la seguridad e integridad del ciudadano Presidente de la República, y a petición del ciudadano Fiscal Militar Superior ante el Consejo de Guerra Permanente de Maracay, Teniente Coronel (GN) FERNANDO KARIM CAPACE ESQUIFI..., quien procede dando tramitación a las coordinaciones realizadas por el General de División (Ej.) NELSON BENITO VERDE GRATEROL, Comandante de la Cuarta División Blindada y Guarnición, siendo las 22 horas del día 13 de abril del presente año, acuerda trasladarse y constituirse en la sede de la 42 Brigada de Infantería de Paracaidistas, ubicada en el sector La Placera, Maracay, Estado Aragua, comandada por el General de Brigada (EJ.) RAÚL ISAÍAS BADUEL, encontrándose presente el Dr. RAFAEL TOSTA RÍOS, quien solicita estar presente en el momento de constituirse el Tribunal Militar en el lugar donde ha sido acordado y a los fines y efectos de restituir la persona del señor Presidente de la República a la sede del Gobierno Nacional en Caracas, y así restituirlo en el cargo del cual es legítimo titular, para restaurar el orden jurídico y constitucional resquebrajado debido a la ausencia del ciudadano Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, elegido constitucionalmente; en hechos acaecidos desde el día jueves 11 de abril y apreciado por este juzgado que pretende materializarse a través del acto írrito y nulo del 12 de abril de 2002 con intención de disolver los poderes constituidos y la base legal de la Constitución de la República..., procede a observar tal requerimiento...

A continuación el Consejo de Guerra procede a mencionar a los oficiales presentes...

...quienes le expresan al Tribunal que: por cuanto tienen conocimiento de que el ciudadano Presidente se encuentra recluso en contra de su voluntad en la Base Naval ubicada en la isla de la Orchila, solicitan que este Tribunal se traslade y constituya en la mencionada Base Naval y acompañe a la Comisión Militar para rescatar, de ser cierto, al ciudadano Presidente de

la República y proceda a trasladarlo al Palacio de Miraflores en la ciudad de Caracas; pues, de acuerdo a documento firmado de puño y letra, el señor Presidente indica lo siguiente:

Turiamo, 13 de abril de 2002

AL PUEBLO VENEZOLANO Y A QUIEN
PUEDA INTERESAR, NO HE RENUNCIADO AL
PODER LEGÍTIMO QUE EL PUEBLO ME DIO, “PARA
SIEMPRE”...

HUGO CHÁVEZ FRÍAS.

*

En Miraflores, la detención de los golpistas es recibida con aplausos por cientos de personas dentro del despacho presidencial y en los pasillos.

Ya han hecho acto de presencia los dirigentes de todos los partidos políticos que apoyan el proceso revolucionario. Todos ellos son recibidos con aplausos por la multitud enfebrecida que cada vez se hace más grande, y se espera de un momento a otro al vicepresidente Diosdado Cabello para ser juramentado por el presidente de la Asamblea Nacional, William Lara.

Pero es necesario un medio de comunicación para informarle a todo el país lo que está sucediendo pues los medios privados mantienen la censura. Esta actitud de los dueños de las televisoras será objeto en el futuro de análisis en organismos nacionales e internacionales, pues nadie ha podido entender aún hoy cómo fue posible que, mientras el país estaba en la calle demandando el regreso del presidente constitucional y los golpistas eran detenidos, esos medios mantuvieran un silencio que rayaba en el cinismo.

Si bien es cierto que, como alegaron, sus periodistas correrían el riesgo de ser agredidos, también lo es que todas las

agencias y cadenas internacionales de Radio y televisión estuvieron informando ininterrumpidamente durante más de 24 horas lo que ocurría y de allí podían perfectamente sacar las noticias. Si no lo hicieron fue porque no les interesaba y porque, desde el primer momento, apoyaron la huelga de la oposición sin rubor alguno.

Para poner al aire el canal del estado, se comisiona a un grupo formado por los periodistas Vladimir Villegas, Juan Barreto y Jesús Romero Anselmi. A ellos se unen, entre otros, Rodolfo Sanz, Ernesto Villegas y Guillermo García Ponce, este último también periodista de vieja escuela que, a sus más de ochenta años, siente la emoción de sus años juveniles como sempiterno dirigente de izquierda. De su pluma han salido libros documentados y valiosos donde se cuenta la historia de los terribles años sesenta en que la izquierda fue brutalmente atacada por la derecha inclemente, uno de ellos *La Fuga del San Carlos*. Por supuesto, en los meses siguientes se abocará a publicar un libro sobre esta gesta democrática del pueblo venezolano que hoy, trece de abril, parece llegar a un final feliz.

Ya Jesse Chacón se la ha pasado desde Conatel tratando de poner en marcha el canal y Romero Anselmi ha dado tímidos pasos en ese mismo sentido, pero no aparecen los técnicos de la estación y la comisión debe recurrir a un técnico de Catia TV, la televisora comunitaria del oeste de Caracas, que demuestra ser tan bueno como el mejor, y el canal es puesto al aire, pero la imagen es tan lavada que los periodistas, al hablar en el estudio, parecen sacados de *El Acorazado Potenkim*, de Einsenstein.

Entonces, el aparataje del chavismo se pone en movimiento en otra de sus áreas, los motorizados, que,

comandados por los Tupamaros del 23 de Enero, comienzan el asedio a los canales de televisión.

Primero llegan a RCTV, el cual, como está en el centro de Caracas, es el más expedito para este tipo de protesta. Lo rodean y algunos exaltados lanzan piedras y otros objetos contundentes contra la vidriera del canal, causando daño a las instalaciones.

Dentro del canal, los periodistas se asustan ante la poblada que se les viene encima con *non sanctas* intenciones. Eduardo Sapene, vicepresidente de Información y Opinión, valientemente coloca una cámara enfocando a los manifestantes y transmite las incidencias con voz pausada que denota nerviosismo pero también indignación.

Los periodistas, que nada tienen que ver con las decisiones de los dueños del medio, se esconden en el sótano porque, influenciados por las informaciones que ellos mismos han dado, tienen la idea de que los chavistas de los barrios no son más que asesinos inclementes, desadaptados sociales, resentidos a quienes Chávez les ha dado patente de corso para desahogar la furia que sienten por las carencias en que han vivido.

El problema es que, como en el país no hay quien gobierne en ese momento, nadie se atreve a mandar ni policías ni guardias a resguardar las instalaciones de la estación. Las horas pasan cubiertas de una niebla de incertidumbre y tensión y nadie da su brazo a torcer. Los motorizados piden que el canal transmita lo que está sucediendo en Miraflores y el canal sigue transmitiendo la agresión de que es objeto.

Los demás canales, Televen, Globovisión y Venevisión, se pegan de RCTV y transmiten el asedio, pero en poco tiempo los motorizados llegan a sus instalaciones y entonces

en los hogares venezolanos se ve la pantalla partida en cuatro pedazos, mientras los periodistas de guardia, en el estudio de cada canal, transmiten las incidencias de lo que parece ser un *remake* de películas como *Ángeles del Infierno*, *La Pandilla Salvaje*, *Nacidos para Perder* o *En Busca del Destino*.

El asedio a Televen, Venevisión y Globovisión, sin embargo, no es tan fácil como el de RCTV, pues aquéllos están protegidos por altos muros o se encuentran en urbanizaciones de no muy fácil acceso. Por eso, los motorizados se afianzan en este canal.

Llega una comisión de la Guardia Nacional y, para sorpresa de los televidentes, sus miembros hablan con los chavistas y se van; después, hace su aparición una comisión de la Policía Metropolitana que es apostada en la puerta de la estación y el ánimo de los manifestantes tiende a exaltarse más, porque saben que este cuerpo policial ha sido el causante de muchas de las muertes del 11. Y no se calman sino cuando hace acto de presencia el alcalde Freddy Bernal. Sapene sale y habla con Bernal y éste le dice que no hay intenciones de agredir a nadie, pues el objetivo es que RCTV enlace con VTV para transmitir lo que está sucediendo en Miraflores.

Previa la consulta a los directivos, RCTV enlaza con VTV y el país comienza a enterarse de lo que está ocurriendo, pues las informaciones que han tenido los ciudadanos hasta ese momento les llegaban nada más por los canales internacionales y, como queda dicho, sólo el 5% de la población tiene en ese momento servicio de TV por cable.

Se sabe entonces de la retoma de Miraflores, de la detención de los golpistas y de la renuncia de Carmona Estanga.

Los hechos van sucediéndose a partir de ese momento a través de las pantallas de los televisores: la llegada del Fiscal Isaías Rodríguez, a quien la multitud levanta en brazos, la llegada del vicepresidente Diosdado Cabello, su juramentación por parte del presidente de la Asamblea; los abrazos, los aplausos, y el pueblo, sobre todo el pueblo en la calle, inmenso como la sabana, con el corazón tan grande como el país.

A Diosdado Cabello no le ha sido fácil llegar hasta allí. En los dos días precedentes ha debido sortear una serie de escollos, esconderse en múltiples lugares, con la muerte pisándole los talones porque lo han estado buscando donde quiera que se ha escondido; y, al final, en un helicóptero que sus amigos, entre ellos Chávez, llaman “El avispón verde”, ha salido del problema. El mayor Suárez Chourio y el director de la Disip, Carlos Aguilera, han sido los únicos que han sabido de sus desventuras por tierras montañosas, sitios inexplorados y mundos inéditos donde se ha escondido en el Estado Vargas y en Los Teques, hasta ese regreso triunfal a Miraflores para guardarle el gobierno al presidente legítimo. Diosdado Cabello será el orgulloso presidente de unas horas apenas. Y en ese momento, después de atravesar sinuosos caminos de tristeza y de soledad, se siente tan feliz que piensa que todo ese esfuerzo ha valido la pena porque se ha demostrado que el pueblo venezolano no se deja arredrar con facilidad.

La euforia resuena en el Miraflores entristecido de dos días antes, cuando las manecillas del reloj cruzan el umbral del 13 hacia el 14 de abril, pero no aparece Chávez, cuyo regreso la multitud pide a gritos.

CUARTO DÍA. EL REGRESO

En Maracay, los generales García Montoya y Baduel coordinan con el contralmirante Fernando Camejo Arenas, Comandante Logístico de la Armada, el envío de cinco lanchas patrulleras y la fragata misilística Almirante García desde la base de Puerto Cabello al apostadero naval de La Orchila con intenciones de rescatar al presidente Chávez.

En las afueras, al igual que sucede en Miraflores y en el Fuerte Tiuna, el pueblo sigue a la expectativa, pero ya han comenzado a redoblar los campanarios y a escucharse las notas de las canciones de Alí Primera y las no tan revolucionarias pero sí más guapachosas de salseros como Oscar De León, Rubén Blades y Gilberto Santa Rosa, *Pido la paz para esta guerraaaa*, porque, vamos, el venezolano es guerrero como el que más, pero a la hora de celebrar los triunfos no hay quien le gane.

Y esto es un triunfo. Lo único que falta es que aparezca *Chávez mismo* para que la fiesta sea completa y de eso están encargados los que saben, los generales y almirantes del proceso revolucionario; entonces, a mí lo que me queda es buscar mi caña y mi mujer y mis hijos y, venga, a celebrar al compás de “Volvió, volvió, volvió”.

Ya hay tarimas por todas partes. Cientos de vehículos están estacionados en los alrededores de la brigada. Los taxistas han redoblado el trabajo para llevar a la gente gratuitamente. Todos colaboran porque quieren ser testigos de este momento histórico. Se dice que cuando lo rescaten, Chávez llegará a Maracay, primero que todo, y nadie quiere perder la oportunidad de verlo y saludarlo. Sin darse cuenta, los golpistas lo han transformado en héroe de multitudes.

Las lanchas y las fragatas parten a las 00 horas y estiman llegar a La Orchila a las 03:00 horas de este catorce de abril, pero los oficiales no cuentan con el apoyo aéreo necesario para evitar que, como se teme, el presidente sea extrañado del país.

La Base Aérea Libertador está en manos de los golpistas, pero éstos ignoran que en Caracas los jefes del movimiento han sido rendidos. El general de división Luis Acevedo Quintero y el general de brigada Pedro Torres Finol son comisionados para convencer a los insurrectos. Casi a la medianoche logran su cometido y a los generales García Montoya y Baduel se les ofrecen tres helicópteros Superpumas para salir en busca del mandatario.

Consciente de que en estas circunstancias cualquier segundo es muy valioso, el general García Montoya se comunica con el embajador norteamericano, Charles Shapiro.

—Lo llamo para pedirle que intervenga y evite que el presidente Chávez sea trasladado al exterior. Sabemos que hay una aeronave civil de siglas norteamericanas Noviembre 165 Sierra Carlos (N165SC) que tiene la misión de llevarse.

—Déjeme averiguar y lo llamo —le dice, sorprendido, Shapiro; sorprendido porque no imaginaba que la Fuerza Armada Nacional pudiera tener esa información.

Al poco rato devuelve la llamada.

—Esa aeronave es de un ciudadano venezolano pero no estoy en capacidad de establecer su identidad. I'm sorry, general.

Nada más. El cuento completo se sabrá más tarde.

*

En la casa presidencial donde está recluso en La Orchila, Chávez recibe la inesperada visita del Cardenal Ignacio Velasco, a quien acompañan dos oficiales ligados a los golpistas, el general de brigada José Esteban Godoy Peña y el coronel Julio Rodríguez Salas.

Los oficiales insisten en que el presidente debe renunciar, como condición para salir del país, y añaden que el cardenal será el garante de que se respeten sus derechos humanos.

Cerca de la casa presidencial ya ha aterrizado el misterioso avión, en el cual los sediciosos piensan sacar a Chávez del país rumbo a Puerto Rico.

Chávez, ignorando cuál es la verdadera intención de los golpistas, le pide la bendición a monseñor Velasco y cuando lee el decreto que ponen ante él, se molesta, porque allí no sólo renuncia sino que destituye al vicepresidente, Diosdado Cabello; y, además, tiene fecha 11 de abril.

—¿Cómo piensan ustedes que yo voy a firmar un decreto con fecha atrasada? ¡No, yo no firmo eso! Primero, no voy a renunciar; segundo, este decreto tiene fecha atrasada; tercero, no estoy informado para nada de lo que está ocurriendo allá, y cuarto, hay una serie de condiciones que yo pondría y ustedes saben cuáles son, ya las hablamos hace

dos noches, para considerar la posibilidad de un abandono del cargo bajo presión. Porque estoy bajo presión, sin duda.

Seguidamente se levanta, le hace una seña al cardenal y le dice:

—Monseñor, vamos a caminar por la orilla del mar.

Salen, el viento glacial que se abate con fuerza sobre la isla les da en los rostros curtidos por la preocupación. En la oscuridad de la noche parecen personajes de una película de John Carpenter, uno de sotana y el otro mirando a las estrellas tratando de descubrir cómo hacer un exorcismo para sacarle los demonios a tanto bicho de mala entraña metido a golpista.

Para el presidente secuestrado, la llegada del cardenal es la oportunidad de buscar, a través de la conversación, alguna pista que le indique cómo andan las cosas en Caracas.

“Yo tuve —dirá Chávez más tarde— una buena conversación con Monseñor..., le pedí que habláramos a solas y nos sentamos a la orilla del mar; allí le dije: ‘Monseñor, vamos a orar a la orilla de este mar’. Y le pedí perdón y le dije que era necesario que todos los sectores del país pusiéramos más empeño, toda la buena voluntad que podamos para poder convivir en paz aceptando las reglas del juego, aceptando las normas de la convivencia ciudadana. Esto que ha pasado es un llamado para todos; necesario es que reflexionemos todos”.

A medida que transcurre la conversación, Chávez se percata de que su regreso al poder es inminente. Él lo explicará así:

“Estando en La Orchila, mirando al mar, poco a poco la situación fue cambiando. Hasta que él se dio cuenta de que estaba hablando con el presidente. Y entonces yo le dije: ‘Como la cosa pareciera que está de nuevo en su sitio,

yo le hago este comentario con mucho cariño y respeto y afecto, monseñor Cardenal Velasco; vamos a agarrarnos de las manos, vamos a orar a la orilla del mar y miremos las estrellas y pidámosle a Dios'. Porque él llegó allá dándome la bendición, el brazo y el afecto y conversamos muchas cosas..."

*

En Maracay, el general de división Alí Uzcátegui Duque y el almirante Fernando Camejo Arenas parten hacia La Orchila en tres helicópteros de la Armada, encabezando la misión de rescate, con quince hombres del comando de operaciones especiales de la Casa Militar, el abogado Tosta Rios, un juez militar y un médico.

Los oficiales leales al presidente ya han logrado convencer al contralmirante Scetto Romero de que es inútil cualquier resistencia porque sus compañeros han sido detenidos en Caracas. Romero se niega en principio, pero, al recordársele que su esposa es sobrina del ministro de la Defensa y que corre el riesgo de convertirse en traidor, accede a entregar al presidente.

Cuando llevan cierto tiempo de vuelo, el general Uzcátegui recibe una información manipulada en el sentido de que Chávez no se encuentra en La Orchila como ellos creen. Se comunica con Baduel y le da la información.

—Seguiremos hacia la isla —dice—, cumpliremos nuestro objetivo.

Baduel lo alienta.

—Sigue, no te preocupes, no habrá resistencia.

En ese momento los militares institucionalistas están dando el paso decisivo para restituir la legalidad infringida en el país.

*

En el Fuerte Tiuna es la una de la madrugada y la fiesta sigue su curso. García Carneiro, entre el pueblo, los mantiene informados de todo lo que está aconteciendo, especialmente sobre las guarniciones que se han ido adhiriendo a la causa del presidente, en defensa de la constitucionalidad. Hay una multitud de miles de personas ávidas de noticias. No es para menos. El país, sacudido por la insania, está en la calle haciendo la guerra para garantizar la paz.

La gente quiere saber qué está pasando en Miraflores y un joven va a su casa y trae un televisor, el cual conecta a la batería de su vehículo; es así como, arremolinados en torno a él, se van enterando de las buenas noticias transmitidas ya en cadena por todas las televisoras dobladas por la fuerza de la verdad. Chávez regresará al gobierno en cualquier momento. Un grupo de oficiales y soldados entrenados se dirige en estos momentos a La Orchila a rescatarlo. Como en las películas de Steven Segal, ni más ni menos.

La alegría es contagiosa. Todos ríen y aplauden. La rumba hace mover los cuerpos cimbreados. Hay fiesta en Venezuela porque la democracia escamoteada durante cuarenta y ocho horas ha sido reconquistada por el pueblo y los militares institucionalistas.

Alguien propone ir a Miraflores. Le piden autobuses a García Carneiro.

—¿Están locos? ¿De dónde saco yo autobuses para trasladar a cincuenta mil personas a esta hora? —dice el general, sonriendo.

—Vámonos a pie. ¡Caminemos, compatriotas! —dice uno.

—Vamos, vamos caminando.

Y emprenden la marcha hacia el palacio.

García Carneiro sube al carro del muchacho que tiene el televisor y éste, orgulloso, arranca con el general que ha puesto preso a los golpistas.

Cuando se adelanta, el general voltea y se le hace un nudo en la garganta ante lo que ve. La marcha es impresionante. Los chavistas van cogidos de las manos, cantando, gritando consignas, dándole vivas a Chávez, contagiados de un profundo fervor patriótico. Gritando por Venezuela. García Carneiro piensa que con un pueblo como éste jamás se perderá una batalla. Lo dijo Morillo en la guerra de la Independencia: “Ya quisiera tener en mi ejército guerreros como éstos”. Porque el venezolano es un pueblo consciente de su propio destino.

*

(De la entrevista realizada por la periodista Nitu Pérez Osuna al cardenal Ignacio Velasco, en Globovisión, el 18 de noviembre de 2002)

—Ahora —dice el cardenal—, en cuanto a que yo he tenido ocasión de hablar con el presidente Chávez, sí he tenido ocasión y sobre todo en esos momentos difíciles a mí se me preguntó si por favor no podía ir un sacerdote en plan puramente humanitario y que fuera para salvaguardar la vida, los derechos de este señor.

—*Todo eso lo sabemos, cardenal, pero ¿qué le decía?, ¿usted le creyó? Porque de verdad uno se impacta.*

—Yo lo que quiero decirte es que yo dije: Bueno, pues, que vaya un sacerdote, voy yo. Entonces, yo me fui para allá; entonces cuando llegamos allá él quiso hablar conmigo y hubo una pequeña conversación que duró como veinte minutos. Cuando yo llegué, lo noté que estaba como cabizbajo. Después de esa primera conversación salió un poquito más animado, echaba broma.

—*¿Pero de verdad estaba arrepentido, quería una segunda oportunidad?*

—Ya voy a llegar a eso. Entonces algunos militares le preguntaban por la renuncia; él dijo que la había querido poner antes y no se la aceptaron...

—*¿Dónde puso él antes la renuncia y no se la aceptaron?*

—No, no, que él la ofreció y no se la aceptaron. El ofreció la renuncia con la condición de salir para afuera pero no lo dejaban salir para afuera, fuera del país...

—*¿Usted tiene el manuscrito por casualidad, esa carta de Chávez?*

—No, no, yo no lo tengo. La carta de Chávez no fue una carta de renuncia; ésa era una carta de abandono del poder, él mismo la escribió de su puño y letra y después esa carta salió publicada en los periódicos.

—*¿Pero usted no la tiene?*

—No, no la tengo.

—*¿No sabe quién la tiene?*

—No sé quien la tiene porque la agarraron los militares y...

—*Mire que decir mentiras es pecado.*

—Yo no digo mentiras, no la tengo, por Dios que no la tengo. Bueno, después que nos llegaron noticias de que habían cambiado las cosas, porque yo pasé toda la noche en la isla La Orchila, entonces yo quise hablar con él, le mandé a decir que quería hablar con él porque habían cambiado un poco las cosas en Venezuela. Entonces, él con mucho gusto y ahí fue cuando nos sentamos a hablar de tú a tú, sinceramente. Me decía: “Dios me ha dado una segunda oportunidad, yo quiero aprovechar esta segunda oportunidad que me da Dios, yo realmente no quiero cometer algunas cosas que hice antes”. Y yo aprovechaba y le decía algunas cosas que no me acuerdo ahorita. Le decía tal cosa y tal cosa y él me decía, “no quiero hacerlo, no quiero atacar a la Iglesia” y cosas así. Bueno, yo creo que sinceramente puede

ser, y realmente a principios cuando llegó hubiera podido llegar como un triunfante de una batalla en la cual lo habían depuesto y él volvió a resurgir y no llegó así, llegó de otra forma, llegó un poquito más...

—¿Usted no ha hablado con él luego de eso?

—Luego de eso él me ha llamado varias veces por teléfono cuando yo estuve un poquito enfermo; entonces él me llamó varias veces y me preguntó por mi salud y yo debo decir que le agradezco mucho y me preguntaba y yo le decía, bueno, más o menos como estaba. Se preocupaba y me llamaba, pero ya tengo tiempo que no hablo con él.

Teresa Maniglia, en un estupendo trabajo que tituló *Un relato único. Una historia que es la suya*, intenta aclarar lo ocurrido con la carta que supuestamente redactó Chávez.

“La carta de Chávez” a la que se refiere el Cardenal Velasco es la nueva versión del decreto que el Coronel Julio Rodríguez Salas le ha entregado al Presidente en La Orchila para que la firme.

El presidente... se niega a firmarla y comienza a hacerle correcciones de su puño y letra.

Cuando eso está sucediendo, las cosas en Caracas están cambiando.

¿Qué dice ese documento que redacta Hugo Chávez y que nunca firmó y aún así fue publicado en los periódicos?

El extracto que agregamos lo tomamos del diario *Panorama*, que publicó una serie de reportajes redactados por los periodistas Luis Cañón y Alexander Montilla, titulada “La Historia del Golpe y la Retoma del Poder”.

Yo, Hugo Chávez Frías, CI: 4258228, ante los sucesos acaecidos en el país durante los últimos días, y consciente de que he sido depuesto de la Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela, declaro que abandono el cargo para el que fui elegido democráticamente por el pueblo venezolano y el que he ejercido desde el 2 de febrero de 1999. Igualmente declaro que he removido de su cargo, ante la evidencia de los acontecimientos, al Vicepresidente Ejecutivo, Ing. Diosdado Cabello Rendón. En La Orchila a los 13 días del mes de abril de 2002.

En La Orchila, el silencio de la noche inmensa es cortado sólo por el silbido del viento que hace rugir al mar con intensidad, pero las dos figuras no parecen sentir el frío de esa madrugada, sumidas como están en la conversación acerca de santos y demonios, uno haciendo el mea culpa y el otro oyendo como corresponde a un sacerdote en acto de confesión.

Los ojos de Chávez coquetean con las lágrimas que pugnan por salir, agradecido como está de la reacción del pueblo en defensa de su gobierno. Sabe que eso establece un compromiso que va más allá de cualquier contrato, documento o promesa. Piensa que algo así es inédito en el país, pero ignora que en realidad lo que ha sucedido no ha ocurrido antes en ninguna parte del mundo. El pueblo venezolano ha hecho historia. La historia se ha escrito con sangre, pero ahora se abren grandes horizontes de esperanza.

—Invoquemos a Dios —le dice el cardenal— para que seamos capaces de aceptar nuestras diferencias, dialogar y cooperar.

Chávez recuerda esa noche con nostalgia: “Y decíamos: ¿Cuál es nuestro objetivo? Cumplir el mandato de Dios. ¿Cuál es el mandato de Dios? Luchar por la paz, por el bienestar de los seres humanos. Tenemos la misma meta, bueno, cualquier diferencia sería táctica, sería coyuntural. No permitamos que esas diferencias sean las que se impongan, no; marchemos con las diferencias en el bolsillo, en el saco, a la espalda o la vanguardia, vamos con las diferencias. Pero vamos al objetivo común con buena fe”.

De pronto, en el cielo estrellado se reflejan tres puntos negros que, a medida que se acercan, se van haciendo más

y más grandes, como ángeles salvadores. El exorcismo está por cumplirse. El ruido, que primero se oye de lejos y después se hace audible por completo, es inconfundible. Chávez mira al cardenal y una sonrisa de triunfo asoma en sus labios. No se vanagloria de ello, sin embargo, porque el momento sublime que ha disfrutado al lado del sacerdote le llena de goce el corazón abotargado por la presión a que ha sido sometido durante esos días de pesadumbre en los cuales conoció los vericuetos del destino.

Cuando los tres helicópteros van a aterrizar, la avioneta que ha traído al cardenal y a los dos oficiales comprometidos en el golpe, carretea por la pista y levanta vuelo. El piloto, asustado, ha huido cobardemente.

—Adios cará, monseñor —le dice Chávez de buen humor, dándole una palmada en la espalda—. Ahora tendré que rescatarlo yo a usted.

De los helicópteros bajan los comandos armados que toman posición de combate. Saben que no habrá resistencia, pero han pasado demasiadas cosas esos días como para confiarse.

Bajan Camejo Arenas y Uzcátegui Duque, quienes se percatan de que en la isla hay un avión misterioso, tal como se les había informado. Se acercan al aparato y se dan cuenta de que en su interior no hay nadie, pero no tienen suficiente personal para dejar una custodia permanente a fin de averiguar quién es el propietario y cuál su destino; después se sabrá que el plan de vuelo era para Puerto Rico.

Cumplido este procedimiento, los oficiales se acercan al presidente y al cardenal. Uzcátegui Duque pide la bendición al sacerdote; Velasco lo bendice. Luego, ambos oficiales saludan militarmente al presidente.

—Estamos cumpliendo la Operación Rescate de la Dignidad Nacional, señor presidente —le dice Uzcátegui, emocionado hasta los huesos. Al fin han terminado tantas horas de tensión. Está ahí, frente al Personaje. Lo demás, será fácil.

Chávez lo abraza emocionado.

—¿Se encuentra bien, mi comandante en jefe?

—Mejor que nunca —le dice Chávez.

Ya los soldados de la Armada han hecho presos a los militares que custodiaban al presidente y ahora, emocionados, algunos de ellos lloran como niños, desahogando la tensión que han vivido las horas precedentes. Chávez les agradece el gesto. Está orgulloso de ellos. Los golpistas, desmoralizados, guardan silencio. Se saben la parte negativa de la historia.

Luego, el abogado Tosta Ríos lee un documento en el cual se dice solemnemente que “con su localización y traslado ha quedado restituida la integridad de sus facultades legítimas y el resguardo de la institucionalidad democrática y de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela”.

El teniente coronel Antonio Castro, médico de la Armada, cree necesario hacerle un reconocimiento al presidente para verificar su estado de salud.

—No se preocupe, doctor, estoy bien —le dice Chávez con amabilidad.

—Señor presidente, hay una multitud esperándolo en Maracay —dice Uzcátegui Duque.

En ese momento se recibe una llamada. Es José Vicente Rangel.

—Presidente, estamos aquí en Fuerte Tiuna, coño, tenemos a todos esos carajos presos... Nos vemos en Miraflores...

Chávez hace una seña.

—General —dice, eufórico—, vamos a Miraflores.

Camina hacia uno de los helicópteros.

—Vámonos, monseñor —dice—, móntese aquí; está rescatado usted ahora.

Se da cuenta de que el general Godoy Peña y el coronel Rodríguez Salas también están allí y, sonriendo, les señala los helicópteros.

—Vámonos, vénganse, están rescatados ustedes también.

Suben todos de una vez y los helicópteros levantan vuelo rumbo al palacio donde Chávez tiene una cita con el pueblo que lo ha restituido en el cargo en una gesta que no olvidará el resto de su vida. Cuando, una hora después, sobrevuelan el cielo de Caracas, ve cómo se levantan luengas humaradas de las barricadas colocadas por la gente enfurecida en su ausencia y, persignándose, interiormente le da gracias a Dios por haberle dado el privilegio de esta segunda oportunidad.

Después dirá: “Era un día histórico”.

A pesar de haber sido detenidos en plena flagrancia, los oficiales implicados en el golpe fueron dejados en libertad la semana siguiente, al igual que había sucedido el 13 de abril con los francotiradores detenidos por el agónico gobierno de Chávez la madrugada del 12.

Néstor Francia, en su libro *Puente Llaguno: hablan las víctimas*, identifica a los presuntos francotiradores de la siguiente manera:

Luis Arturo Meneses, CI: 14.783.743; Jorge Meneses Quintero, CI: 17.126.818; Nelson Enrique Rosales, CI: 14.161.140; Roberto Francisco McNight, CI: 10.480.186; Franklin Manuel Rodríguez, CI: 15.197.364; John Carlos Muñoz Garzón, colombiano, pasaporte N° AG324882, y Roger Jesús Miquelena, CI: 10.612.977 (identidad falsa).

Los siete sujetos fueron puestos por la fiscalía a las órdenes del tribunal 14° de control, a cuyo cargo estaba la jueza Norma Ceiba Torres, quien increíblemente los dejó en libertad el 13, en pleno gobierno *de facto*, sin imponerles medidas cautelares, a pesar de que las experticias que se les hicieron fueron positivas en cuanto a la presencia de nitratos y nitritos, iones oxidantes que se desprenden cuando

la pólvora es percutada. Asimismo, se les incautaron explosivos, armas, proyectiles y pasaportes falsos.

El caso de los francotiradores se fue diluyendo en el tiempo, pues, aunque parezca inverosímil, nadie se ocupó de ellos. No fueron más que seres fantasmales que sembraron la desolación y la muerte y luego desaparecieron como si se los hubiese tragado la tierra o como si nunca hubiesen existido.

El caso de los oficiales implicados en el golpe, no tuvo un final feliz para el gobierno. A pesar de que la oposición se la pasaba clamando que en el país no había justicia porque Chávez tenía el control del Poder Judicial, el Tribunal Supremo de Justicia, en una controversial decisión, absolvió el 14 de agosto de 2002 a los generales Efraín Vásquez Velasco y Pedro Pereira Olivares y a los contralmirantes Héctor Ramírez Pérez y Daniel Comisso Urdaneta, a quienes el Fiscal General de la República, Isaías Rodríguez, llevó a juicio el 24 de mayo de 2002.

El magistrado ponente de la sentencia fue Franklin Arrieché, vinculado a Luis Miquilena. Este, durante el tiempo que acompañó a Chávez en el gobierno como vicepresidente y ministro del Interior, movió sus piezas con maestría en el ajedrez político y se aseguró de poner gente de su confianza en puestos clave como el Tribunal Supremo lo cual redundó en ganancias para su nueva causa cuando dio el jaque mate con la sentencia a favor de los golpistas.

Los golpistas se sintieron fortalecidos por el apoyo que recibieron de los medios de comunicación social enfrentados al gobierno. A pesar de que Venezuela cruzó durante unas horas la línea que separa a la democracia de la dictadura, los dirigentes de la oposición le dieron la razón a los golpistas, entre otras cosas porque estaban dispuestos a dársela a todo

aquel que estuviera contra Chávez, sin importar de dónde venía ni lo que hubiera hecho.

En el curso de los próximos tres años se darían cuenta de su error, pues habían asimilado para su causa a individuos como Miquilena, Andrés Velásquez, Gabriel Puerta Aponte y otros que, de la izquierda, dieron un asqueante giro de 180 grados y se fueron a orquestar con la derecha su guerra de pendejos en la cual no hicieron otra cosa que morder el polvo de la derrota.

No se dieron cuenta de que el venezolano consustanciado con la derecha rechaza todo lo que huelga a izquierda y el de izquierda todo lo que huelga a derecha, de manera que para los dos bandos los apóstatas no son más que sujetos vendidos al mejor postor que igual traicionan a unos que a otros. Por eso daba pena ver a Puerta Aponte sentado en la misma mesa de los asesinos de sus compañeros en la masacre de Cantaura de 1982; a Andrés Velásquez de la mano de los mismos copeyanos y adecos que le robaron la presidencia ganada en 1993, y a Miquilena maniobrando para salvar a generales y almirantes que no sólo habían dado un golpe de estado al hombre que le tenía confianza sino que le habían entregado el timón del país a un aprendiz de dictador que estuvo a punto de hundirlo en un mar de errores sin regreso.

Los golpistas se sintieron tan fuertes y apoyados, que a pesar de que en los allanamientos realizados por las autoridades les fueron encontrados documentos comprometedores, entraban y salían de Fuerte Tiuna como si, en lugar de haber sido derrotados, hubieran obtenido la más rutilante de las victorias.

Para los oficiales y soldados apegados a la Constitución era una afrenta verlos en todas partes, uniformados y con

don de mando, trotando o en los casinos, todo en medio de la mayor impunidad. El general García Carneiro mandó entonces a colocar en las alcabalas una lista con los nombres de los implicados en el golpe, para impedirles la entrada, pero, mediante un recurso de amparo, lograron que un tribunal derogara la medida, aduciendo que se les estaban cercenando sus derechos constitucionales. Toda una contradicción, ¿no? Los mismos militares que habían desconocido la Constitución, protegiéndose en su normativa.

La decisión del tribunal les dio nuevos bríos. Se sintieron fortalecidos y se lanzaron en una provocación frontal, que consistía en pedir las novedades a los subalternos como si estuvieran en ejercicio del mando y éstos no podían hacer otra cosa que obedecer. Se les veía felices, mofándose, en los comedores, en las reuniones, en las canchas deportivas.

En el libro *Chávez Nuestro*, que hemos referido, el general García Carneiro explicó cómo pudieron acabar con la impunidad de los oficiales comprometidos en la asonada militar del 11, 12 y 13 de abril.

Dijimos: Si no apretamos las tuercas, esto va a parar en orra intentona; se va a perder la disciplina. Nueve meses después del golpe, me nombraron al frente del Ministerio y una de las primeras cosas que hice fue reunirme con todos los oficiales de Caracas. Les informé que si entraban los golpistas al Fuerte nos íbamos a ver obligados a pedirles decentemente su identidad y, decentemente, los íbamos a convidar a que se montaran en la patrulla para llevarlos a la Policía Militar, por las buenas; si se resistían, los meteríamos en la patrulla a patadas o a plan de machete, pero para adentro seguro que irían, y que no respetaríamos el grado de ninguno de ellos. Claro, los oficiales corrieron esa bola. Algunos tenían amigos, conocidos, compadres entre los golpistas. Remedio santo. No se acercó más ninguno a Fuerte Tiuna. Lo cierto es que si no poníamos carácter iba a seguir campeando la impunidad.

Cada vez que se oían rumores de una asonada, metía dos tanques junto a cada alcabala. Éramos muy exigentes con la requisa de vehículos. Metíamos otras alcabalas internas en el resto del fuerte, pedíamos cédulas y chequeábamos a cada momento. En una de esas agarramos a Alfonso, que quiso sublevar a la Guardia Nacional en la Plaza Madariaga. Me le acerqué y le dije: “Qué lástima verte en esta condición cuando tú me llevabas un año y yo te decía ‘mi general’. Ahorita lo que puedo decirte es que si te me resbalas te voy a dar dos planazos por el trasero”. Es verdad, se lo dije así y él lo comentó, que yo le había ofrecido dos planazos. Lo hice precisamente para que él lo regara, para que supieran que estábamos decididos, como diera lugar, a que nos respetaran.

—*¿Seguían teniendo armas en su poder?*

—Seguían en su poder armas y vehículos. En varias reuniones comenté que era necesario quitarles los vehículos, las armas. Todos tenían carros del Estado, armamento, el carnet de porte de armas.

—*¿Salario?*

—Y su sueldo. Además se les pagaba hasta el cesta-ticket...

Una blandenguería descarada. Todo eso fue suspendido.

—*¿Y las armas?*

—Algunos tenían en su poder todo un arsenal. Firmé una resolución ministerial donde les hice saber que si no entregaban las armas y otros bienes del Estado en un período de tiempo determinado, se les abriría un juicio por desobediencia y apropiación indebida.

—*¿Aproximadamente qué cantidad de armas estaban en poder de ellos?*

—Un promedio de seis o siete armas de guerra por persona, incluidas ametralladoras, lanzagranadas y cuanta cosa hay.

—*Y los norteamericanos seguían entrando aquí como Pedro por su casa.*

—Sí, como Pedro por su casa. Ellos tenían una misión militar aquí adentro (en el Ministerio) y oficinas en los edificios del Ejército. Eso se acabó. Donde estaba la misión gringa se puso la Misión Vuelvan Caras, la Misión Identidad y la Misión Barrio Adentro.

—*¿Qué significan esos sueltos que hemos visto en Fuerte Tiuna, donde se ofrece dinero por información sobre militares prófugos de la justicia?*

—Eran golpistas vinculados a los paramilitares. Fueron denunciados durante la investigación. Con esas pruebas solicitamos la orden de aprehensión, y, como no se presentaron, le pedí permiso al Presidente y empecé a publicar esos sueltos donde se ofrecían cincuenta millones de bolívares a quien nos diera información. En esas investigaciones se ha probado también que tenían pensado matar a muchas de las personas leales al Presidente.

—*¿Matar?*

—Sí, matar.

—*¿Se encontraron listas o algo así?*

—Sí, y además una orden de operaciones que por el análisis que hemos hecho, se comprobó que sólo podía haberla redactado un militar. Tiene los cinco párrafos de una orden de operaciones con sus correspondientes anexos. Entre ellos estaba el plan de fumigación, como llaman al sicariato, y una lista de los oficiales que iban a asesinar.

—*¿Usted estaba en esa lista?*

—Sí; el Presidente era el uno, José Vicente el dos y yo el tres.

—*¿Incluía a las familias?*

—Sí.

—*Por qué nada de eso se ha publicado?*

—Porque eso está en proceso de investigación y los medios no tienen interés en que se sepa.

*

El Fiscal General acudió el 24 de mayo de 2002 al Tribunal Supremo de Justicia a querellarse contra los generales Efraín Vásquez Velasco y Pedro Pereira Olivares y los contralmirantes Héctor Ramírez Pérez y Daniel Comisso Urdaneta por el delito de rebelión militar. Aun cuando los generales implicados en el golpe fueron más de cuarenta,

sólo estos cuatro oficiales fueron encausados por la vindicta pública en el TSJ; otros casos de militares pasados a retiro se ventilan en diferentes tribunales.

Carmona Estanga fue sometido a juicio por rebelión en un tribunal civil y se le dio la casa por cárcel. En un inusual y nunca explicado descuido de los funcionarios de la Disip que tenían a su cargo la custodia, el empresario salió de la residencia y se refugió en la embajada de Colombia, alegando ser un perseguido político, y el gobierno de Andrés Pastrana le concedió el asilo.

Algunos militares, como Carlos Molina Patiño, también salieron del país en condición de asilados cuando eran perseguidos por los tribunales. Otros, como los generales Carlos Alfonso Martínez, Ovidio Poggioli y Francisco Usón, han sido detenidos por diferentes causas que se ventilan en juzgados militares.

Carlos Ortega, quien dio la orden de movilizar la marcha hacia Miraflores, nunca fue imputado por este caso. Después de la huelga petrolera de diciembre 2002-enero 2003, pidió asilo en la embajada de Costa Rica, donde permaneció un año; al cabo de ese tiempo, por una serie de hechos en los que incurrió, el gobierno costarricense le revocó el asilo. Entonces se vino clandestinamente a Venezuela, donde, a finales de febrero de 2005, fue detenido en el bingo de la discoteca Hawaii Kai.

En el escrito introducido ante el Tribunal Supremo de Justicia, el Fiscal General, después de hacer un pormenorizado relato de los hechos ocurridos a partir del 11 de abril, en la segunda parte de su escrito, con el título “*De las actuaciones de los altos oficiales generales y almirantes*”, considera que Vásquez Velasco, Ramírez Pérez, Pereira

Olivares y Comisso Urdaneta incurrieron en el delito de rebelión militar, previsto en el ordinal 1º del artículo 476 del Código Orgánico de Justicia Militar, el cual textualmente reza:

La Rebelión Militar consiste.

1. en promover, ayudar o sostener cualquier movimiento armado para alterar la paz interior de la República o para impedir o dificultar el ejercicio del Gobierno en cualquiera de sus poderes.

El fiscal sostiene en su escrito acusatorio que en dos de esas conductas aparecen comprometidos los oficiales cuyo enjuicimiento ha solicitado; éstas son “las de *promover y ayudar cualquier movimiento armado para impedir el ejercicio de los poderes del Gobierno establecidos en la República Bolivariana de Venezuela*”.

Tal cosa, según él, queda de manifiesto cuando los mencionados oficiales enviaron distintos mensajes y realizaron llamados a través de los medios de comunicación social, la noche del 11 de abril de 2002, dirigidos a la ciudadanía y a los distintos componentes de la Fuerza Armada Nacional para que se sumaran a sus planteamientos encaminados a solicitar la renuncia del Primer Magistrado del Ejecutivo Nacional bajo amenaza. Al no lograr este objetivo, procedieron a practicar su detención en forma arbitraria. Con ello, dice, promovieron un movimiento armado, el cual estaba integrado por miembros de la Fuerza Armada Nacional, y, aunque no se haya hecho uso de armas de fuego durante el desarrollo de los acontecimientos, es evidente que estos oficiales de alto rango tienen control del armamento de la FAN.

Otro de los argumentos del fiscal es que la detención ilegal del presidente dificultó, como es obvio, el ejercicio del gobierno del Poder Ejecutivo. En horas de la madrugada del 12 de abril el general Vásquez Velasco anunció que el presidente sería el empresario Pedro Carmona Estanga y cuando éste se autojuramentó impidió el ejercicio de los demás poderes públicos al ser suspendidos de manera arbitraria, mediante la promulgación de un “decreto” en esa misma fecha.

Rodríguez cita el artículo 233, numeral 3º de la Constitución para referirse al privilegio del antejuicio de mérito para los oficiales generales y almirantes. Se manifiesta consciente de que la solicitud debe estar suficientemente fundamentada para que proceda el antejuicio de mérito como paso previo a la acción penal, le dice a los magistrados que en su relato de los hechos ha dejado bien clara la participación de los oficiales en el delito de rebelión militar.

“Estos requisitos —dice— se manifiestan en esta solicitud, los cuales fueron reseñados a lo largo de este escrito, así como el ineludible y necesario análisis, en conjunto, de todas las actuaciones relacionadas con estos hechos, los cuales constituyen, a juicio del Ministerio Público, indicios serios y suficientes que comprometen la responsabilidad de Efraín Vásquez Velasco, Héctor Ramírez Pérez, Pedro Antonio Pereira Olivares y Daniel Lino Comisso Urdaneta y que justifican su enjuiciamiento. El comportamiento de dichos ciudadanos es perfectamente reconducible a la esfera de lo ilícito penal y, particularmente, como ya he señalado, al delito de Rebelión... sin que esta solicitud de antejuicio hoy intentada por mí signifique prejuzgar sobre el resultado definitivo del proceso”.

Aclara que a los oficiales se les han respetado sus derechos constitucionales al debido proceso y a la defensa pues fueron llamados oportunamente ante el Ministerio Público a fin de que rindieran declaración en calidad de presuntos imputados. De ellos, sólo el general Vásquez Velasco no concurrió; los demás han tenido acceso a las actas procesales junto con sus abogados por lo cual tienen amplio conocimiento de los hechos en los cuales aparecen mencionados, dice el fiscal.

Un dato interesante del juicio a los generales y almirantes fue la recusación intentada por el general Vásquez Velasco contra el magistrado presidente del Tribunal Supremo de Justicia Iván Rincón Urdaneta, aduciendo que en dos ocasiones le pidió ayuda a éste para restituir los poderes y no se negó, e incluso presentó su renuncia al TSJ para asumir la presidencia de la República, el 13 de abril.

En el escrito de descargo, Rincón aclara que en la doctrina jurídica, la figura de la inhibición es producto de una decisión volitiva del decisor, porque sólo éste es capaz de saber si, efectivamente, en su persona existe algún motivo que pueda comprometer su imparcialidad. Dice, en este sentido, que los argumentos de la parte actora no tienen asidero alguno. “Se trata de suposiciones acomodaticias y tendenciosas que no justifican ser proveídas, porque no fueron precisadas ni en el espacio ni en el tiempo”, y alega que existe suficiente jurisprudencia en el sentido de que las recusaciones de este tipo no deben ser admitidas por el recusado por no cumplir los requisitos formales para ello sin necesidad de remitir de inmediato el conocimiento de la causa a un nuevo juez. Además, dice que el único magistrado que se negó a renunciar cuando se produjo la salida del presidente fue él.

Sin embargo, en aras de la pulcritud del proceso y para aclarar los hechos, Rincón no tiene objeción alguna en remitir la decisión del caso al primer vicepresidente del Tribunal, no sin antes decir lo siguiente:

“La noche del 13 de abril del presente año, en conversación telefónica que sostuve con el Comandante del componente Ejército de la Fuerza Armada Nacional, ciudadano Efraín Vásquez Velasco, me manifestó su inquietud acerca de quién podía encargarse de la Presidencia de la República frente al supuesto vacío de poder que, a su juicio, se había producido, y si yo era una de las personas llamadas a llenar ese supuesto vacío. Ante tal manifestación respondí que el nuevo Texto Constitucional no establece la posibilidad de que la vacante del Presidente de la República sea llenada por el Presidente de la Asamblea Nacional ni por el Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, y que en el caso particular era el Tribunal Supremo el órgano llamado a resolver cualquier controversia o dificultad que se produjese desde el punto de vista jurídico, motivo por el cual mal podía yo asumir una conducta distinta a la de presidente del máximo organismo judicial del país”.

Dice que la parte actora se contradice al pretender involucrarlo con el régimen de facto que se instauró en el país, pues si se le pidió su ayuda para restituir los poderes, era para devolverlos a la situación en que se encontraban antes de los sucesos acaecidos, así que de ninguna manera podría verse involucrado en lo que se le ha imputado.

El proceso se caracterizó por una lentitud agobiante, ya que otros magistrados fueron recusados por los oficiales aduciendo razones diversas. Asimismo, el magistrado Iván Rincón recusó a su colega Franklin Arrieche, con lo cual

comenzó, a juicio de los juristas que observaban de cerca el proceso, la batalla interna entre los dos jueces más importantes del Tribunal, el presidente y el primer vicepresidente. Las recusaciones fueron decididas por el magistrado de la Sala Constitucional Antonio García García, quien fue comisionado para tal fin por la Sala Plena.

En fin, para hacer corto el cuento, las recusaciones fueron declaradas sin lugar, excepción hecha de las intentadas contra los magistrados Juan Rafael Perdomo y Omar Mora Díaz, este último actual presidente del TSJ, quienes apelaron y recibieron decisión contraria nuevamente, lo mismo que sucedió cuando recurrieron de hecho. La recusación interpuesta contra el Fiscal General tampoco prosperó, pero la que éste intentó contra la magistrada María Cristina Parra de Rojas, de la Sala de Casación Social, sí le dio resultados pues fue declarada con lugar por el doctor Iván Rincón.

Puestas las cosas en su sitio, los magistrados se reunieron en Sala Plena Accidental y decidieron nombrar ponente del caso al magistrado de la Sala Electoral, Luis Martínez, quien presentó su trabajo en el mes de julio. En su ponencia considera que hay méritos suficientes para ordenar el enjuiciamiento solicitado por el fiscal contra los oficiales Vásquez Velasco, Ramírez Pérez, Pereira Olivares y Comisso Urdaneta. La ponencia fue sometida a votación el 31 de julio, pero no fue aprobada pues sólo ocho de los veinte magistrados se manifestaron de acuerdo con ella.

Se procedió en esa misma fecha a designar al magistrado de la Sala Penal Alejandro Angulo Fontiveros, cuya ponencia también fue favorable al enjuiciamiento de los oficiales, pero tampoco fue aprobada y, finalmente, la ponencia

se le entregó al magistrado Franklin Arrieche, quien era el pupilo de Luis Miquilena en el Tribunal. A pesar de que todo el mundo era consciente de que Arrieche iba a decidir a favor de los oficiales, puesto que Miquilena fue uno de los civiles que se manifestó partidario de los golpistas, poca gente imaginó que la ponencia sería, como fue, todo un rosario de alabanzas a los militares contra los cuales se querelló el fiscal. Para decidir, Arrieche trató de tumbar los alegatos del Fiscal General acudiendo a subterfugios jurídicos que hicieron de su ponencia todo un compendio de barbaridades inéditas en un tribunal de tanta responsabilidad como ése.

En torno al **Pronunciamiento de los Imputados**, Arrieche se manifiesta en desacuerdo con Isaías Rodríguez quien dice en su escrito que el primer componente en pronunciarse fue el de la Armada. Según refiere el ponente, en realidad fue el componente Guardia Nacional, a través del general Carlos Alfonso Martínez y para ello cita la página D-1 de *El Nacional*, del 12 de abril, en la cual se indica que la **“GN alzó la voz primero”**. Sin embargo, no puede escapar a la Sala Plena, dice, que el 10 de abril el general Rafael Damani Bustillos había alertado en el sentido de que el Presidente de la República pensaba utilizar la fuerza pública para desalojar la plaza ubicada frente a PDVSA. Es decir, que antes del 11 de abril había habido pronunciamientos, y, además, el mismo general Vásquez Velasco refirió en sus declaraciones que en el Consejo de Ministros del 7 de abril, donde estuvo presente el Fiscal General, se habló de un plan que comprendía labores hostiles contra los manifestantes.

Fue después de la GN, dice, cuando se produce el pronunciamiento del contralmirante Ramírez Pérez, acompañado del general Pereira Olivares y el contralmirante

Comisso Urdaneta y en su descargo los oficiales dijeron que en ningún momento hicieron llamados a la violencia, amenazas, uso de las armas o alteración de la paz pública. Por el contrario, se destacaba el respeto por las instituciones, y, de acuerdo a la obligación de la FAN, tenían que mantener el orden interno, conforme al mandato de la norma constitucional, en su artículo 328... “Y un llamado a una Venezuela mejor, ya que había sido víctima de lo que ellos consideraron una masacre sin precedentes históricos y que se encontraba fracturada por los mensajes de odio que habían penetrado los sentimientos de los compatriotas”.

También dice el magistrado Arrieche que los oficiales en su defensa dijeron actuar sin dolo ni malignidad sino acogiendo al artículo 57 constitucional, según el cual tenían derecho a expresar libremente sus pensamientos, ideas y opiniones de viva voz por los medios de comunicación, artículo que prohíbe la censura a los funcionarios para contar de las actividades que estén bajo su responsabilidad.

Cita las declaraciones del ministro Hurtado Soucre, quien dice que los oficiales siempre utilizaron el argumento de las muertes que se habían producido después de la marcha y la actividad de los círculos bolivarianos como una excusa para solicitar la renuncia del Presidente Chávez, lo cual, a juicio de Arrieche, indica que actuaron movidos por el interés de defender los intereses del país y no por impedir el ejercicio del gobierno.

Este aspecto refuerza la tesis sostenida desde el comienzo de esta narración en el sentido de que los muertos eran la excusa para el golpe de estado. El magistrado no lo ve así sino que lo utiliza en defensa de los oficiales comprometidos en la asonada.

El mismo argumento lo usa al referirse al pronunciamiento del general Vázquez Velasco, en nombre del Ejército. Éste no tuvo más remedio, en virtud de que se violaron los derechos humanos consagrados en la Constitución porque murieron venezolanos por incapacidad de diálogo y, aunque el Alto Mando lo advirtió con tiempo, no se tomaron las medidas necesarias.

“Asimismo —continúa Arrieche—dijo que existían grupos armados que ofendían el nombre del Libertador, porque pregonaban la maldad y utilizaban armas (delitos según la Constitución...) y se utilizaron oficiales de las Fuerzas Armadas con fines políticos”. Por ello consideró que se había manchado el honor de la FAN, deshonrado el uniforme y perdido la autoridad del Comandante en vista de que el Presidente le estaba dando órdenes a un oficial de inferior jerarquía que él (Vázquez Velasco.)”

Vázquez Velasco, dice, **le ordenó como Comandante General del Ejército a todos los comandantes de batallones y blindados que permanecieran en sus unidades, porque eso no era un golpe de estado ni una insubordinación** (negrillas del ponente), sino que era, en opinión del magistrado, una posición de solidaridad con el pueblo de Venezuela, a tal punto de que hasta ese momento le fue fiel y leal al Presidente. Es decir, basta que el imputado **dijera que no se trataba de un golpe para que se le creyera a pie juntillas**, a pesar de que **ocurrió todo lo contrario**, pues el presidente fue desalojado del gobierno y los militares le dieron el mando a Carmona Estanga. En un caso de asesinato bastará entonces con que el asesino diga, “esto no es un crimen” para que se le absuelva.

Arrieche toma muy en cuenta la declaración que a las 2:30 de la madrugada del 12 de abril diera el general en jefe Lucas Rincón. Especialmente cuando dice que “...Los miembros del Alto Mando Militar... **deploran los lamentables acontecimientos sucedidos en la ciudad capital el día de ayer. Ante tales hechos se le solicitó al renuncia de su cargo, la cual aceptó**”, (negrillas del magistrado).

“Tal comunicado, emanado del Alto Mando Militar —dice— tiene que ser interpretado en el sentido de que ese Alto Mando tampoco estaba de acuerdo con la implementación de las actividades denunciadas por los imputados y que también hacía responsable al Presidente de la República de tales circunstancias al punto de que le solicitó la renuncia”.

No dice por ninguna parte que la declaración de Lucas Rincón fue dada a los canales de TV en medio del apremio y la presión porque los oficiales golpistas **habían amenazado con bombardear Miraflores**, como el mismo general **lo dejó claro en sus declaraciones** ante los fiscales del caso. Soldados leales al presidente estaban preparándose para llegar a Caracas a defender al gobierno, a lo cual Chávez y Rincón se oponían. Por eso, **la declaración del general aplacó los ánimos y evitó un enfrentamiento que hubiera producido miles de muertes**. Viajando en el tiempo, esta declaración es similar a la de Chávez el 4 febrero del 92 cuando llamó a sus compañeros a deponer las armas porque “por ahora” no se habían alcanzado los objetivos. En aquella oportunidad, como ahora, lo que se evitó fue que corriera más sangre.

Para Arrieche, los oficiales actuaron convencidos de lo correcto y legítimo de su proceder, “por cuanto su formación se oponía al acatamiento de una orden que consideraban reprochable y ello aleja la idea de malignidad.”

El magistrado, además, se “vacila la parte”, como se dice en lenguaje coloquial, al mencionar la sentencia del 4 de julio de 2000, referida nada más y nada menos que a la absolución de su mentor político, Luis Miquilena, cuando fue investigado por petición del entonces Fiscal General Javier Elechiguerra por presuntos hechos dolosos en su relación con un empresario. En esa ocasión la ponencia la redactó el magistrado Angulo Fontiveros, quien, como queda dicho, fue también el autor de la ponencia rechazada por la Sala en la cual acogía el escrito de Isaías Rodríguez sobre el golpe y ordenaba el enjuiciamiento de los oficiales.

Decimos que Arrieche se “vacila la parte” porque, devolviéndole la pelota a Angulo Fontiveros, se refiere a la posición de éste en el caso Miquilena, en cuanto a la **ausencia de tipo** en la conducta criminal: “Tal ausencia de tipo pudiera ser entendida más bien como una ausencia total de tipo o una **atipicidad general y completa**, porque faltan varios de los caracteres o elementos típicos de la descripción hecha en la ley del delito correspondiente. Si se trata de indagar en el ánimo del agente y de comprobar cognoscitivamente los elementos subjetivos del tipo, se ve que allí no había malignidad, sino el convencimiento de que su conducta era lícita, porque ya había vendido sus acciones o, por lo menos, y esto sí es indiscutible, creyó que las había vendido”.

“De acuerdo con lo anterior —dice Arrieche—, es imposible hacer encajar en el tipo descrito en el citado artículo 476, ordinal 1º, las mencionadas conductas de los imputados al emitir esos pronunciamientos, sin que la Sala pueda emitir ningún otro pronunciamiento en relación con ellos, desde luego que sólo se le ha exigido el que queda dicho”.

Al final de este punto, es decir **el pronunciamiento de los imputados**, el magistrado dice que la única conclusión

que se puede sacar de su razonamiento es que los imputados no actuaron con la intención de alterar la paz del país ni impedir el ejercicio del gobierno sino, por el contrario, alentados por la idea de restablecer esa paz interior rota por factores y elementos ajenos a ellos. Lo cual quiere decir que detuvieron al Presidente para restablecer la paz. Está claro, ¿no?

“Que, efectivamente, hayan obrado en forma correcta es materia diferente pero ajena a esta decisión”, dice olímpicamente el magistrado. ¿Y por qué? ¿No se juzga a las personas por su comportamiento? ¿Es posible dar un golpe de Estado, detener a un presidente y poner otro que viola la Constitución, **en forma correcta?**

*

En el segundo punto, referido a la **Solicitud de renuncia bajo coacción al Presidente Chávez**, Arrieché recuerda que la responsabilidad penal es personalísima, pues “para que pueda imputarse un hecho criminoso a una persona no basta con que ella se encuentre presente en el momento y lugar cuando y donde tal conducta se produzca, sino que esa acción censurable debe emanar de ella”. Lo cual no siempre es cierto: si un grupo de generales se reúne y decide pedirle la renuncia al Presidente, no incurre nada más en delito el que la pide sino todos los que la aprobaron, que fue lo que sucedió en este caso.

Y enseguida comienza a analizar los hechos con la declaración del propio presidente, el 4 de mayo de 2002, ante los fiscales comisionados para investigar el caso.

A la pregunta ¿Le mencionaron quiénes eran esas personas que exigían su renuncia?, respondió: “Era difícil saber

por qué, porque me decía Lucas Rincón que esa era una algarabía de gente, y que no se ponen de acuerdo y que había entre ellos, incluso, ya un conflicto, **y que era difícil quién, pero todos asumimos que era Vásquez Velasco, el Jefe del Ejército, uno de los que dirigía la acción**, era el más antiguo; todos estaban manifestando contra el gobierno...” (negrillas del ponente)

“Como puede verse —dice Arrieche— no se señaló específicamente a persona alguna, sino que dijo que todos **asumieron** algo y esto no puede bastar para dar por demostrada una situación tan grave como la que se les imputa”. En este aspecto, Arrieche no le da veracidad a la palabra del Presidente, aun cuando en el punto anterior, para él, la del general Vásquez Velasco era palabra sagrada.

Al continuar con la declaración del Presidente, el magistrado cita esta parte: “A la pregunta ¿Le mencionó el General Lucas Rincón algún nombre de las personas que estaban presionando?, respondió: “No. entiendo que todo ese grupo que estaba allá, como 40 Generales, Almirantes (...) Bueno, fíjense entonces, es allí cuando ese marco de cosas... cuando Lucas hace su aparición, incluso yo le dije que la renuncia mía es la de él y la del Alto Mando...”

“Nuevamente se observa que la supuesta presión no se ejerció contra el Presidente, sino que fue una afirmación que a él le hizo el General Rincón y sin señalar a nadie en particular”, dice Arrieche. Se olvida de las propias declaraciones del general Rincón sobre las presiones a que estaban sometidos, las amenazas de bombardear Miraflores... El magistrado sólo ve lo que le interesa, sacando con pinzas frases sueltas y oraciones fuera de contexto.

Luego cita la entrevista sostenida en Miraflores por el presidente y tres de los oficiales comprometidos en el

movimiento, Camacho Kairuz, Damiani Bustillos y Barráez, quienes fueron desautorizados después por sus compañeros. Dice Chávez, “ellos vinieron a decirme con mucho respeto, usted es el Presidente de la República; nosotros queremos respetarle su investidura y queremos facilitar esto, pero allá en Fuerte Tiuna hay una cosa de conflicto, unos que sí, unos que no. Incluso, ellos venían con la idea de que yo aceptara ir con un helicóptero a Maiquetía. Yo les digo, no, vale, de esa manera no; yo quiero que ustedes se pongan de acuerdo, yo no puedo irme del país como si nada (...) no hubo forma de convencer a nadie, así que ellos vuelven a llamar y dicen que no hay condiciones, que, creo, si en diez minutos yo no salía de allí para allá, tenían una columna de tanques ya listos para bombardear el palacio”.

Arrieché escribe: “Dijo que ‘ellos vuelven a llamar’ pero sin especificar quiénes son **ellos**; desde luego, que no pueden ser los antes nombrados, y ellos tienen una columna de tanques”.

¿Y no dice el presidente también, **tenían una columna de tanques ya listos para bombardear Miraflores?**” ¿Por qué, interesadamente, Arrieché obvia esta parte de la declaración?

Luego, el magistrado refiere que, al concurrir a Fuerte Tiuna la madrugada del 12 de abril, el Presidente en ningún momento señala a los imputados sino que habla del general Fuenmayor, de quien dice que fue respetuoso y del general González González, de quien dice que fue altanero y ofensivo. ...”Luego —prosigue Chávez en su declaración— ellos entran y **me presionan un poco más, me habla ya este general, este de la guardia, prácticamente me estaba enjuiciando, tiene que ir preso por este genocidio, por toda**

esta sangre. Si es así, háganlo. Soy el Presidente de la República, no se olviden, yo no voy a firmar esa renuncia (...) agarraron la hoja y dijo uno: ‘Bueno, eso qué importa, que no firme nada!’” (negrillas del magistrado)

Arrieche por poco propone una condecoración para los militares al decir: “Lo anterior evidencia que **entre los militares había malestar por lo que consideraron un genocidio** imputable al Presidente y ello robustece lo antes expuesto, pero, además, de quien se considera prisionero es de este oficial no identificado y del general González González, cuyas conductas son ajenas a esta decisión por cuanto el Fiscal General la limitó, se repite una vez más, a los cuatro imputados”. (Subrayados nuestros)

Como puede verse el magistrado Arrieche, prejuiciado a favor de los militares alzados, considera que los éstos tenían razón al imputarle al Presidente Chávez el genocidio de ese día aun cuando todavía no se había iniciado la investigación del caso y por ende no se habían establecido responsabilidades. Además, al decir que Chávez se consideraba prisionero de esos dos oficiales nada más, el magistrado falta a la verdad, pues refiere interesadamente sólo una parte de la declaración del presidente, o sea, nuevamente la toma fuera de contexto, pues todo el país sabe que Chávez fue un prisionero del alto mando de Carmona, formado por los insurrectos; que Vásquez Velasco dio la orden de detenerlo, como figura en actas donde se hace constar la boleta de detención (folio 325, segunda pieza del expediente), la cual hemos transcrito en este libro.

Para Arrieche, los imputados en ningún momento ejercieron presión sobre el Presidente, aun cuando está más que claro en las declaraciones de todos los participantes que el

movimiento del 11 de abril estaba encabezado por Vásquez Velasco y Ramírez Pérez, y, aún más, que éste fue Ministro de la Defensa del gobierno de Carmona después de la salida inconstitucional del Presidente legítimo.

La investigación de la Fiscalía determina que la orden de bombardear Miraflores fue dada por los oficiales comprometidos en el caso, esto es, Vásquez Velasco, Ramírez Pérez, Fuenmayor, González González, Medina Gómez, Pereira Olivares y Comisso Urdaneta, entre otros. Y si bien es cierto que la responsabilidad penal es personal, *intuita personae*, todos los oficiales implicados en los sucesos actuaron de manera coordinada, pues se reunían continuamente para tomar decisiones, lo que en derecho penal se conoce como cooperación inmediata, y eso les acarrea la misma pena. En el derecho militar esa es la configuración de un movimiento para la rebelión. Tampoco toma en cuenta el magistrado que el presidente queda preso a las órdenes de Vásquez Velasco, quien lo incomunica, sin poder hablar con un abogado ni con sus familiares, bajo el eufemismo de dejarlo “bajo protección”. La única forma en que se pudo saber de su suerte fue a través de los canales de televisión internacionales.

Para Arrieche lo que hicieron los oficiales fue “proteger” al Presidente (no menciona la boleta de detención por ninguna parte), aun cuando éste fue llevado a las bases navales de Turiamo y de la Orchila donde había una aviación para sacarlo del país. Lo que es peor: el mismo Vásquez Velasco en la declaración que dio el 13 en la tarde anunció la salida de Chávez junto con su familia. Y todos ellos estuvieron de acuerdo en que Carmona Estanga tomara posesión del gobierno, e incluso, como quedó demostrado en el mismo Tribunal Supremo de Justicia, Vásquez Velasco le ofreció

la presidencia al magistrado Iván Rincón y así se lo manifestó al ministro de la Defensa, José Vicente Rangel, en una llamada telefónica, donde, además, le dijo que los asesores nortamericanos allí presentes estaban de acuerdo con eso. Rincón no aceptó el ofrecimiento de intervenir porque, como Presidente del TSJ, el caso podía llegar a sus manos para cualquier interpretación de la norma constitucional violada por los oficiales.

Para dar fuerza a su decisión de negar la presión de que fue objeto el presidente, Arrieche cita declaraciones de Rangel a *El Nacional*, el 13 de abril, en las cuales éste no califica lo ocurrido como un golpe de estado, a pesar de que en el Ministerio Público, donde declaró el 25 de abril, el entonces ministro habló ampliamente sobre las presiones a que estaban sometidos en Miraflores con las amenazas de bombardearlos. Es decir, Arrieche le da fe a declaraciones periodísticas pero no a las de la Fiscalía. Lo mismo ocurre cuando el Ministro Aristóbulo Istúriz dice en su declaración que no creía que los oficiales tuvieran los tanques para bombardear pues éstos estaban en manos del general García Carneiro. El magistrado, que parece el abogado defensor de los imputados, no toma en cuenta que cuando García Carneiro mandó los tanques a Miraflores éstos fueron devueltos a Fuerte Tiuna por órdenes de Vásquez Velasco, pues el Comandante de la Unidad de Tanques estaba en el complot. O sea, le da veracidad a una declaración subjetiva, a un supuesto manifestado por el ministro Istúriz, antes que a los hechos que tiene enfrente. Es evidente que si el gobierno hubiera tenido la seguridad de que los golpistas no tenían en su poder los tanques, el presidente hubiera ordenado su detención en el acto; si no lo hizo, fue por el peligro de una

confrontación entre militares de ambos bandos usando los tanques, lo cual hubiera producido una mortandad de la cual nunca nos recuperaríamos los venezolanos, poco dados a este tipo de confrontación.

Para dar mayor asidero a su decisión, Arrieche cita a Monseñor Baltasar Porras, en la declaración que éste dio en la sede de la Conferencia Episcopal ante los fiscales comisionados para la investigación. Porras manifestó que el Presidente dijo: “... yo he venido aquí porque he querido..., **yo he venido hasta acá y estoy pues en manos de ustedes, pueden hacer lo que quieran**; yo simplemente les digo que les hago menos daño fuera del país, ustedes deciden. (negrillas del ponente).

Porras manifestó —dice Arrieche— “que, después de aproximadamente una hora, los generales le aseguraron (al presidente) que no le podían permitir la salida porque la responsabilidad iba a recaer sobre las Fuerzas Armadas... De ello se desprende que el Presidente acudió a Fuerte Tiuna “porque he querido”... y también que la intención de **esos** generales (se sigue sin saber cuáles) era la de evitar que se responsabilizara a la Fuerza Armada de algo que consideraban totalmente perjudicial”. Es decir, antes la intención había sido “**mantener bajo protección**” al presidente; ahora es **que no se responsabilizara a la FAN de lo sucedido**. No se da cuenta Arrieche de la forma como se contradice. Cantinflas hubiera calificado esta apreciación como “**un exceso de falta de ignorancia**”.

Pero si los dos puntos anteriores de su inverosímil sentencia no resisten el menor análisis, en el tercer punto que él mismo tituló *El gobierno provisorio* es toda una obra maestra de “cantinflerías” para justificar el golpe de estado. Porque

una joya como ésta es imperdible, decidimos copiarla completa a fin de que los lectores puedan guardarla y mostrarla a sus hijos como el mejor ejemplo **de lo que no se debe hacer.**

A pesar de que el Fiscal General no achacó **expresamente** lo relativo a la constitución de un gobierno provisorio, por lo cual su consideración es ajena a esta decisión, el mundo todo sabe que el 12 de abril, **después que el General en Jefe anunciara la renuncia del presidente** (subrayados del magistrado), un grupo de militares, entre los cuales se encontraba el coimputado General Efraín Vásquez Velasco, **anunció el nombramiento del doctor Pedro Carmona Estanga como Presidente interino o provisional de una Junta de Gobierno.** (negrillas nuestras)

También es sabido que esta persona, la tarde de ese día, **prestó juramento e hizo público un decreto por el cual asumió la presidencia de la Nación, destituyó a los componentes de los poderes públicos y cambió el nombre de la República,** entre otras cosas. (Subrayados nuestros)

Ahora, como ya se dijo, una vez que se anunció la renuncia del Presidente y del Alto Mando Militar, **todo el país** (negrillas tuyas) tenía el derecho y la obligación de creer, tal como sucedió en la OEA, que en Venezuela existía una crisis en el Poder Ejecutivo **por carencia del titular de la Presidencia.** (Negrillas nuestras)

Fue en esas condiciones cuando los militares anunciaron el nombramiento del presidente provisorio.

Evidentemente que carecían de competencia para esa actuación —aun cuando **por mandato legal se les deba reconocer la buena fe de su actuación**—, y no puede la Sala aplaudir ni silenciar esa conducta **por mucho que se acepte que estuvo preñada de buenas intenciones.**

Ahora, si no existía Presidente en ejercicio y antes se habían producido los graves acontecimientos que los militares tuvieron como móvil de sus pronunciamientos; que la OEA condenó tal y como lo hiciera este Alto Tribunal, **no puede decirse que con ello se pretendía impedir u obstaculizar el ejercicio de un Poder Ejecutivo sin titular,** ni alterar el orden ni la paz interior

de la Nación que ya se había roto por elementos exógenos a los imputados.

De manera que a pesar de que la Sala considere inaceptable el que alguien se arrogue la facultad de designar a un Presidente, tampoco puede concluir en que ese nombramiento encaje dentro de la descripción hecha en el artículo 476, ordinal 1º, del Código Orgánico de Justicia Militar que, se ratifica una vez más, constituyó la única imputación fiscal formulada en la querella.

En cuanto a la **juramentación** de Pedro Carmona Estanga y al Decreto que hizo público, se debe recordar que **las responsabilidades son personales y que únicamente a quien se hizo autor se le puede responsabilizar por ello.**

Por lo que respecta a que uno de los imputados apareció como Ministro de la Defensa, se observa que si el General en Jefe anunció que el Alto Mando Militar pondría sus cargos a la orden de las nuevas autoridades, eso se traducía, necesariamente, **en el reconocimiento de esas nuevas autoridades** y por tal razón es imposible reprochar a quien creyó actuar en el mismo sentido de sus superiores, **amén de que en ningún momento se demostró la aceptación del cargo.** *(Todos los subrayados son nuestros)*

En primer lugar, el magistrado dice que el Fiscal no achacó **expresamente** a los oficiales lo relacionado con la constitución del Gobierno provisorio, lo cual es falso. ¡Y en que se basa el escrito fiscal si no en la interrupción del gobierno legítimo del Presidente de la República, la Asamblea Nacional, etc.! ¡Cómo sucedió eso si no fue por la constitución de otro gobierno, ilegítimo, producto de un golpe de Estado! ¡Quién abolió los poderes? ¡No fue Carmona Estanga? ¡No es eso interrupción de funciones de un gobierno legítimo? Más adelante se contradice al admitir que Carmona Estanga “destituyó los componentes de los poderes públicos y cambió el nombre de la Nación, entre otras cosas...” ¡Entonces? Si hizo eso, ¿no hubo interrupción de gobierno legítimo? ¡Sí o no, o todo lo contrario?

Luego, Arrieche subraya —con interés que niega la imparcialidad de un magistrado— **después que el General en Jefe anunciara la renuncia del Presidente**, para justificar la designación de Carmona Estanga como presidente interino o provisional de una **Junta de Gobierno** (subrayado nuestro). Cómo justificar esa designación, si los mismos oficiales sabían, eran contestes, tenían conocimiento, estaban seguros, les constaba, ¡que no era cierto que el Presidente hubiese renunciado! En la Asamblea del 13 de abril en el Batallón Ayala, ¿qué pedían los oficiales que se dieron cuenta de la irregularidad? ¿No pedían ver la renuncia del Presidente? ¿Queremos ver la renuncia del Presidente, hemos sido engañados!, decían. Y después, ¿no firmó el presidente de su puño y letra una nota diciendo que no había renunciado? ¿Y aún hoy, no lo dice a cada rato? Entonces, cómo demonios dice Arrieche que la sola declaración del general Lucas Rincón era suficiente para nombrar un gobierno provisorio? ¿Es que no leyó el expediente?

El magistrado pretende manipular a la opinión pública cuando dice que “**todo el país** —y lo subraya— tenía el derecho y la obligación de creer, como sucedió con la OEA, que en Venezuela existía una crisis en el Poder Ejecutivo por carencia del titular de la Presidencia”. Y por eso los militares “**anunciaron el nombramiento del Presidente provisorio**”. (Subrayados nuestros.)

Es cierto, **todo el país**, la OEA, la ONU, la Orden de San Francisco de Asís, los jugadores de metras, **cualquiera** tenía el derecho de creer eso, **menos los militares implicados en el golpe que sabían que tal cosa no se ajustaba a la verdad, porque nunca pudieron mostrar la renuncia del presidente para justificar su actuación posterior**. Entonces, no es

cierto, como lo dice Arrieche, que por eso los militares nombraron al presidente provisorio.

Terrible es que el magistrado diga que “**por mandato legal se les deba reconocer la buena fe en sus actuaciones**” a un grupo de conspiradores que pusieron la República patas arriba, y peor aún que su actuación “**estuvo preñada de buenas intenciones**”. ¿Qué es eso? ¿Dónde demostraron estar “preñados” de buenas intenciones? ¿Al implicarse en la masacre? Porque Ramírez Pérez dijo que eso lo habían preparado desde hacía seis meses y que la sociedad civil se había comprometido a poner los muertos. Y Molina Tamayo, que andaba con ellos, dijo que González González, que también andaba con ellos, se declaró en rebeldía el diez de abril para que el presidente se quedara en Venezuela porque eso les convenía debido al plan que tenían preparado ee antemano. Y Medina Gómez le dijo a García Carneiro que el plan lo estaban preparando desde hacía tiempo. ¿Preñados de buenas intenciones? ¡Dios Santo!

El magistrado se empeña en hablar de **juramentación** de Carmona Estanga para quitarle todo vestigio de ilegalidad a la **autojuramentación**; es decir, pretende hacemos creer que la juramentación estaba justificada aun cuando lo que hubo fue una autojuramentación que violaba cualquier precepto constitucional y que en el mundo fue vista como una barbaridad propia de salvajes, que no de ciudadanos civilizados.

Además, dice que la responsabilidad de lo que hizo Carmona es suya, nada más, por aquello de la responsabilidad personal. ¿Y no ha dicho antes el mismo magistrado-pone que, en vista de que el general en jefe había declarado la renuncia del presidente, **el general Vásquez Velasco**

había anunciado el nombramiento de Carmona Estanga como presidente interino o provisional de una Junta de Gobierno? ¿En nombre de qué norma, articulado, Ley, precepto, ordenanza, Constitución, o lo que fuere, el general Vázquez Velasco se abrogó la facultad de nombrar un presidente interino o provisional? ¿No pisoteó la Constitución cuando hizo eso? ¿No se rebeló contra el orden establecido siendo, como era, el Comandante General del Ejército, la primera fuerza militar del país? ¿Y si era una Junta de Gobierno, quiénes la integraban? ¿Serían Carmona, un miembro del Clero y un militar?

¿Por qué el magistrado justifica la presencia de Ramírez Pérez como Ministro de la Defensa del gobierno *de facto*? ¿Y por qué dice que no hay demostración de que aceptó el cargo? ¿No estaba en Miraflores, acaso, cuando Carmona anunció su gabinete? ¿Se levantó y dijo que no aceptaba el cargo? ¿No leyó el magistrado las declaraciones de Lucas Rincón donde Ramírez Pérez le dice: ‘Las cosas cambiaron, mi general, ahora yo soy el que manda aquí’? ¿No leyó la declaración del almirante Carrero Cubero en el sentido de que Ramírez Pérez se ufanaba en la asamblea de oficiales que él daba las órdenes y que había que poner un presidente civil porque la sociedad civil se había comprometido a poner los muertos, como en efecto ocurrió?

La ponencia del magistrado Franklin Arrieche, en el sentido de que no había méritos para el enjuiciamiento de los oficiales Vázquez Velasco, Ramírez Pérez, Pereira Olivares y Comisso Urdaneta, fue acogida por la mayoría de los magistrados del Tribunal Supremo de Justicia, como queda dicho, el 14 de agosto de 2002. Por esa impunidad con que actuaban, los militares se fueron en octubre a la Plaza Francia

de Altamira; por eso, la oposición se sintió con derecho a realizar una huelga nacional de dos meses, como la de diciembre 2002-enero 2003, ocasionando un daño terrible al país. Por eso, por la impunidad. La impunidad genera delitos. La impunidad hace fuertes a los delincuentes y menoscaba el Estado de Derecho que protege a las mayorías.

Votaron a favor de la ponencia los magistrados Franklin Arrieche, Rafael Pérez Perdomo, Antonio Ramírez Jiménez, Antonio García García, Alberto Martini Urdaneta, Pedro Rafael Rondón Haaz, Hadel Mostafá Paolini, Rafael Hernández Uzcátegui, Blanca Rosa Mármol de León, Alfonso Valbuena Cordero y Marisol Moreno Marimón. Total: 11 votos.

Salvaron sus votos los magistrados Iván Rincón Urdaneta, Alejandro Angulo Fontiveros, Luis Martínez, Jesús Eduardo Cabrera Romero, Levis Ignacio Zerpa, Yolanda Jaimes Guerrero, José Manuel Delgado Ocando, María José Rodríguez Fernández y Carlos Alfredo Oberto Vélez. Total: 9 votos.

Uno no sabe si el doctor Franklin Arrieche está orgulloso de su ponencia, pero lo que sí sabe es que lo mejor que le pudo pasar al Poder Judicial fue su salida del mismo.

La justicia no puede seguir siendo un acordeón que se estira y se encoge según sea el que juzga y según sea el juzgado; la justicia tiene que ser imparcial, objetiva, debe darle a cada quien lo que le corresponde: al culpable la condena y al inocente la absolución.

Debe llegar el día en que escojamos a los jueces por su valentía, su honestidad, su capacidad para tomar decisiones... y si saben algo de Derecho, no está de más. Al menos, eso es lo que dicta la sabiduría popular que es la que ha hecho grandes a los pueblos.

BIBLIOGRAFÍA

- 1.- Antejudio de Mérito Mayo-Septiembre de 2002, ediciones del Tribunal Supremo de Justicia. Caracas/Venezuela 2004.
- 2.- Asamblea Nacional. Informe de la Comisión Especial de la Asamblea Nacional que investiga los hechos y circunstancias políticas que dieron origen y desarrollo a los acontecimientos ocurridos durante los días 11, 12, 13 y 14 de abril de 2002. Ediciones de la Asamblea Nacional, octubre de 2002.
- 3.- Elizalde, Rosa Miriam; Báez, Luis. *Chávez Nuestro*.
- 4.- Francia, Néstor. *Puente Llaguno: Hablan las víctimas*.
- 5.- García Ponce, Guillermo. *El Golpe de Estado del 11 de Abril*.
- 6.- Maniglia, Teresa. *Un relato único... Una historia que es suya*.

ÍNDICE

Dedicatoria /	10
A manera de reflexión /	11
Primer día. La masacre /	13
Segundo día. El golpe de Estado /	57
Tercer día. El contragolpe /	123
Cuarto día. El regreso /	169
El juicio /	183
Final /	213
Bibliografía /	215

*LA
NOCHE DE LOS
GENERALES*

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
abril de 2022





La noche de los generales.

La verdad sobre el golpe del 11-A

Cada hora cuenta durante los días del 11 al 13 de abril de 2002. Esta investigación describe los aciagos momentos que vivieron los venezolanos durante esos días, cuando el presidente Hugo Chávez fue derrocado durante 48 horas por oficiales de alta graduación. Es un libro insoslayable al momento de interpretar uno de los sucesos más sorprendentes de la historia contemporánea de Venezuela. Es una crónica avasallante con dos posiciones enfrentadas: un golpe en marcha y premeditado, apoyado por los sectores empresarial, eclesiástico y mediático; el otro es el pueblo, que reclama el regreso de Chávez de manera espontánea y directa, a riesgo de su propia existencia, un momento límite donde el rol protagónico se cumple en la sentencia de “solo el pueblo salva al pueblo”.

Alexis Rosas (Anzoátegui, 1951)

Periodista egresado de la Universidad Central de Venezuela, ganador en dos ocasiones del Premio Nacional de Periodismo e igualmente del Premio Municipal de Periodismo en Caracas. Ha trabajado en importantes medios de comunicación: Venezolana de Televisión, *Diario 2001*, *El Nuevo País*, Radio Rumbos y Radio Continente. Ha sido diputado del Congreso Nacional y gobernador del estado Anzoátegui. Parte de su obra publicada: *Rescate del Pilín León*; *Objetivo: Chávez*, *El periodismo como arma*; *La masacre de Cantaura*; *El Caso Lorena* (con Beatriz Hernández); *El Caso Mamera* (con Sandra Guerrero); *El terrorista de los Bush* (en coautoría con Ernesto Villegas).

